

23 LA NOVELA ILUSTRADA

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 146

EL SIGLO
DE LAS TINIEBLAS



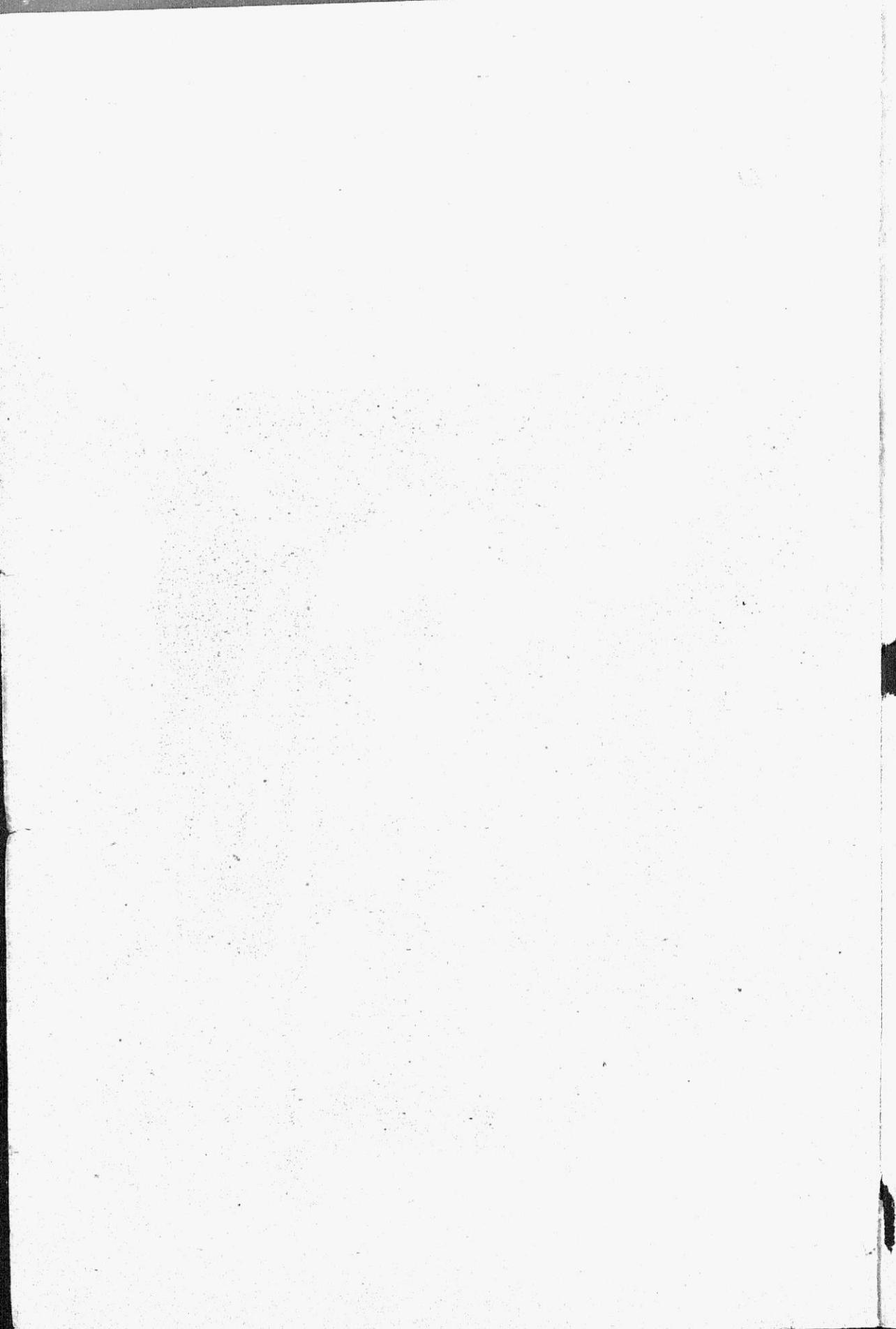
TOMO OCTAVO

POR R. ORTEGA Y FRIAS



Desdobló el papel y lo examinó cuidadosamente.

35 CTS.



6-3-500/23

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,"

- 1.—**EMMATA MAUPERRIN**, por J. y E. Goncourt.
- 2.—**¡CENTINELA, ALERTA!**, por Matilde Serao.
- 3.—**LOS MIL Y UN FANTASMAS**, por A. Dumas.
- 4.—**EL HIJO DE LA PARROQUIA**, por C. Dickens.
- 5.—**CARMEN**, por Próspero Mérimée, y **CORAZÓN DE TOLEDO**, por Teófilo Gautier.
- 6.—**HÉRCULES EL ATREVIDO**, por A. Dumas.
- 7.—**EL DOCTOR RAMBAU**, por Jorge Ohnes.
- 8.—**HUMO**, por Iván Turguenef.
- 9.—**EL PESCADOR DE ISLANDIA**, por Pierre Loti.
- 10.—**RAFFLES EL ELEGANTE**, por E. W. Hornung.
- 11.—**LA SAVELLI**, por G. Agustín Thierry.
- 12.—**AMOR DE ESPAÑOLA**, por J. B. d'Aureville.
- 13.—**FURTO COMO LA MUERTE**, por G. Maupassant.
- 14.—**LA DAMA VESTIDA DE BLANCO**, por W. Collins.
- 15.—**CRIMEN Y CASTIGO**, por F. Dostoyewsky.
- 16.—**MISF MEFISTÓFELES**, por Fergus Hume.
- 17.—**EL SOMBRERO DEL CURA CIRILO**, por Marchi.
- 18.—**TIEMPOS DIFÍCILES**, por Carlos Dickens.
- 19.—**LAS AGUAS DEL MONTE ORIOL**, por Guy de Maupassant.
- 20.—**EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO**, por E. W. Hornung.
- 21.—**VENGANZA CORSA**, por Próspero Mérimée.
- 22.—**PADRE Y VISCAI**, por Francisco Copé.
- 23.—**EL ILUSTRE CANTABRINA**, por G. Rovetta.
- 24.—**EL LADRÓN NOCTURNO**, por E. W. Hornung.
- 25.—**EL ÍDOLU DE LOS OJOS VERDES**, por P. Erbsmet.
- 26.—**LOS BUSCADORES DE ORO**, por E. Conciencia.
- 27.—**LA BOHEMIA**, por Enrique Murger.
- 28.—**LA PEÑA DEL MUERTO**, por Quiller Comok.
- 29.—**LOS CABALLEROS DEL BOSQUE**, por J. Grand.

Colección Conan-Doyle,

- 11.—**SABER EN MANO.**
- 12.—**AL GALOP.**
- 13.—**LA BANDERA VERDE.**
- 14.—**LA TRAGEDIA DEL KOROSKO.**
- 15.—**EL MILLÓN DE LA HEREDERA.**
- 16.—**EL VENDEDOR DE CADÁVERES.**
- 17.—**EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL.**

Colección Victor Hugo.

- 20.—**BUG-JARGAL.**
- 21.—**HAN DE ISLANDIA.**
- 22.—**EL NOVENTA Y TRES.**
- 23.—**EL HOMBRE QUE RÍE (2 tomos).**
- 24.—**LOS TRABAJADORES DEL MAR.**
- 25.—**NUESTRA HERMANA DE PARÍS.**
- 26 y 27.—**LOS MIRABALLES (2 tomos).**

Colección Tolstol.

- 28.—**RESURRECCIÓN.**
- 29.—**LA GUERRA Y LA PAZ.**
- 30.—**LA SONATA DE KENNETH.**
- 31 y 32.—**ANA KARÉNINA (3 tomos).**

Colección Rocambole, por Ponson du Terrail.

- 77.—**LA HERENCIA DE LOS DOS MILLONES.**
- 78.—**EL TONEL DEL MUERTO.**
- 79.—**EL CLUB DE LOS VEINTICUATRO.**
- 80.—**EL RIVAL DE BACCARAT.**
- 81.—**LA ESTOCADA DE LOS CIEN LUISRES.**
- 82.—**EL JURAMENTO DE LA GITANA.**
- 83.—**LAS DOS CONDESSAS.**
- 84.—**EL TRIUNFO DEL MAL.**
- 85.—**ROCAMBOLE TIENE MIEDO.**
- 86.—**EL ESPECTRO DE LA GUILLOTINA.**
- 87.—**LOS CABALLEROS DEL CLARO DE LUZ.**
- 88.—**LA SOMBRA DE DIANA.**
- 89.—**EL PACTO DE LAS TRES MUJERES.**
- 90.—**EL HOMBRE DE LAS GAFAS AZULES.**
- 91.—**EL NÚMERO CIENTO DIEZ Y OCHO.**
- 92.—**LA CÁRCEL DE MUJERES.**
- 93.—**LOS LOBOS DE LA NIEVE.**
- 94.—**EL TELEGRAMA FALSO.**
- 95.—**LAS GARRAS DE COLOR DE ROSA.**
- 96.—**LA TABERNA DE LA MUERTE.**
- 97.—**EL FANTASMA DE LAS CADENAS.**
- 98.—**LAS CANTERAS DEL CRIMEN.**
- 99.—**EL CADÁVER DE ORO.**
- 100.—**LA VIUDA DE LOS TRES MARIDOS.**
- 101.—**LAS FIERAS DE LA SELVA.**
- 102.—**EL BARRIL DE PÓLVORA.**
- 103.—**LOS TRES VERDUGOS.**
- 104.—**EL MOLINO SIN AGUA.**
- 105.—**EL PLAN DEL HOMBRE GRIS.**
- 106.—**EL CEMENTERIO DE LOS AJUSTICIADOS.**
- 107.—**UNA CITA DE AMOR.**
- 108.—**LOS DOS DETECTIVES.**
- 109.—**EL RENO DE MUERTO.**
- 110.—**LA CUERDA DEL AHORCADO.**
- 111.—**LA NIÑA MUDA.**
- 112.—**EL SECRETO DE LA CARTERA.**
- 113.—**LA CASA DE LAS ROSAS.**
- 114.—**LOS PAPELES DEL ASERINO.**
- 115.—**EL RAPTO DE UNA MUERTA.**
- 116.—**EL HILO ROJO.**

Colección Dumas.

- 48 y 49.—**LOS TRES MOSQUETEROS (2 tomos).**
- 50 a 52.—**VEINTE AÑOS DESPUÉS (3 tomos).**
- 53 a 55.—**EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (3 tomos).**
- 56 a 58.—**EL CONDE DE MONTCRISTO (4 tomos).**
- 59 y 60.—**ASCANIO (2 tomos).**
- 61 a 63.—**LAS DOS DIANAS (3 tomos).**
- 64 y 65.—**EL PAPEL DEL DUQUE DE SAVOYA (2 tomos).**
- 66.—**EL HORÓSCOPO.**
- 67 y 68.—**LA REINA MARGARITA (2 tomos).**
- 69 a 71.—**LA DAMA DE MONSIEUR (3 tomos).**
- 72 a 74.—**LOS CUARENTA Y CINCO (3 tomos).**
- 75 a 77.—**MEMORIAS DE UN MÉDICO (4 tomos).**
- 78 a 80.—**EL COLLAR DE LA REINA.**

Colección Ortega y Frías.

- 130 a 132.—**EL TRIBUNAL DE LA SANGRE (3 tom.).**

R. 43-450



LA NOVELA ILUSTRADA

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

○

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO OCTAVO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director literario: Vicente Blasco Ibañez

Oficina: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

O

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

CAPITULO PRIMERO

EL DÍA EMPIEZA MAL PARA EL ABATE

Llegó el día siguiente, término del plazo convenido entre el abate y el señor Antolín, y también del que Marcelo se había fijado para dar un paso decisivo y salir de dudas.

La noche anterior la había pasado Crispín en medio de una agitación horrible, soñando con su hijo y con la esposa de Jacobo.

El abate durmió, según ya hemos dicho, tranquilamente; pero como eran más de las dos de la madrugada cuando cerró los ojos al sueño, no despertó tan temprano como otros días.

Apenas abrió los ojos pensó en el extraño suceso de la noche anterior, entrando en reflexiones y queriendo adivinar lo que significaba.

—No hay duda—dijo—que la vieja ha sido sobornada por mis enemigos; pero ¿con qué fin? No pueden creer que ella conoce ciertos secretos, y por consiguiente no se propondrán averiguar nada. ¿Qué quieren, qué quieren? Me llama la atención la firmeza con que esa mujer, débil y cobarde, se niega á dar explicaciones, y esta circunstancia prueba que tiene la seguridad de ser protegida por personas que valgan mucho. No importa, el primer golpe nadie lo evitará, y estoy seguro de que en el tormento hablará. Hoy es gran día, ó lo que es igual, día de grandes acontecimientos. El hijo de Crispín morirá; y si no muere, esta misma noche irá el señor Antolín á la cárcel, y aun tal vez á los calabozos de la Inquisición, y sin perder tiempo me ocuparé de Jacobo y de su hija.

Hechas estas y otras reflexiones, Florentín se vistió, y antes de ocuparse de otra cosa, fué al dormitorio de la anciana para saber si ésta había cambiado de resolución.

Empero al llegar, se detuvo y exhaló un grito de rabia.

Su rostro se tornó lívido y se desfiguró, y sus ojos relumbraron como luces fosfóricas.

La puerta del cuarto estaba abierta de par en par.

—¡Oh!—exclamó Florentín con voz ahogada por la desesperación.

Y loco de ira, entró en el aposento. No estaba la sirvienta.

Recorrió todas las habitaciones y tampoco la encontró.

La puerta que daba salida al portal estaba medio abierta, y la que daba á la calle, abierta del todo, lo cual habría hecho el primer vecino madrugador que tuvo que salir de la casa.

¿Cómo aquella pobre mujer había podido irse?

Esto era muy sencillo: la cerradura, por cierto bien mal hecha y endeble de la puerta de su dormitorio, estaba colocada por la parte de adentro, engancho el barrote ó pasador, no en el mismo marco de la puerta, sino en el hueco que quedaba entre éste y la tira de hierro doblada en sus extremos y clavada sobre el marco, según antiguamente se hacía en casi todas las puertas.

La anciana no tuvo, pues, que hacer más que empujar el pasador que estaba al descubierto y franquearse la salida.

En cuanto á la puerta que daba al portal, le bastó levantar el picaporte y correr el cerrojo, y la que daba á la calle, la encontró ya abierta por otro vecino, según hemos indicado.

Todo esto lo comprendió Florentín y

se acusó por su descuido, desesperándose más y más.

Si se hubiera tratado de otra persona, habría adoptado más precauciones; pero en su concepto la pobre vieja debía pasar la noche lamentándose de su desgracia y temblando, sin ocuparse de otra cosa.

Cerca de una hora pasó el abate entregado á los transportes de su desesperación.

Mal empezaba el día para él.

¿Cómo concluiría?

Sospechamos que mucho peor de lo que había principiado.

No había más que aceptar la desgracia y procurar poner remedio, y por consiguiente Claudio se esforzó para recobrar la calma.

—En este momento— dijo — no debo ocuparme de esa mujer. Pensemos en lo demás. ¿Cumplirá su palabra el señor Antolín? Quiero verlo, porque me parece que ese bribón no es tan fiel como debiera y le conviene. Sí, lo observaré yo mismo, puesto que por allí hay sitio donde puedo ocultarme y verlo todo sin ser visto.

No se detuvo Florentín más que para almorzar ligeramente con las pocas provisiones que encontró, y saliendo de su casa encaminóse á la que servía de vivienda á Jacobo y la pobre niña.

De nadie fué visto y llegó con felicidad, acurrucándose entre unos matorrales no lejanos de la casa, y desde donde veía ésta y sus alrededores.

Lo dejaremos en su escondite para referir los sucesos que empezaron á tener lugar media hora después.

Marcelo, que sin duda había dado á su plan más extensión é intentado tal vez alguna locura de enamorado, presentóse acompañado de otros dos mozos, que por la traza podían ser juzgados no muy favorablemente. Detuviéronse como á cincuenta pasos de la casa.

—Ya lo sabéis—dijo Marcelo después, de mirar á su alrededor—: quietos aunque veáis que se hunde el mundo; pero si me oís silbar...

—Ya nos lo has dicho cien veces. ¿Crees que somos tan torpes que no lo hayamos entendido?

—Es que en asuntos tan delicados...

—Anda, hombre, anda: cualquiera di-

ría que temes encontrarte con media docena de hombres, y y todo se reduce á un viejo que apenas puede ponerse en pie y á una pobre muchacha que está ciega.

—No hablemos más—replicó Marcelo.

Y se dirigió á la casa, mientras los otros se sentaban al pie de unos árboles.

¿Y el señor Antolín?

No parecía que se apresurase mucho á cumplir su promesa.

Ya debía estar allí, paseando, mirando y suspirando, lo cual hubiera sido bastante para provocar un lance con el hijo de Crispín.

Los temores de Florentín se aumentaron al ver á Marcelo y sus camaradas sin descubrir al hidalgo.

¿Qué significaba esto?

—¡Oh!—exclamó el abate apretando los puños—Otro traidor, otro traidor!

Más que nunca le interesaba saber lo que sucedía, y siguió observando con el afán que era consiguiente á la situación.

Marcelo se acercó á la casa, detúvose y miró.

La puerta estaba cerrada, y las ventanas también.

Escuchó; pero no percibió el más leve ruido.

La frente de Marcelo se contrajo, y su mirada se tornó sombría.

—¿Será posible—murmuró—que mi padre haya puesto en práctica su plan?... ¡Oh!... Si así ha sucedido, ¡desdichado de él!

Rechinaron sus dientes, y se contrajo más su rostro.

Llegó á la puerta y levantó una mano para llamar; pero se detuvo, diciendo:

—La amo, y por ella soy capaz de hacerme honrado y salvar mi alma. ¿Qué merece el que ponga obstáculos en mi camino la única vez en mi vida que he querido ser virtuoso? No hay castigo bastante para el que tal haga conmigo, no hay castigo bastante, ni puede haber perdón... Quiero salir de dudas, quiero de una vez ser la criatura más desdichada, ó la más dichosa.

Y como impulsado por un vértigo dejó caer el puño sobre la puerta tres ó cuatro veces.

—Nadie respondió.

Volvió á llamar.

El mismo silencio, que para el joven era en aquellos instantes más aterrador que el silencio de los sepulcros.

Se acercó á una de las ventanas y la golpeó fuertemente.

Tampoco entonces recibió contestación.

Hizo lo mismo en otra, volvió luego á la puerta, y cansado al fin, desesperado y loco, dejó escapar un prolongado silbido.

Sus dos camaradas acudieron prontamente.

—¿Qué te sucede?—le preguntó uno.

—Parece que has perdido la razón—añadió el otro.

—¡Oh!... Sí, loco estoy, loco de ira...

—Tienes los ojos llenos de sangre...

—Y te relucen como los de un gato...

—¡Por Satanás!...

—Pero...

—¿Habéis dejado allí la palanqueta?

—No.

—Dádmela.

Como dijimos antes, Marcelo intentaba una locura, y así lo prueba el que ya iba prevenido para cometerla.

De manos de uno de sus amigos recibió una palanqueta.

—Mira bien lo que haces—le dijo el que se la había dado.

—¿Qué he de hacer?—replicó el enamorado mancebo.

—Forzar una puerta y meterse en una casa sin más reflexión...

—¿Tienes miedo?

—Miedo á los que hay dentro, no; pero á la justicia...

—Este sitio es solitario, y aunque gritasen pidiendo socorro...

—Es verdad.

—Además—dijo arrebatadamente el hijo de Crispín—, no me detendré aunque el infierno se ponga por delante.

—Marcelo, vuelvo á decirte que has perdido la razón.

—Me alegro, porque así no escucharé vuestras reflexiones.

—Adelante, pues.

—Adelante, sí, y pronto verás que nuestra prudencia no es miedo.

—No más dudas—gritó Marcelo.

Y empezó á introducir el extremo afilado de la palanqueta por entre la rendija que quedaba entre la puerta y su marco.

Aunque la operación hubiera requerido mucha fuerza, le sobraba á Marcelo con la de su ira.

Al primer empuje crugió la cerradura, y la puerta se abrió.

—Que me siga el que quiera—dijo el enamorado joven.

Y entró en la casa.

Sus compañeros hicieron lo mismo.

CAPITULO II

EL GATO EN LA RATONERA

Marcelo delante y tras él sus dos amigos, pasaron á otra habitación sin encontrar alma viviente.

¿Qué se habían hecho Jacobo y su hija?

Inútil era intentar adivinarlo.

No les quedaba por registrar más que el subterráneo, y después de encender una luz, bajaron y lo recorrieron en todas direcciones.

—¡Nada!—exclamó el hijo de Crispín con desgarrador acento—Esto es obra de mi padre... ¡Oh!... No lo perdonaré.

—Hemos dado el golpe en falso.

—Me parece que antes de hacer esto debieras haberte asegurado de que se encontraban aquí.

—Vine esta mañana muy temprano y vi al padre que en aquellos momentos entraba.

—Pues ya ves que salió otra vez con la hija.

—Creo que te desesperas sin motivo

—¡Sin motivo!... ¡Por Satanás!

—Lo que sucede me lo explico muy fácilmente.

—¿Cómo?

—Han salido porque tendrían que hacer, y volverán, como hace todo el mundo. ¿Qué encuentras en esto de particular?

Marcelo quedó pensativo.

—Reflexiona, sí, reflexiona y te vencerás.

—Salgamos de aquí.

El enamorado mancebo recorrió otra vez la casa, observando que no había señales de que nadie hubiera comido allí aquel día ni los anteriores, y esto fué para él de mucha importancia.

—Esperemos—dijo uno de sus amigos.
—No esperaré: quiero salir inmediatamente de dudas.

—¿Y cómo?

—Venid.

Salieron de la casa.

—Vosotros—dijo Marcelo—os quedaréis ocultos por aquí.

—¿Y tú?

—Voy entre tanto á saber la verdad.

—¿Quién ha de decírtela?

—Mi padre.

—¿Y si entre tanto vuelven los otros?

—Observaréis.

—¿Y si se van otra vez?

—Los seguiréis y después nos veremos.

—Entendido.

—Antes de dos horas me tendréis aquí.

—Aquí nos encontrarás si no hemos tenido que ir tras los otros.

Marcelo se alejó rápidamente.

Sus amigos se sentaron en el mismo sitio que habían estado antes y desde donde podían ver sin ser vistos.

No hay que decir que todo lo observó el abate desde su escondite, y puede considerarse cuál sería su sorpresa.

Cuando vió entrar en la casa á los tres jóvenes, se alegró, diciendo:

—Esa locura evitará al hidalgo todo lo que tenía que hacer. Conozco bien á Jacobo de Tordesillas y estoy seguro que basta y sobra él solo para acabar con esa canalla. No sabe el atrevido Marcelo con quién tiene que habérselas. ¡Oh!... Veamos, veamos, que grandes cosas habrá que ver.

Fuese el uno ó el otro quien triunfase, todo era destruirse mutuamente los enemigos de Florentín, lo cual para éste era una gran fortuna.

Una sonrisa de júbilo diabólico se dibujó en sus delgados labios.

—Mal empezó el día—murmuró—; pero me parece que acabará muy bien.

Sus ojuelos brillaron, y su ardiente mirada quedó fija en el edificio.

Cuando vió que los tres jóvenes salían solos y que la desesperación se pintaba en el rostro de Marcelo, la frente del abate se contrajo.

—No entiendo esto—dijo.

Siguió observando.

Desapareció el hijo de Crispín y se ocultaron los otros.

Florentín creyó que todos se habían ido, y á este error dió lugar el que no los veía cuando se separaron.

No era menester cavilar mucho para comprender que no estaban allí Jacobo y su hija.

Claudio reflexionó sobre la conducta que debía seguir.

Sus temores le agitaron más que nunca.

Si Tordesillas y la joven habían desaparecido, ¿cómo encontrarlos otra vez?

La situación era demasiado grave.

—Necesito convencerme—dijo al fin—, y ver si hago algunas deducciones del estado en que se encuentra el interior de la casa.

En la creencia de que nadie lo veía, salió de su escondite y adelantó resueltamente hasta llegar al solitario edificio.

Miró á todos lados, escuchó y dijo:

—Nada se oye. Aprovecharé estos momentos, porque tal vez vuelvan los unos ó los otros.

Entró, y muy despacio empezó á recorrer todas las habitaciones y á examinar todos los objetos.

—¡Nadie!—exclamó tan desesperadamente como Marcelo.

Aunque creyó que era inútil, quiso registrar la cueva.

Echó la última ojeada á su alrededor.

Tampoco entonces encontró nada de particular.

Las sillas y la mesa estaban en su sitio y las camas perfectamente arregladas.

Tomó la luz, que no se habían cuidado de apagar los otros, y bajó la escalerilla que tantas veces había bajado.

En aquel momento salió de debajo de una de las camas la cabeza de un hombre, cuyo rostro se dilataba para sonreír burlescamente.

Era la cabeza del señor Antolín.

Inmediatamente asomó otra cabeza cubierta de rubios y enmarañados cabellos.

Era la de Simón.

Un instante después asomó la cabeza de otra persona, cuyos grandes y negros ojos brillaban como dos carbunclos.

Era David.

Los tres salieron sin hacer el más leve ruido, llegaron junto á la compuerta, arrodillándose y se inclinaron.



—Señor abate—gritó el hidalgo con acento burlón—, muy buenos días.

Resonó en el interior de la cueva un grito de rabia.

—No intentéis subir—añadió Santoyo—porque estamos aquí tres amigos resueltos á no dejaros salir.

—¡El hidalgo!—exclamó Florentín con acento de terror.

—Sí, el mismo soy.

—¡Miserable!...

—Si en el otro mundo encontráis el alma de mi sublime Angélica, tened la bondad de ofrecerle mis respetos—dijo el señor Antolín.

Y soltó una carcajada, cuyos ecos resonaron en el interior de la cueva.

—No subáis, ¡por Satanás!—gritó Simón—Ahí quedaréis y ahí moriréis como un perro rabioso; sí, moriréis de hambre y sed, y aún es poco castigo para el que merecáis. ¡Rayos del infierno!

—¡Simón!...

—Sí, el que os cogió por el cogote y os echó por la ventana hace doce años.

—Asesino cobarde—dijo á su vez el huérfano—, aquí me tienes... ¿Me conoces?

—¡David, David!—exclamó el abate.

—Me creíais muerto...

—No.

—Ha llegado la hora de que des cuenta de tu proceder ante la divina justicia...

—¡Piedad, piedad!...

—No hay piedad para ti.

—No me quedaré aquí: prefiero que me matéis, porque es menos horrible que morir de hambre y de sed en esta soledad y entre las tinieblas.

—Ahí morirás.

—No, no—replicó el abate.

Y empezó á subir de dos en dos los escalones.

—A un lado—gritó Simón.

Y dejó caer la compuerta y echó la llave.

Resonó en el interior de la cueva un grito desgarrador y un gemido de mortal angustia.

David quedó inmóvil y sombrío.

El señor Antolín se restregó las manos alegremente.

—¡Por las tripas de Lucifer!—exclamó Simón—ya estoy contento.

—Supongo—dijo el hidalgo— que es-

peraremos á ver si vuelven los otros.

—Me alegraré—repuso el gigante—, porque así tendremos ocasión de divertirnos, dando algunas cuchilladas.

—Esperemos—murmuró David.

Y se dejó caer en una silla, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Pocos momentos después oyéronse nuevos y más angustiosos lamentos del abate.

Al noble David empezó á faltarle el valor para consumir su espantosa venganza.

—Me desagrada esto—murmuró poniéndose en pie.

—Pues á mí me divierte—dijo el señor Antolín—, porque ese bribón me ha tenido en perpetua agonía por espacio de once años con el maldito papel que me hizo firmar.

—Pues á mí—repuso Simón—, ni me divierte ni me desagrada, aunque si he de decir verdad, prefiero retorcer el pescuezo á ese sacristán, porque al fin y al cabo ¡vive el cielo!...

—Ya está hecho, y hecho se queda—replicó el hidalgo, que no pensaba transigir.

El huérfano pareció dudar; pero al fin, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Sí, es preciso que muera estando á solas con su conciencia ennegrecida. Le perdono cuanto me ha hecho sufrir; pero la desgracia de Isabel... ¡Oh! ¡Ciega, Dios mío, ciega!... ¡Esto es horrible!

—Nueve años ha estado encerrada la pobre niña en esa cueva y al salir ha perdido la vista: dejad que su verdugo pase ahí doce horas y se muera de terror, que por mucho que padezca, no será tanto como lo que padece su víctima, privada de la luz del sol; como lo que sufre la desdichada madre, que al abrazar á su hija la encuentra ciega.

—No, señor Antolín, no seré débil. Esto no es venganza, es justo castigo.

—Tormentos mayores soportan los infelices que están en los calabozos de la Inquisición.

—Sí, mucho mayores, es verdad. ¡Si hubierais visto como yo lo que allí se sufre!... Aún recuerdo una pobre mujer, que encerrada en su calabozo, presas las manos en una argolla y suspendidos los brazos por una cadena que pendía

del techo, no podía moverse sin sentir destrozados sus miembros. Dos meses permaneció así por orden del abate, sin reposo, sin ningún descanso, pues cuando el sueño cerraba sus ojos, el mismo peso de su cuerpo...

—¡Vive Dios!—exclamó el gigante— No me cuentes eso, David, porque me dan ganas de entrar en la cueva y hacer lo mismo con ese bribón.

Florentín exhaló nuevos lamentos y pronunció algunas palabras, pidiendo perdón en nombre de la misericordia divina.

David, á pesar de los recuerdos horrosos que acababa de evocar, no pudo seguir escuchando aquellos ayes.

—Salgamos de aquí—dijo.

—¿Adónde iremos?

—Ya sabes que hemos de esperar á los otros.

—Los esperaremos; pero en otra habitación cualquiera.

—Es igual.

—Vamos.

Entraron en la habitación inmediata.

David volvió á sentarse.

—Bien pensado—dijo el señor Antolín—, el resultado sería el mismo si esperásemos fuera de esta maldecida casa.

—Salid vosotros si queréis, y cuando los veáis venir, volveos y llamadme.

—¿No nos acompañas?

—Necesito descansar y reflexionar, porque aún nos queda mucho que hacer.

—Vamos, caballero—dijo Simón—, porque á estos enamorados les gusta estar solos.

—¿Quién te ha dicho que estoy enamorado?—preguntó vivamente el huérfano.

—Nadie me lo ha dicho; pero yo lo conozco.

—¡Simón!...

—Déjanos en paz.

El señor Antolín y el gigante salieron.

Cuando estuvieron fuera de la casa, dijo el segundo:

—David sufre mucho y soy de opinión que si encontramos á los otros; sin darle parte, los despachemos. No son más que tres...

—Opino como vos.

—Pues venid á esta altura, desde donde los divisaremos más pronto.

—Me parece buena idea.

—Nos vamos á divertir, porque esa gentecilla no sirve ni para defenderse.

—¡Con cuánto placer voy á ensartar al hijo de Crispín.

CAPITULO III

CUCHILLADAS

Simón y el señor Antolín vagaron de un lado para otro mirando hacia el sitio por donde era probable que llegaran los otros.

Hablaban como los mejores amigos del mundo y se prometían pasar un buen rato, dando cuchilladas y haciendo morder la tierra á los tres mancebos atrevidos que tan imprudentemente habían dado principio á aquella empresa.

Muy cerca de una hora pasó y ya empezaban á impacientarse, cuando vieron á un hombre que apresuradamente se dirigía hacia la casa, si bien antes de llegar se desvió del camino, tomando á la derecha.

—Es él—dijo el hidalgo—, lo conozco perfectamente.

—¿Quién?—preguntó el gigante.

—El hijo de Crispín.

—¡Voto á Satanás!...

—Me sorprende que vuelva solo.

—A mí también; pero no es eso una razón para que lo dejemos ir tranquilamente.

—Es verdad—repuso Santoyo, sonriendo burlescamente—: he prometido al abate enviar á ese mozo al otro mundo, y tengo que cumplir mi promesa.

—¿Esperaremos que venga por aquí?

—¿Y para qué hemos de esperar? Vamos á buscarlo y acabaremos más pronto.

—Vamos.

—Ya sabéis, señor Simón, que Marcelo me pertenece.

—Tendré paciencia y os dejaré.

Sin entrar en más reflexiones tomaron hacia la arboleda donde se encontraban los otros, llegando á los pocos minutos y sorprendiéndose al ver que eran tres en vez de uno.

Mucho más se sorprendieron los otros, que no esperaban encontrar á nadie en aquellos sitios.

Sin embargo, creyeron que este incidente no tenía ninguna importancia por

ser puramente casual, si bien uno de ellos conocía á Simón, cuya presencia le hizo temer algún lance desagradable.

Para evitar nuevas explicaciones, diremos ahora que Marcelo no había encontrado á su padre y volvía más desesperado de lo que estaba.

El señor Antolín, con una mano en la empuñadura de su tizona y retorciéndose con la otra el bigote, dirigió una mirada burlona, insolente y provocativa á los tres mancebos.

Simón, apoyó ambas manos en sus caderas, y los contempló un instante con expresión terrible.

Unos de los amigos de Marcelo retrocedió un paso, y se hubiera dicho que más que á otra cosa estaba dispuesto á huir, sobre todo si se veía atacado por el gigante.

Este rompió el silencio para exclamar: —¡Ira del infierno!... ¿Qué hacéis con las manos ociosas y el acero en la vaina? Acabemos pronto.

—Sí—dijo el hidalgo, desenvainando la tizona.

Todas las espadas brillaron.

Los ojos de Marcelo despidieron dos centellas.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

—Queremos—replicó el señor Antolín—, castigar vuestra insolencia, probaros que no impunemente se invade una casa.

No eran menester más explicaciones.

El hijo de Crispín rugió como un león.

—¿Y con qué derecho, os metéis en lo que no os importa? ¿Sabéis acaso si estoy autorizado para entrar en esa casa? ¿Sabéis si sus dueños me han dado licencia ó si yo soy su dueño?

—Sí—replicó el hidalgo—, me consta que estáis enamorado de la bellísima joven que habita ahí...

—¡Vive el cielo!...

—Yo también la adoro...

—¡Un rival!...

—Sí, soy vuestro rival, señor Marcelo.

—Y por eso precisamente vos y yo nos entenderemos, mientras mi amigo Simón despacha á esos dos tunantes que os ayudan en la noble empresa de introducirnos en ajena casa, para exigir por la fuerza, lo que se os negaría voluntariamente.

—¡Un rival, un rival!—gritó el hijo de Crispín, con el acento de un loco.

—Eso es, un rival...

—No cabemos los dos en el mundo; preciso es que me matéis ó que yo os mate.

—En guardia, pues.

El señor Antolín y Marcelo cruzaron las espadas.

—¡Cien mil legiones!—gritó Simón, dando un paso hacia los otros y blandiendo su pasada tizona.

Uno de ellos, en vez de defenderse, envainó la espada, volviéndose para huir; pero no lo hizo con tanta prontitud que le alcanzara un terrible cintarazo del gigante, que le decía:

—¿Quieres irte, cobarde?

El pobre mozo cayó al suelo y replicó:

—Mirad lo que hacéis, señor Simón, mirad que no me defiendo.

El gigante se detuvo, y no sabemos lo que hubiese hecho, porque se vió obligado á volverse para librarse de un golpe que le dirigió el otro amigo de Marcelo.

—¡Rayos y truenos!—gritó.

Desde aquel instante no se oyó más que el ruido confuso de las espadas, gritos y juramentos.

—Toma—dijo Simón.

Y su adversario cayó en tierra con el cráneo dividido en dos partes.

El otro joven, que se había declarado vencido, aprovechando la confusión, fué alejándose silenciosamente y había desaparecido.

No tenía, pues, el gigante nada que hacer.

El señor Antolín continuaba peleando con Marcelo.

Este era valiente y hábil; pero estaba ciego por la ira, lo cual era una gran desventaja.

Ya había recibido una cuchillada en el rostro y su sangre corría en abundancia.

El combate no podía durar mucho.

Ya conocemos el sistema del hidalgo, y se comprenderá que no esperaba para hacer uso de sus golpes favoritos más que á fatigar á su adversario, haciéndole perder la calma con frases burlonas.

Llegó el momento.

—Vaya—dijo el señor Antolín—; enviad el último suspiro al objeto de vuestro amor.

Y al pronunciar estas palabras, parecieron crecer sus piernas y prolongarse

considerablemente su brazo derecho, amagando una nueva estocada al rostro de Marcelo.

Este paró el golpe con ligereza.

Empero antes de que le fuera posible rehacerse, su pecho quedó atravesado por la espada del señor Antolín.

El desdichado joven exhaló un grito, cayó al suelo, arrojó una bocanada de sangre y quedó inmóvil.

Había dejado de existir..

Simón y Santoyo se miraron.

—Esto ha concluído—dijo el segundo, limpiando la espada, envainándola y retorciéndose el bigote.

—Uno se nos ha escapado. ¡Vive Dios!

—A enemigo que huye puente de plata.

—Es verdad.

—Dejadlo que viva.

—¿Y qué hacemos?

—Lo que disponga el señor David: ya sabéis que él manda y tenemos que obedecerlo.

—Vamos, pues, á participarle lo sucedido.

Como si fuese una cosa muy sencilla lo de haber matado á dos hombres, alejáronse tranquilamente de allí, volviendo á la casa y encontrando á David pensativo y triste como había quedado.

Evitaremos detalles que para nada han de servirnos, y diremos solamente que se dieron toda clase de explicaciones, ocupándose luego en decidir lo que habían de hacer, y aceptando el plan del astuto Santoyo, que consistía en llevar los cadáveres á mayor distancia del edificio, para que cuando los encontrase la justicia no se ocupase de llegar á la solitaria casa para pedir declaraciones á sus habitantes.

Hecho esto, se irían, volviendo más tarde para componer la cerradura de la puerta, y evitar así que ningún curioso entrase y devolviese la libertad á Florentín.

CAPITULO IV

EL PERDÓN

Nos vemos obligados á retroceder para dar cuenta de otro suceso que tuvo lugar mientras Florentín registraba la casa y era encerrado.

Crispín, que según hemos dicho, había pasado una noche de horrible agita-

ción, decidióse al fin aquella mañana á poner en práctica su plan, porque creía que de este modo salvaría la vida de su hijo, lo haría tal vez dichoso y obtendría el perdón de Isabel, evitando que se cumpliera la maldición.

Con tal propósito salió de su casa y se encaminó á la de Quiñones, solicitando hablar reservadamente con éste para un asunto de muchísimo interés.

No tardó en ser recibido por el caballero, que miró atentamente el rostro pálido y desencajado del esbirro, diciendo para sí:

—¿Quién será este hombre?

Y luego añadió en voz alta:

—Decid lo que queréis.

—Mi noble señor—dijo Crispín con voz alterada y juntando las manos en ademán suplicante—, vengo confiado en la nobleza de vuestro corazón.

—No os comprendo.

—He sido criminal, he sido causa de grandes males y... Pero me perdonaréis porque estoy arrepentido, porque no quiero más que la salvación de mi alma y la de mi hijo...

—Explicaos claramente—replicó Quiñones.

—Señor—repuso Crispín, cuya agitación crecía por momentos—, no tengo que deciros lo que sucedió hace diez años con la desdichada familia del señor Jacobo de Tordesillas.

La frente de Martín se contrajo.

—Tampoco tengo que deciros lo que ha pasado después, ni que hablaros de la feliz casualidad que ha reunido al padre y la hija, puesto que todo esto lo sabéis.

—Sí lo sé.

—Pero ignoráis donde se encuentran esos dos desgraciados, que partiendo de un error, huyeron hace pocos días del mejor de sus amigos, del pobre David.

—¿Quién sois?

—Me llamo Crispín...

—¿Ah!...

—Supongo—repuso el esbirro—, que por David tendréis noticias mías...

—Sí, sois el miserable que jurando en falso se apoderó de la hija de Jacobo.

—Sí, mi noble señor, soy ese miserable, soy el infeliz maldecido por la madre de aquella criatura... ¡Ah!... Y aquella maldición...

—Se cumplirá—dijo severamente Quiñones.

—¡Dios mío!—exclamó Crispín en el colmo del terror.

—¿Qué buscáis aquí?

—Vengo atormentado por mi conciencia, espantado con la idea de que mi hijo sea mi enemigo, sea mi verdugo...

—Queréis que os perdone la madre que os maldijo...

—Sí, eso quiero, y me consideraré el hombre más dichoso del mundo.

—Decís que estáis arrepentido...

—Lo estoy, señor, lo estoy, y os lo probaré.

—Si es en falso vuestro arrepentimiento, á Dios daréis cuenta; si venís fingiendo dolor para tender un nuevo lazo á vuestras víctimas, peor para vos, porque más ó menos tarde habéis de ser juzgado por el Omnipotente.

—No es en falso mi arrepentimiento: ya os he dicho que os daré una prueba de mi sinceridad.

—¿Cómo lo probaréis?—dijo Quiñones fijando una mirada escudriñadora en el esbirro.

—Revelándoos los proyectos del abate.

—¿Y en qué consisten esos proyectos?

—En asesinar al señor Jacobo y á su hija...

—¿Sabe acaso dónde se encuentran?

—Lo sabe.

Martín desplegó una sonrisa desdeñosa.

—Además—añadió Crispín—, os diré donde se ocultan esos desgraciados...

—No quiero saberlo.

—¿Que no queréis saberlo!...

—No, porque eso sería lo mismo que aceptar vuestra ayuda, y yo no puedo aceptar la ayuda de un hombre como vos.

—Pero...

—Venís á implorar perdón de la madre, cuyo corazón habéis destrozado...

—¡Señor!...

—Esa madre os enseñará á ser noble...

—¡Oh!...

—Esperad.

Al decir esto, agitó Martín una campanilla de oro, y se presentó un criado.

—Dí á doña Isabel que tenga la bondad de venir un momento.

Crispín tembló convulsivamente.

—No quiero verla—dijo—, no quiero verla.

—¿Por qué?

—Su sola mirada...

—Tranquilizaos.

El esbirro guardó silencio.

Pocos segundos después se presentó la esposa de Jacobo.

Estaba pálida; era profundamente triste la expresión de su rostro; pero no revelaba el intenso dolor que pocos días antes le hacía sufrir horriblemente.

Apenas vió á Crispín, lo reconoció y no pudo contener un grito, retrocediendo un paso y quedando inmóvil.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Señora—dijo Quiñones—, este hombre dice que está arrepentido, que no puede soportar sus remordimientos, y que necesita vuestro perdón, que implora en nombre de la misericordia divina. En cambio de vuestra generosidad ofrece ser nuestro, revelarnos los planes de Florentín y llevarnos donde se ocultan vuestro esposo y vuestra hija.

—El que perdona, cumple un deber—respondió la infeliz madre—, y cuando se cumple un deber, no se acepta recompensa.

—¡Mi noble señora!...

—Yo os perdono, y pido al Omnipotente que vuestro corazón de padre no sufra lo que el mío; os perdono y deseo que vuestro hijo sea vuestro consuelo en lugar de ser el instrumento de la justicia divina... Idos ya, que aunque no os odio, no quiero veros.

—¡Mi corazón de padre!... Sí, tengo un hijo...

—Ya sé—interrumpió Quiñones—, que vuestro hijo está enamorado de la infeliz á quién hicisteis desgraciada.

—¡Lo sabéis!...

—Y supongo que pensariais pedir la mano de esa niña en cambio de vuestros servicios.

Crispín no acertó á responder.

—Esos servicios—añadió el caballero—, no los aceptamos y por consiguiente no hay para que otorgaros gracia alguna. Ya estáis perdonado, que es lo que más deseariais si vuestro arrepentimiento es verdadero.

—Mi pobre hijo...

—Salid.

—Señor...

—Salid—dijo Quiñones con acento imperioso y duro y extendiendo un brazo hacia la puerta.

—¡Oh!...

—Habéis cometido sobrados crímenes, y me sería muy fácil entregaros ahora mismo á la justicia; pero quiero ser generoso... Salid.

No puede explicarse lo que sintió Crispín.

Aturdido, anonadado, salió del aposento y luego de la casa.

Cuando estuvo en la calle, miró á todos lados, aspiró con avidez el aire libre, y exclamó:

—¡Ah!...

—Luego se pasó las manos por la frente que tenía empapada en frío sudor.

—¿En qué pensaba?

No lo sabía.

Largo rato pasó sin que se moviese.

Por fin, algo más desaturdido, murmuró:

—Quiero salvar á mi hijo, quiero salvarlo á toda costa. Los peligros que corre son mayores que nunca... Sí, sí, quiero salvarlo.

No hizo en aquellos momentos más reflexiones, ni pensó en explicarse el por qué don Martín no había aceptado lo que se le ofrecía y tanto le interesaba.

Solo se ocupó de ir en busca de su hijo, y se alejó rápidamente.

CAPITULO V

CONSECUENCIAS DE LA GENEROSIDAD DE DON MARTÍN

Crispín dejó atrás calles y calles repitiendo muchas veces las palabras que ya le hemos oído.

Dejó atrás la población y tomó el sendero que conducía á la casa teatro de las escenas que hemos dado á conocer.

Cuando le quedaba poco que andar, miró á todos lados sin descubrir alma viviente.

Llegó junto al solitario edificio.

Detúvose para tomar aliento, volvió á mirar más afanosamente, y murmuró:

—No está.

Aún no había pensado en darse cuenta de la conducta de don Martín de Quiñones.

En aquellos momentos no quería más que hablar con su hijo, decirle cual era la situación, y combinar el plan más con-

veniente para evitar nuevos peligros y desgracias.

Pero Marcelo no estaba allí.

Esto era muy extraño, puesto que allí pasaba casi todo el día.

Crispín dió algunos pasos en distintas direcciones, mirando á todos lados.

Luego se preguntó:

—¿Qué debo hacer?

Y después de reflexionar, añadió:

—Estoy perdonado: los que debían odiarme han sido generosos... No retrocederé en el buen camino. Puesto que mi hijo no está, veré á Jacobo, todo se lo revelaré y tranquilizaré mi conciencia.

Crispín debió comprender que allí no podía estar Jacobo, puesto que así se deducía de la conducta de Quiñones; pero el esbirro se encontraba completamente trastornado y no era entonces el hombre astuto que otras veces hemos visto.

Llegó á la casa y vió la puerta á medio abrir y con señales de haber sido forzada.

—¡Ah!—exclamó sorprendido.

No acertaba á explicarse aquello.

Vaciló, dudó por algunos minutos.

Al fin se decidió y entró.

A los pocos pasos encontró la palanqueta.

—¡Dios mío!—exclamó—, esto debe ser obra de mi hijo.

Aumentó su trastorno.

Volvió á detenerse y escuchó.

A sus oídos llegaron los lamentos del abate.

—¡Oh!... Una persona que pide socorro, que se muere... Quizá es Jacobo... Cumpliré mi deber.

Sin detenerse entró en el inmediato aposento, y bien pronto comprendió que los ayes salían del subterráneo.

—Todo lo adivino—exclamó—, mi hijo ha encerrado aquí á Tordesillas y se ha llevado la ciega...

Inclinóse sobre la compuerta, vió que no estaba la llave, y gritó:

—¡Esperad, que en seguida abriré y os socorreré.

Dicho esto, fué en busca de la palanqueta, volvió, y con las fuerzas de su violenta excitación, no tardó más que algunos momentos en hacer saltar la cerradura y abrir la compuerta.

No bien hubo hecho esto, cuando el

abate, ligero como un gato, salió de su encierro.

Crispín dejó escapar un grito de sorpresa.

Florentín cuyo rostro estaba lívido y desfigurado, miró á su cómplice y exclamó:

—¡Crispín!

—¡El abate!—murmuró el esbirro retrocediendo un paso.

Quedaron ambos silenciosos, sin que en largo rato pronunciasen una palabra.

Claudio, á pesar de su agitación y su trastorno, comprendió que no era á él á quien se había querido salvar: pero no pudo adivinar otra cosa. Lo que si creyó era que Crispín había hecho lo que en otro tiempo David y después el hidalgo, es decir, que estaba de acuerdo con sus enemigos.

Una vez que había pasado el peligro, no necesitaba Florentín mucho tiempo para tranquilizarse, ó al menos para recobrar la calma, siquiera hasta el punto de ser dueño de su razón.

Nunca como entonces necesitó de su refinada astucia.

Crispín, por el contrario, estaba cada vez más aturdido.

Como ignoraba los sucesos que acababan de tener lugar, no podía comprender como el abate se encontraba allí encerrado.

Ni siquiera le ocurrió sospechar que todo ello fuese obra de las víctimas de Florentín.

El esbirro volvió á pensar en Marcelo.

¿Era lo que veía, resultado de un acto de venganza del enamorado joven?

¿Y qué había sido del padre y de la hija?

Mil preguntas se hizo Crispín sin conseguir otra cosa que aturdirse más.

Era consiguiente que cometiese torpeza tras torpeza.

Después de lo que había sucedido y en el estado en que su espíritu se encontraba, Crispín miraba con horror al abate y exclamó:

—¡Vos aquí, vos!... ¡Y yo os he salvado, os he salvado á vos, que sois la causa de mis espantosos sufrimientos!... ¡Oh!...

—¿Qué estáis diciendo, buen Crispín?—replicó el abate—; ¿habéis perdido el juicio?

—Vos habéis hecho que mi razón se extravíe...

—¿Acaso ignoráis lo que ha sucedido?

—No lo sé: os encuentro aquí pidiendo socorro...

—No perdáis un momento, no lo perdáis si queréis salvar á vuestro hijo—replicó el abate, seguro del efecto que producirían sus palabras.

—¡Mi hijo!—gritó Crispín.

—Sí, corred, que no debe estar lejos de aquí... Vos por un lado y yo por otro...

—¡Dios mío!

—Corramos, corramos.

Y al decir esto salió el abate, desapareciendo enseguida.

Después de experimentar tantas y tan contrarias sensaciones, no era posible que Crispín se diese cuenta de lo que le sucedía.

Hubiera querido correr tras Florentín ó detenerlo; pero no hizo ni lo uno ni lo otro.

Dió algunos pasos en distintas direcciones y con esa vacilación propia de la embriaguez.

De sus labios se escaparon los nombres de su hijo, del abate y de Jacobo.

No había más que mirarlo para comprender lo que sufría.

Su rostro estaba lívido y horriblemente desfigurado.

Su respiración era trabajosa y desigual, y sus miembros temblaban convulsivamente.

Todas las suposiciones que el desdichado hiciese, debían estar muy lejos de la verdad.

Y sin embargo, era fácil que Crispín adivinara lo que había sucedido, porque la conducta de Isabel y Martín no podía tener más que una explicación.

Por fin logró ponerse en movimiento y salió de la casa mirando á todos lados, y alejándose luego, mientras gritaba:

—¡Marcelo, Marcelo, hijo mío!

Quiso la casualidad que tomase á la izquierda, es decir, en la misma dirección que nuestros tres amigos.

Entre tanto Florentín seguía corriendo con cuanta rapidez le permitían sus fuerzas.

Cuando llegó á las primeras casas del arrabal, se detuvo para tomar aliento y ver si alguien le seguía.

Convencido de que no era observado, sentóse en una piedra, limpió el sudor que inundaba su rostro, y dijo:

—Está comprendido todo, ó al menos lo que más me interesa. Ese estúpido Crispín, trastornado por los remordimientos, se ha entregado á mis enemigos; pero así como no se sabe á donde ha de ir la piedra que se tira, ellos tampoco podían calcular cuales serían las consecuencias de su proceder. Por de pronto me he salvado... ¡Oh!... Me parece que ha transcurrido un siglo desde que me encerraron en la maldita cueva.

Y como si aún se le figurase mentira que había recobrado la libertad, volvió el abate á mirar á su alrededor, contemplando el espacio con indescriptible alegría.

Otro cualquiera en su situación habría tal vez pensado si le convenía cambiar de conducta; pero Florentín no pensó más que en seguir defendiéndose, ó lo que era igual para él, en aniquilar á sus enemigos.

—¿Qué es lo primero que debo hacer?—se preguntó.

Y añadió después de algunos momentos:

—Lo más urgente es evitar que hable Crispín, porque me conviene que crean que aún estoy en el subterráneo. Luego veré si en la traición del señor Antolín tiene parte alguna Raúl de Lancaste y además...

Interrumpióse Florentín, sonriendo con expresión de júbilo satánico.

—No—dijo—, no se gozará mucho tiempo en su triunfo ese hidalgo vanidoso, porque antes que se ponga el sol estará en un calabozo, acusado de asesino.

Sobre este punto, como ya sabemos, se equivocaba el abate, puesto que el documento que había de servir para acusar á Santoyo, ya no existía.

¿Pero le faltaban medios de vengarse? Desgraciadamente le sobraban.

En pocos minutos trazó un plan digno de su refinada astucia y perversa intención.

Ya había recobrado el aliento, ya se encontraba como si nada le hubiese sucedido, y queriendo aprovechar el tiempo, encaminóse á su vivienda.

EL ABATE APROVECHA EL TIEMPO

Cada quince ó veinte pasos tenía que detenerse Crispín, porque sus fuerzas habían menguado hasta el punto de que le era casi imposible sostenerse.

Sus ojos, abiertos como si fuesen á saltarse de sus órbitas, continuaban revolviéndose desconcertadamente y dirigiendo á todos lados miradas de indescriptible afán, en tanto que incesantemente se escapaban de sus labios los nombres de su hijo y de Florentín.

Llegó á la arboleda donde había tenido lugar el combate.

Allí volvió á detenerse y sintió como nunca oprimido el corazón.

—¡Marcelo, hijo mío!—gritó desesperadamente.

Empero no le respondió más que el eco, que resonó en los oídos de Crispín pavorosamente.

Un presentimiento inexplicable le obligó á fijar la mirada en el suelo, y pocos momentos después exhaló un grito desgarrador.

—¡Sangre—murmuró con voz sorda—. ¡Sangre!... ¡La sangre de mi hijo!...

Vació el cuerpo del desdichado padre y cayó pesadamente en el mismo sitio en que poco antes había caído Marcelo sin vida.

No perdió el conocimiento, y sin embargo quedó como aletargado y sin ser dueño ni de su razón ni de sus acciones.

De vez en cuando estremecíanse sus miembros convulsivamente.

Su respiración era cada vez más violenta y producía en el interior de su pecho un ruido sordo y prolongado, que parecía salir del fondo de una caverna.

Tal vez no nos equivocáramos al decir que el esbirro había expiado ya todos sus crímenes, pues en pocos minutos sufrió tanto como podían haber sufrido sus víctimas en mucho tiempo.

Más de media hora permaneció en aquel estado.

Al fin reunió las pocas fuerzas que le quedaban y murmuró:

—No, no debo entregarme al dolor como lo hago.

¿Por qué ha de ser esta sangre de mi

hijo?... ¡Oh!... Ese miserable Florentín me engaña.

Algo más reanimado con esta esperanza ilusoria, pudo levantarse.

Sus manos estaban manchadas con la sangre de Marcelo.

—¿Adónde iré?—se preguntó.

Y después de vacilar algunos momen-

Hubiera querido llorar; pero no había lágrimas para sus ojos.

¿Cómo hemos de hacer comprender lo que sufrió Crispín en los pocos momentos que inmóvil contempló el cadáver de su hijo?

Todo desapareció para sus ojos, no quedando más que aquel cuerpo inerte,



Ha llegado la hora de que des cuenta de tu proceder á la justicia divina. (Pág. 9.)

tos y como quién no tiene conciencia de sus acciones, siguió por una vereda que conducía á la cumbre del montecillo.

Mientras andaba, gritaba como antes había hecho.

¿Estaba loco?

Si no había perdido la razón, no le faltaba mucho.

Por espacio de otra media hora vagó, buscando en vano al hijo á quién entonces amaba con verdadero frenesí.

De pronto se detuvo.

Sus ojos se abrieron más que nunca, dilatáronse sus pupilas, y su mirada se fijó en el suelo con una expresión de terror indescriptible.

Acababa de descubrir dos cadáveres.

Uno era el de Marcelo.

Crispín quiso gritar y no pudo.

espantable testimonio de una horrorosa historia.

De todo se olvidó absolutamente, pues para él se encerraba el mundo en aquel frío cadáver.

—¡Dios mío!—consiguió exclamar al fin con el acento de su febril extravío y como si exhalase el alma—. ¡Tened compasión de mí y quitadme la vida.

La escena no pudo ser desde aquel momento más conmovedora.

El infeliz padre cayó sobre el cuerpo inanimado de su hijo, cubriéndolo de besos, mientras gritaba como un loco:

—Yo te maté, hijo de mi alma, te maté después de haberte perdido—decía unas veces.

Y otras exclamaba:

—¡Dios me ha castigado, esta es la justicia del Omnipotente!

Y los ojos de Crispín, siempre secos, relumbraban cada vez con más intensidad.

Su exaltación fué en aumento, y como si repentinamente recobrase la energía, púsose en pie y dijo:

—Yo te vengaré, hijo de mi alma, yo te vengaré... Dios es justo, y para todos los criminales habrá igual castigo.

No pronunció una palabra más.

No intentó explicarse lo que había sucedido, ni mucho menos adivinar quién había matado á Marcelo.

Para el esbirro no había más que un criminal, no había más que un hombre que fuese causa de todos los males, no pensaba más que en Florentín.

Como arrastrado por un vértigo, lanzóse á través de los campos y en dirección al arrabal de San Ginés; pero antes de llegar á las primeras casas de la población, saliéronle al encuentro seis hombres.

Eran seis alguaciles del Santo Oficio.

—¡Apartaos! — gritó Crispín viendo que lo rodeaban, amenazándole con los aceros desnudos.

—¡Alto en nombre de la Santa Inquisición!—dijeron los otros.

—Dejadme, ¡vive el cielo! dejadme, ó no respondo de lo que haré.

—Alto...

—Dejadme, que voy á vengar á mi hijo, que voy á dar á conocer al miserable que lo ha matado y que ha sido causa de todos mis sufrimientos.

Y viendo que los otros lo estrechaban más, sacó la espada, acometiéndoles furiosamente.

Los alguaciles retrocedieron; pero no huyeron.

Y hablando todos á la vez, amenazando los unos y jurando los otros, se trabó el combate, combate desigual y cuyo resultado no era dudoso.

Crispín no se cuidaba de defenderse, sino de asestar golpes á cuantos se le acercaban, y sin reparar que mientras atacaba á los unos, los otros se arrojaban sobre él por la espalda.

Antes de tres minutos la lucha era cuerpo á cuerpo, y los seis alguaciles viéronse muy apurados para conseguir sujetar á Crispín.

Los ojos de éste despedían llamaradas,

y sus labios estaban cubiertos de sanguinolenta espuma.

Bien pronto lo ataron.

—¿Callaréis, señor Crispín? — le dijeron.

Pero Crispín rugía como un tigre y pronunciaba con frecuencia el nombre de Florentín.

—La mordaza—dijo uno de los alguaciles.

—Sí, sí, porque parece que se ha vuelto loco.

—No se equivocaba el señor abate.

—Ponle la mordaza, porque sino escandalizará y nos pondrá en un compromiso.

Así se hizo en pocos momentos.

Crispín quedó inmóvil.

Sus fuerzas se habían agotado.

Ya no debía hacer resistencia.

—Levantaos y venid, sino queréis que os llevemos á la fuerza—le dijo uno de los alguaciles.

El desdichado miró á su alrededor como si quisiera reconocer el sitio donde se encontraba ó averiguar lo que sucedía.

Sus ojos perdieron repentinamente el brillo.

Su mirada se hizo incierta.

Mandáronle otra vez que se levantase, y obedeció como quien no tiene voluntad.

Hubiérase dicho que no se daba cuenta de lo que hacía.

Con pasos vacilantes siguió á los alguaciles y siempre mirando con profunda extrañeza á su alrededor.

Media hora después lo encerraban en uno de los calabozos del Santo Oficio, quitándole las ligaduras de los brazos y la mordaza; pero sujetándolo á una cadena.

¡El infeliz se dejó caer en el montón de paja que debía servirle de lecho y quedó inmóvil.

CAPITULO VII

EXPLICACIONES DE MUCHO INTERÉS

Tiempo es ya de que expliquemos el por qué Jacobo y su hija habían desaparecido de la solitaria casa, aunque el lector lo habrá adivinado.

También debemos ocuparnos del es-

tado en que se encontraba el corazón de David, porque esto es muy interesante en cuanto á los sucesos que tenemos que relatar.

Que el señor Antolín se había vendido á los enemigos del abate, no es menester decirlo, y por consiguiente es muy fácil comprender cómo Quiñones tuvo noticias del paradero de los fugitivos.

Lo que desde entonces sucedió es difícil relatarlo.

La alegría inesperada puede producir peores efectos que el dolor, y temiendo nuevos trastornos y desgracias, Quiñones y su esposa prepararon el ánimo de Isabel para darle la noticia y la seguridad de que muy pronto abrazaría á los dos seres á quien tanto amaba.

Aún quedaba otro peligro.

¿Cómo se decía á la desdichada madre que su hija estaba ciega?

Sobre este punto habían guardado todos la mayor reserva, para evitar un nuevo dolor á la infeliz que tantos había sufrido.

Empero no había medio de evitarlo, puesto que la infeliz madre y la hija habían de verse, y entonces nada podría ocultarse.

Doña Inés tuvo que cumplir al fin la triste misión de comunicar la horrible desgracia de la pobre niña.

La esposa de Jacobo, al conocer la verdad, levantó los ojos al cielo, y movió los labios para hablar; pero no articuló una sílaba y cayó en los brazos de su buena amiga, quedando inmóvil por un rato.

Como siempre, triunfó su valor, y con una energía inconcebible, púsose en pie, y dijo:

—Quiero ver á mi hija, y á mi esposo, quiero abrazarlos sin perder un instante, ni un solo instante... ¡Ah!... Después de diez años de sufrimientos, que yo sola puedo apreciar... ¡Jacobo, Jacobo!... ¡Hija de mis entrañas!...

Aquella misma noche la pobre madre y doña Inés, en una silla de manos, y á pie Quiñones, David, Leandro, Santoyo y Simón, escoltados por Juan y otros sirvientes de confianza, atravesaron las solitarias calles de la villa, salieron al campo y llegaron á la morada silenciosa de Jacobo y de su hija.

Las dos amigas y los sirvientes que

daron á algunos pasos de la casa mientras los otros llamaron, obligando á Tordesillas á responder y abrir, lo cual hizo espada en mano y resuelto á morir antes que entregarse, creyendo que eran sus perseguidores y enemigos.

La presencia de don Martín, que era tan conocido, fué lo único que tranquilizó á Jacobo, y así pudieron entrar en explicaciones.

¿Qué hemos de decir de la escena que siguió?

No puede describirse.

Los que tanto habían sufrido en diez años de separación, reuniéronse al fin.

Entonces fué cuando el valor abandonó á Isabel, que no pudo soportar la alegría como los dolores, y perdió el conocimiento después de haber abrazado á su esposo y á su hija.

Afortunadamente su trastorno pasó al cabo de un cuarto de hora, sin ofrecer peligro alguno.

Excepto el señor Antolín, todos acabaron por derramar lágrimas, sin que Simón dejara de sentir también húmedos los ojos, lo cual le dió ocasión para decir:

—Está visto que no sirvo para estas cosas, porque soy un hombre de corazón, ¡voto á Satanás!

Cada cual estaba ansioso de conocer los sufrimientos de los demás, y se pidieron y dieron mútuas explicaciones, sin que el llanto dejara de correr, sin que un solo instante cesaran las más tiernas caricias entre la madre y la hija.

Más de dos horas se prolongó aquella conversación, saliendo al fin de la casa y encaminándose á la de Quiñones.

David, á quien quizá debían aquellos desgraciados la dicha que al fin alcanzaban, fué objeto, como era consiguiente, de las demostraciones del más tierno cariño; empero habló poco y parecía preocupado y como agobiado por la más profunda tristeza.

¿No era feliz como todos?

No, el desdichado huérfano no era feliz.

Hay criaturas á quienes la felicidad parece un imposible, y David era uno de ellos.

¿Qué le faltaba para ser dichoso?

El día que encontró á la hija de Jacobo, d'a que debió ser para David de

completa felicidad, fué de desgracia, porque empezó á sufrir lo que nunca había sufrido, lo que tal vez no había imaginado que sufriría jamás.

David estaba enamorado, y así tuvo que reconocerlo, por más que se empeñó en hacerse creer lo contrario.

Algunos minutos habían bastado para encender en aquel corazón noble y sensible la llama intensa de su amor que no debía extinguirse jamás.

¿Y por qué semejante amor le hacía sufrir, cuando nadie le disputaba el corazón de la hermosa niña?

Las desgracias de ésta fueron doblemente horribles para David, por lo mismo que amaba.

Además, su amor era un amor sin esperanza y debía ser un perpétuo martirio, una lenta agonía.

—¡Es rica!—murmuró el huérfano con amargura verdaderamente desgarradora.

—Era menester conocerlo muy á fondo para comprender el valor de semejantes palabras en sus labios.

No, David no revelaría jamás el secreto de su amor desgraciado, porque era pobre, tan pobre, como que para vivir no contaba más que con la generosidad de sus amigos, generosidad que había aceptado, porque de otro modo se hubiese visto obligado á separarse de ellos y aún á renunciar á su venganza.

Si el tesoro de Gil Pérez no hubiese parecido, David no habría considerado su amor como una desgracia, no habría sufrido con otros temores que con los de no ser correspondido por la mujer á quien amaba.

Pero Isabel era rica y de noble cuna, mientras que él era pobre y de clase humilde, y creía que pedir correspondencia á su amor, era exigir más ó menos disimuladamente la recompensa por los sacrificios que había hecho, por los beneficios que había dispensado á tanta costa.

Esto podrá ser una ligereza exagerada; pero que se explica perfectamente en un hombre de los sentimientos de David.

Y como tras una idea viene otra y los enamorados son cavilosos, ocurriéronle al desdichado David otras dudas no menos graves.

La hija de Jacobo correspondería sin

vacilar el amor del huérfano; pero ¿lo haría porque también amase ó por gratitud?

¿Haría la joven el sacrificio de su corazón para pagar los inmensos beneficios de que era deudora á David?

Fácil era que así sucediese, porque la niña era tan noble de alma como su madre, y antes de hacer sufrir al que todo lo había sacrificado por ella, preferiría condenarse á sufrir toda la vida sin exhalar una queja y fingiendo un amor que estaba muy lejos de sentir.

En cuanto á los padres por las mismas razones observarían igual conducta, renunciando á los planes risueños que hubiesen trazado sobre el porvenir de su hijo.

¿Era posible que David aceptara semejantes sacrificios?

No.

¿Tenía medios de convencerse de que su amor era correspondido, no por gratitud, sino por amor también?

La prueba de esto nadie podía dársela, ni él podía exigir otra que la palabra de Isabel.

Después de hacerse estas reflexiones y muchas más no menos desconsoladoras, el huérfano decidió firmemente callar y sufrir.

Así se explica su tristeza y su preocupación aquella noche.

Era la segunda vez que veía á la hija de Jacobo, y la encontró mucho más bella.

No podía suceder otra cosa.

Lo que deseamos tiene para nosotros tantos más atractivos, cuanto mayores son los inconvenientes para obtenerlo.

David creía que era imposible la dicha de su amor, y esto hacía más intensa su pasión.

Ya eran dichosas las criaturas á quienes tan profundamente amaba, y su misión estaba cumplida en gran parte, pues no le quedaba que hacer más que procurar el castigo que merecía Florentín.

¿Qué haría después de conseguir esto? Su resolución fué desesperada.

—Me separaré de ellos—dijo—, me alejaré y... ¡Volveré á ser el pobre huérfano que vive solo y espera la muerte como la única felicidad!... Sí, me alejaré llevando mi secreto en el alma, y

entre el estruendo de la guerra, me aturdiré y encontraré el descanso de la eternidad.

Ya sabemos que no en balde se decidía David.

Una vez que el abate quedara castigado, pensaba solicitar el empleo de alferéz, que muy fácilmente conseguiría contando con la poderosísima influencia de Quiñones.

Y si no conseguía castigar al abate, el desdichado mancebo moriría en aquella lucha y el resultado sería igual para él, puesto que tendría el descanso del sepulcro.

Su risueña esperanza era la muerte.

¡Esperanza horrible!

¡Cómo debía destrozarse su alma al dar el último adiós á los que amaba y de los que era tan tiernamente amado!

¡Pobre David!

Tal era la situación de nuestros amigos cuando tuvieron lugar los sucesos que hemos dado á conocer en los capítulos anteriores, y tal era el estado del corazón del pobre huérfano.

Había llegado, pues, el momento de poner en práctica su determinación contrariándole, que, según hemos visto, su amor fué adivinado por Simón, es decir, por el más torpe de cuantos le rodeaban; pero David sabía cómo hacer en último caso para que el gigante guardara el secreto y aun jurase que la indicación que había hecho delante del señor Antolín era pura broma.

CAPITULO VIII

DE CÓMO CONTINUABA FLORENTÍN APROVECHANDO EL TIEMPO

Puesto que conocemos ya la situación de todos los personajes, tomaremos nuevamente el hilo de los sucesos desde el instante en que los dejamos.

Mientras Crispín se separaba del cadáver de su hijo y corría como un loco para caer en manos de los agentes de la Inquisición, dos hombres que también parecían ser alguaciles del Santo Oficio, llegaban á la solitaria casita y entraban en ella sin cuidarse de mirar á su alrededor, como si tuviesen la seguridad de que no habían de ser espiados.

Cinco minutos después, y por distinto lado, aparecieron otros tres hombres que penetraron también en el silencioso edificio.

Aún no habían transcurrido otros cinco minutos, cuando cuatro esbirros más se dejaron ver, haciendo lo mismo que los anteriores y por último aparecieron otros dos, desapareciendo enseguida en el interior de la casa, cuya puerta dejaron lo mismo que la habían encontrado.

No se interrumpió el silencio de aquel lugar.

Así pasó muy cerca de media hora.

Entonces en las cercanías de la casa y en distintos puntos, viéronse vagar bultos negros, cuyo número no es fácil fijar, los cuales, como si se les tragase la tierra, fueron perdiéndose de vista al ocultarse entre los matorrales que abundan por allí.

Nada volvió á verse ni oírse.

Ya eran las tres de la tarde.

Aquellos hombres no se habían movido.

¿Qué esperaban?

No es difícil adivinarlo.

¿Conseguirían su intento?

Para salir de dudas llegaremos hasta el Arrabal de San Ginés y allí veremos como el señor Antolín de Santoyo y Simón caminaban, hablando como los mejores amigos del mundo.

Tras ellos y á poca distancia iba un hombre miserablemente vestido, con el rostro y las manos casi negras, como si se hubiese pintado con carbón.

Este hombre llevaba un martillo y algunas herramientas, por lo que podía deducirse que era un cerrajero.

Si el hidalgo no era hombre de corazón como el gigante, era un hombre alegre, y ambos se habían entendido, y se encontraban muy bien el uno junto al otro.

Ningún pesar tenían, sino por el contrario motivos de gran contento.

El señor Antolín era dueño de una bolsa bien repleta y nada tenía ya que temer del abate porque había desaparecido el papel que era su fantasma aterrador.

En cuanto á Simón, era completamente feliz; sus amigos habían triunfado, y creía que David iba á ser el hombre

más dichoso, si bien le habían llamado la atención ciertas observaciones del huérfano sobre el secreto de su amor.

Hablaban, como hemos dicho, alegremente, y adelantaban siempre seguidos del cerrajero.

De pronto se detuvo el señor Antolín, haciendo detener á Simón, y dijo:

—¿En qué consistirá que empiezan á faltarme las fuerzas?

—Pues bien poco hemos andado, replicó el gigante.

—Es que hoy—repuso el hidalgo después de bostezar—, con tantas emociones con tanta baraúnda, con tanto ir y venir me encontraba aturdido, y como habéis podido ver, he comido poco.

—¡Por las tripas de Lucifer!—exclamó el gigante, mirando con sorpresa al señor Antolín—, ¡decís que habéis comido poco!...

—Sí, lo digo y lo repito.

—Menos he comido yo y estoy repleto.

—Entonces tendréis sed.

—Eso sí.

—Amigo mío, aún es temprano y me parece que no cometeríamos ninguna locura si perdiésemos algunos minutos en un bodegón ó taberna donde vos podríais apagar vuestra sed y yo acallar á mi exigente estómago.

—No es mala idea.

—Vos conoceréis estos sitios...

—Mirad—dijo Simón, señalando á una de las casas próximas.

—¡Un bodegón!...

—Y de los buenos.

—Veamos si es verdad.

—¿Y este hombre?

—Que entre también, se acomode en un rincón, y beba.

No hicieron más observaciones, y penetraron en el bodegón.

—Aquí maese Tortijo—gritó el gigante.

Presentóse el bodegonero, haciendo reverencias al ver al hidalgo, y éste le preguntó:

—¿Qué tenéis en vuestra casa que sea bueno para gente de mi calidad?

—Señor caballero, en mi casa hay de todo, y lo que hay es bueno como en la mejor hostería.

—Bien, sepamos—repuso Santoyo mientras se retorció el bigote.

—Puedo dar á vuestra merced una tortilla.

—¡Bravo!

—Bacalao frito...

—Tiene muchas espinas.

—Riquísimo jamón...

—Eso es otra cosa.

—Y callos de vaca como no los come un príncipe.

—Pues bien, maese Tortijo ó como quiera que os llaméis, traed de todo eso, menos el bacalao, y principiando por la tortilla para preparar el estómago, y en cuanto al vino, sacad lo mejor que tengáis, porque soy muy delicado de paladar.

—Descuide vuestra merced.

—Y tened entendido que á mí se me sube fácilmente la sangre á la cabeza, y tengo las manos un poco largas.

El bodegonero no creyó conveniente entrar en razonamientos sobre este último punto, y se alejó para obedecer, porque era lo que le interesaba.

Cinco minutos después estaba la tortilla y el vino sobre la mesa.

El señor Antolín empezó á comer y á beber.

Simón no hizo más que lo segundo.

Continuaron la conversación sobre los sucesos de aquel día, y la triste situación en que suponían al abate, fué objeto de chistes y epigramas por parte de ambos.

El señor Antolín se interrumpió, dióse una palmada en la frente, y dijo:

—Ahora recuerdo una cosa.

—¿Qué?

—Me parece que no os equivocásteis en lo que dijísteis al señor David de su amor.

La frente de Simón se contrajo un momento.

—Lo que le dije—replicó, fué una broma.

—Pues en broma creo que acertásteis.

—¿Y en qué os fundáis para creerlo así?

—En que lo veo preocupado y triste, cuando debiera estar muy alegre.

—No lo conocéis bien: siempre le ha sucedido lo mismo, y me atrevo á jurar que en catorce años que hace que lo conozco, no lo he visto reír ni una vez.

—Sin embargo...

—Ya os convenceréis de vuestro error.
—Pronto habéis cambiado de opinión.
—¡Voto al infierno!... No he cambiado, puesto que siempre he pensado lo mismo.

—Esta mañana.

—Repito, señor Antolín, que aquello fué una broma. ¿Sabéis por qué David está triste?

—Por que está enamorado.

—Sufre por lo que ha hecho con el abate.

—¡Señor Simón!

—¿No observásteis que faltó muy poco para que le devolviese la libertad? ¿No vísteis que se fué á otro aposento, porque no tenía valor para oír los lamentos de ese tunante?

—Es verdad; pero...

—Y quiera Dios que esto no cueste una enfermedad á David. ¡Cien legiones!... Si lo conociésteis como yo, no os sorprendería nada de esto. Ya tuvisteis en París ocasión de ver que no se parece á ningún hombre.

—Sí, pero en vez de matar á su adversario, se contentó con ponerle fuera de combate.

—Es valiente; pero le sucede lo mismo que á mí: tiene mucho corazón y...

—¿A vos también os da lástima el sacristán?

—¡Rayos y truenos!... No me da lástima; pero hubiera preferido matarlo de otro modo, porque eso de encerrarlo y dejarlo morir de hambre y de sed, ¡cuernos de Satanás! en fin, no sirvo para eso.

Simón, como si lo hiciese distraidamente, siguió hablando de Florentín, evitando de este modo que el hidalgo se ocupase del amor del huérfano.

Medía hora después había concluido el señor Antolín con cuanto le había traído el bodegonero.

—¿Habéis recobrado las fuerzas?—le preguntó el gigante.

—Sí.

—Entonces podremos llegar sin que os desmayéis.

—Tal creo.

—¡Voto á Satanás!...

—Vamos, señor Simón, que va haciéndose tarde.

—Vamos.

Pagaron y salieron del bodegón se-

guidos del cerrajero que bendecía la generosidad de aquel noble hidalgo, y esperaba que su trabajo se lo pagasen largamente.

Veinte minutos después llegaban á la casita.

Nada habían visto que les llamase la atención.

Ni el más leve ruido se percibía.

—Esta es la puerta—dijo Simón al cerrajero—: arréglala pronto y bien.

—Descuidad.

—Me parece—dijo el señor Antolín—, que mientras este hijo de Vulcano cumple su atronadora misión, nosotros podemos entrar, acercarnos á la cueva y preguntar á mi amigo Florentín cómo se encuentra en su nueva habitación.

—Como gustéis.

—Además le participaré que he comido una exquisita tortilla, una magra, y algunos callos, cuya noticia le será muy agradable.

La broma tenía mucho de horrible y no menos de inhumana; pero por lo mismo, la encontraba más divertida el hidalgo.

Simón se encogió de hombros, haciendo un gesto de indiferencia.

—Venid, venid—repuso Santoyo.

Entraron en la casa.

Empero apenas llegaron junto á la compuerta, que Crispín no se había cuidado de cerrar, quedaron inmóviles como estatuas y con la mirada fija en la negra entrada del subterráneo.

—¡Rayos del infierno!... ¡Ira de Satanás!... ¡Cien mil legiones de condenados!—gritó el gigante, cuyos ojos despidieron dos llamaradas.

—¡Vive Dios!—exclamó el señor Antolín, apretando los puños con desesperación.

—¡Se ha ido!...

—¡No está!...

En algunos minutos no pronunciaron una palabra: tal fué el efecto de la sorpresa y del coraje.

—¿Y qué hacemos aquí?—dijo al fin el gigante mirando á su alrededor.

—Registremos la casa.

—¿Para qué?

—Es verdad: ya estará lejos de aquí...

—¿Quién lo ha salvado?

—Mirad la palanqueta...

—Sí, alguien ha venido en su auxilio...

- ¡Rayos del infierno!...
- Quizá el cobarde que huyó...
- Corramos.
- ¿A dónde?
- No lo sé, pero nada hacemos aquí.
- Estas son las consecuencias de la generosidad.
- Tenéis razón.
- Si lo hubiésemos aplastado...
- ¡Ira del infierno!
- Vamos; vamos.

CAPITULO IX

CONFUSIÓN Y SANGRE

El señor Antolín y Simón se volvieron hacia la puerta, mientras éste decía:

—Ante todo, demos parte de lo que sucede.

—No es menester—respondió una voz.

Y dos hombres con los aceros desnudos aparecieron en el dintel.

No necesitaban nuestros amigos explicaciones para comprender la situación, doblemente cuando conocieron que aquellos dos hombres eran dos esbirros.

Hablar era inútil: lo que interesaba era salir de allí.

Ambos profirieron algunas terribles amenazas y desenvainaron los aceros.

Pero antes de acometer sonó por distinto lado otra voz que dijo:

—Cuidado con lo que hacéis.

Volviéronse nuestros amigos y se encontraron con otros cuatro alguaciles, que debían haber salido de bajo de las camas.

Ya eran seis los enemigos; pero la verdad es que tan crecido número no les arredró.

—¡Por las tripas de Lucifer!—gritó el gigante, blandiendo su pesada tizona—. ¿Habéis creído infundirnos miedo? Pronto os convenceréis de vuestro error.

—Sí—dijo el hidalgo—, pronto os convenceréis, canalla miserable, de que valéis muy poco para provocar nuestra ira.

—Bien, lo veremos—replicó uno de los que estaban en la puerta.

Y adelantó un paso, haciendo lo mismo su compañero.

Inmediatamente se presentaron otros dos.

—Ya sois ocho... No importa.

—Apartaos, ¡rayos del infierno!

—Os equivocáis, que no somos ocho. Así era la verdad, porque de la cueva salieron otros tres, quedando casi llena la habitación.

Por valientes que fuesen Simón y el señor Antolín, ¿qué habían de hacer contra once hombres que los tenían rodeados?

Se defenderían y acabarían con algunos de ellos, pero al fin sucumbirían al número.

Todo lo que conseguirían sería morir, evitando de este modo que los cerrasen en la Inquisición.

Transcurrieron algunos minutos sin que se pronunciase una palabra.

El hidalgo y Simón contemplaron con inflamados ojos á sus acometedores.

Luego vieron si les era posible colocarse junto á una pared para guardar la espalda; pero estaban cercados y no podían acometer á los unos sin ser alevosamente acometidos por los otros.

La situación no podía ser más crítica.

—¿Qué hacemos?—preguntó el señor Antolín.

—Morir—respondió Simón sin vacilar—. ¡Mil rayos!... ¿Hemos de entregarnos á esta canalla, para que nos lleven á los calabozos del Santo Oficio y se goce el abate viendo como poco á poco nos destrozan en el tormento?

—No, ¡por Satanás! eso no.

—Ya lo sabéis, cobardes, estamos dispuestos á morir luchando, y es inútil que esperéis.

—Les daremos el ejemplo.

—A ellos...

—Poneos de espaldas á mí, señor Simón, no os separéis y así les presentaremos siempre el rostro.

La idea es bastante ingeniosa; pero aunque así evitasen verse acometidos por la espalda, era forzoso que sucumbieran al número.

Los esbirros permanecían inmóviles y como si no trataran más que de defenderse.

Nuestros amigos, ciegos de ira, apretaron con fuerza convulsiva la empuñadura de sus espadas y se dispusieron á dar el primer ataque, cuando repentinamente y como un río que se desborda, penetraron en confuso tropel por la puerta seis ó siete hombres, cayendo só-

bre los demás sin mirar si eran amigos ó enemigos.

Al mismo tiempo se abrió una de las ventanas, y de dos en dos otros cuatro esbirros se precipitaron en la estancia.

No puede darse idea de la confusión y el ruido infernal que se produjo instantáneamente.

Relumbraron sobre las cabezas las espadas.

Oyéronse dos ó tres ayes de muerte.

Empero todos apiñados, confundidos, medio ahogados, ni podían luchar ni apenas moverse.

Simón y el señor Antolín maldecían y juraban sin cesar.

En el primer choque, la espada del gigante había dividido el cráneo de dos alguaciles.

La del señor Antolín había atravesado el pecho de otro.

Ambos habían caído sin vida, y sus cadáveres fueron pisoteados por los demás.

Nuestros dos amigos se convencieron de que las espadas, más que defensa, eran estorbo, porque los alguaciles se apiñaban más cada vez, estrechando el centro donde estaban sus dos víctimas.

El golpe estaba bien calculado.

Bien sabía Florentín con qué clase de hombres había de habérselas.

Verdad es que los esbirros tampoco podían hacer uso de las espadas para herir; pero estaban seguros de que acabarían por hacer á los otros imposible todo movimiento.

—¿Queréis ahogarnos?—gritó el gigante, cuya voz hizo retemblar las paredes—. ¡Por Satanás!... Veremos quien gana la partida.

—La daga, señor Simón, la daga y fuera la tizona...

—Ya la tengo y... ¡Rayos del infierno! bien empleada...

—Yo también... ¡Por Satanás!...

Otros dos alguaciles cayeron sin vida.

No podemos decir cuantos quedaban; pero eran muchos, y otros se pusieron en el lugar de los que habían caído, colocándose sobre los cadáveres.

Nuestros amigos se vieron tan estrechados que no pudieron moverse, y además de estrecharlos, cayeron sobre sus gargantas y brazos muchas manos que los asían fuertemente.

Revolvióse Simón consiguiendo levantar el brazo derecho sobre las cabezas de sus acometedores, y ciego por la ira dejó caer muchas veces la daga, levantándola siempre teñida en sangre..

Nuevos y más desgarradores ayes aumentaron la confusión, haciendo más horrosa aquella escena.

Los que estaban cerca de Simón empezaron á vacilar y se movieron como si quisiesen retroceder; pero en aquel momento presentóse Florentín y desde la puerta dijo:

—El que huya, será excomulgado y quemado vivo... Un esfuerzo más... Al suelo con ellos.

Resonó un rugido espantable.

El señor Antolín, medio ahogado, cayó al suelo.

Simón continuaba hiriendo sin cesar; pero dos alguaciles se asieron á sus piernas, y perdiendo el equilibrio, cayó también.

Todo había concluido.

Tres minutos después se encontraban nuestros amigos atados y con sendas mordazas que les impedían hablar.

—Orden—dijo entonces Florentín.

Y después de algunos momentos, añadió:

—Tres ó cuatro de vosotros con el cerrajero.

—¿Nos lo llevamos?

—Sí.

—¿Y los otros?

—Salid y esperad.

Los que quedaban vivos ó cuyas heridas eran leves, salieron de la habitación.

En el pavimento, lleno de sangre, había tendidos, heridos gravemente ó sin vida, nueve alguaciles.

El abate no se cuidó de ellos.

Con la sonrisa en los labios, una sonrisa de satisfacción diabólica, acercóse á los dos presos, contemplándolos y diciendo:

—Ya habéis visto que he respetado vuestras vidas; pero no ha sido por misericordia, no, sino porque vuestra muerte no podía satisfacer mi sed de venganza, no podía satisfacerla, y necesito veros sufrir uno y otro día hasta que cansado de gozarme en vuestros tormentos os envíe á la hoguera. Aún me falta mucho que hacer. Creí que con vosotros

vendría el miserable David; pero antes de dos horas estará también en mi poder, á despecho de don Martín de Quiñones, porque lo mismo que vosotros, tiene que responder ante el Santo Oficio de terribles acusaciones.

Simón y el señor Antolín se revolviéron desesperadamente.

Sus ojos estaban inyectados en sangre.

Sus miradas ardientes revelaban su desesperación.

—¡Ah!—exclamó el abate, volviendo á sonreír.

—No se me alcanzaba, señor hidalgo, como os habéis atrevido á hacerme traición; pero lo he comprendido al encontrarme sin el papel que podía servir para entregaros al verdugo. No importa, ya lo veis, y en esta ocasión debéis reconocer que habéis sido muy torpe, porque no habéis comprendido que yo no soy un hombre cualquiera. Nuestras cuentas quedarán perfectamente arregladas, y los que me han engañado no se gozarán en su triunfo. Queríais hacerme morir de hambre y de sed en esa cueva... Hambre y sed sufriréis vosotros, y además otros mil tormentos, quizá más crueles... ¡Oh!... Todo es poco para mi venganza, muy poco... No tardaréis en arrastraros á mis piés implorando mi perdón, como yo imploraba el vuestro esta mañana.

Simón y el hidalgo no pudieron responder sino con sordos rugidos y terribles miradas.

—Sangre—murmuró Florentín mirando á su alrededor—. Mucha sangre habéis derramado... Bien merecéis un terrible castigo.

Y después de algunos instantes añadió:

—No os hagáis ilusiones, desdichados, porque la influencia de don Martín no llega hasta la Inquisición, y en vano intentará sacaros de vuestros calabozos. Esto, mejor que vosotros, lo comprende David, que de seguro no abrigará esperanza de salvación. Tampoco os hagáis ilusiones creyendo que tendréis ocasión de acusarme, porque á nadie veréis más que á mí, nadie os interrogará más que yo, y aunque así no fuese, vuestras acusaciones serían consideradas calumnias, que agravarían vuestra situación.

Florentín no exageraba.

No había influencia ni poder contra el poder de la Inquisición.

Las acusaciones serían inútiles, porque no había testigos ni pruebas, y en vano Quiñones se esforzaría para hacer creer que el abate era criminal.

Crispín estaba encerrado y no podía contarse con él.

David debía sufrir la misma suerte que Simón y el hidalgo, y en cuanto á la hija de Jacobo, como estaba ciega, no podía reconocer á su verdugo, ni jurar que sabía el nombre de éste.

Tordesillas y su esposa eran testigos sospechosos por los interesados, y sus declaraciones tendrían poca fuerza.

Claudio Florentín había triunfado, ó tenía ya muy poco que hacer para triunfar.

Después de contemplar á sus víctimas, se asomó á la puerta y llamó.

Entraron tres ó cuatro esbirros y un notario, que sin perder un minuto, se puso á escribir, obedeciendo las órdenes del abate.

Media hora después nada tenían que hacer allí.

Empezaba á obscurecer.

—¿Y las sillas de mano?—preguntó Florentín.

—Junto á la puerta.

—Pues concluyamos antes que cierre la noche.

Entraron más alguaciles y medio arrastrando sacaron de la casa á Simón y al señor Antolín, colocándoles en dos sillas de manos, porque desconfiaban de dejarlos ir por su pie.

—Seis de vosotros—dijo Claudio—, para cuidar de los heridos y hacer que se recojan los cadáveres y se les dé cristiana sepultura.

La tropa de esbirros se puso en marcha, llevando las sillas y al pobre cerrajero, que estaba aturdido y no hacía más que decir:

—Pero señor, ¿por qué se me prende? Soy buen católico, cristiano viejo y no me ocupo más que de ganar el pan para mis hijos.

—Tranquilizaos, buen hombre—le respondió al fin el abate—, que si os llevamos con nosotros, es solamente para que declaréis á lo que habéis venido aquí; pero yo os prometo que esta misma noche quedaréis en libertad.

—No he venido á cometer ningún crimen...

—Ya lo sé—repuso Florentín—; pero es preciso que conste... Tranquilizaos, repito, que no vais como reo, sino como testigo.

CAPITULO X

OTRO DETALLE DEL PLAN DE FLORENTÍN

Los esbirros de la Inquisición no se habían ocupado solamente en prender á Crispín, Simón y el hidalgo, sino que mientras esto sucedía, otros recorrían los alrededores de la casa en averiguación de la suerte que había cabido á Marcelo y sus compañeros; de modo que cuando el abate llegó al Tribunal, tuvo noticias de todo y pudo adoptar nuevas disposiciones, perfeccionando su plan hasta el punto de que nada podía conseguir Quiñones para salvar á sus amigos.

A las siete de la noche, embozado hasta los ojos y con el sombrero calado hasta las cejas, entró un hombre en la calle de la Mancebía que según creemos haber dicho ya, es la misma que hoy conocemos con el nombre de Ave-María.

A la mitad de la calle había una taberna donde concurría la gente de vida airada de aquellos barrios, y allí penetró el embozado, colocándose en el más obscuro rincón y pidiendo un jarro de vino.

Cuando bajó el embozo para beber, pudo verse que era el amigo que abandonó á Marcelo y al otro en los momentos de la refriega.

En su rostro, pálido y contraído, revelaba su disgusto, así como se adivinaban su intranquilidad y sus temores en sus miradas recelosas.

No se creía seguro, sino que esperaba que la justicia le echase mano para pedirle cuentas del abuso que había cometido aquella mañana.

Aún no hacía diez minutos que se encontraba allí, cuando otro hombre, todo vestido de negro, entró y lo miró, sonriendo satisfactoriamente, acercándose en seguida y poniéndole una mano sobre un hombro, mientras le decía:

—Buenas noches, señor Nicolás.

Volvióse el otro y no pudo contener

una exclamación de sorpresa y de profundo disgusto, ó más bien de terror.

En el recién llegado acababa de reconocer á un alguacil del Santo Oficio.

—¿Qué os sucede?—le preguntó éste volviendo á sonreír—. Siempre hemos sido buenos amigos y cuando nos hemos encontrado en sitios como éste, hemos bebido y hablado de nuestros asuntos como gente que se estima.

—¡Ciriaco! — murmuró Nicolás, á quien no tranquilizaba el risueño semblante del esbirro.

—Sí, soy Ciriaco... ¿Lo dudas?

—¿Qué quieres de mí?

—Hay un refrán que dice: «Cuando me temes, algo me debes», ó lo que es igual en esta ocasión, cuando tiembles al verme, y me preguntas que es lo que busco, das pruebas de haber cometido algún pecado.

—Pero...

—Vengo de paz, si paz quieres, y si no otros tres compañeros esperan en la calle y...

—¡Ciriaco!—volvió á exclamar el tatur, empezando á temblar.

—Gritas y acabarás por llamar la atención.

—Es que...

—¿No te he dicho que vengo en paz?

—Paz quiero contigo, ya lo sabes.

—Pues convídame á beber y hablabamos.

—Siéntate, bebe cuanto quieras y explícate, porque la verdad, me pones en cuidado, aunque nada debo temer.

Sonrió maliciosamente el alguacil, sentóse, bebió y luego dijo:

—Nicolás, estás á dos palmos de la hoguera.

—¡Oh!...

—Esta mañana tú y otros dos amigos...

—Te equivocas.

—¿Cómo sabes que me equivoco si no me has dejado concluir?

—Porque esta mañana no he visto á ninguno de mis amigos.

—A Marcelo y á Blas, á quienes Dios haya perdonado, puesto que ya no existen.

—Te juro...

—Entrasteis en cierta casa más allá del Quemadero, después de forzar la puerta, y...

—Repito que te equivocas.

—Hace algunos minutos estabas á dos palmos de la hoguera, y ahora estás á dos dedos escasos.

—¡Vive Dios!...

—No niegues lo que está probado, porque te perderás.

Nicolás se limpió la frente, que tenía empapada en frío sudor.

—Te he dicho—añadió Ciriaco—que vengo de paz, si es que paz quieres.

—Bien, supongamos que he visto á Blas y á Marcelo.

—Y supongamos también lo demás, añadiendo lo de cierta refriega, en que os disteis de cuchilladas con tres hombres.

—No eran tres, sino dos—replicó Nicolás sin pensar lo que decía.

—Empiezo á tener esperanza de que te salves, porque veo que te decides á no ocultar nada.

—¿Hemos de hablar como amigos?

—En este momento no soy alguacil de la santa Inquisición.

—Entonces...

—Lo que me digas no te comprometerá, á menos que mientas.

—Pues bien, es verdad todo eso; pero el negocio no era mío.

—Ya sé que era asunto de Marcelo.

—No íbamos á robar...

—Íbais á robar; pero no dinero, sino una mujer.

—¿Cómo sabes todo eso?

—La mujer no estaba, salimos de la casa sin conseguir nuestro intento.

—¿Qué hicisteis después?

—Marcelo fué á buscar á su padre y nosotros quedamos en observación.

—¿Y luego?

—Cuando volvió Marcelo más desesperado de lo que se había ido, se nos presentaron dos hombres.

—¿Los conociste?

—Uno de ellos era Simón...

—¿Y el otro?

—Parecía un hidalgo, y era de elevada estatura y flaco lo mismo que un esqueleto.

—¿Y cómo es que no estás herido?

Las mejillas de Nicolás se pusieron rojas como el carmín.

—Entiendo—dijo Ciriaco—, todo lo habías encontrado bien, pero las cuchilladas...

—Sobre no ser el asunto mío, conozco

bien á Simón y no quise que me sucediera lo que á Blas y á Marcelo.

—Fuiste prudente y volviste la espalda...

—Pero recibí un cintarazo que me echó á rodar.

—Simón tiene buenos puños.

—Demasiado lo sé.

—Prosigue.

—Me puse en salvo, me oculté y nada más.

—Y cuando me has visto...

—He creído que venías á prenderme.

—No te has equivocado.

—Nicolás brincó en su asiento.

—Tranquilízate—añadió Ciriaco—, que todo puede arreglarse.

—¡Ah!...

—Somos buenos amigos...

—Sí, soy tu amigo verdadero, ya lo sabes.

—Escúchame.

—Te escucho.

—Tú, Marcelo y Blas, os paseabais por aquellos sitios y oísteis en el interior de la casa voces pidiendo socorro.

—Pero eso...

—Es que volvemos á hacer suposiciones.

—Bien.

—Cesaron las voces; pero vosotros no quedasteis tranquilos, y como visteis la puerta abierta, decidisteis entrar, no pudiendo hacerlo, porque en aquel instante salieron Simón y el hidalgo.

—Entiendo.

—Les pedisteis explicaciones y os respondieron que habían empezado á reñir, pero que ya habían hecho las paces.

—¿Y qué más?

—Os alejasteis...

—No debimos hacer tal cosa, porque la explicación...

—Era poco satisfactoria, ¿no es verdad?

—Así es.

—Por eso precisamente volvisteis á deteneros, esperasteis á los otros, pidiéndoles más explicaciones...

—Y ellos...

—Os contestaron con las espadas,

—Y yo...

—Huiste, y dando un rodeo volviste á la casa.

—¿Entré?

—Sí.
 —¿Y qué vi?
 —Primeramente, una palanqueta en el suelo.
 —Es verdad.
 —Y después. — continuó Ciriaco — oiste unos lamentos que salían de una cueva.
 —Continúa, que empiezo á comprender.
 —Tomaste la palanqueta, forzaste la compuerta que da entrada al subterráneo y te encontraste con el señor abate Claudio Florentín, á quien habían encerrado los otros.
 —¿Y el señor abate!...
 —Te dió las gracias como era consiguiente, te prometió recompensarte, y te rogó que refirieses lo que habías visto, pues te pedirían declaración.
 —¿Qué más?
 —Tú prometiste hacerlo así, porque era tu deber, y no quisiste más recompensa que la satisfacción de haber salvado la vida á un hombre tan virtuoso y que tanto vale.
 —Muy bien.
 —¿Has acabado de entenderme?
 —Creo que sí.
 —Pues bien, ahora elige entre dormir esta noche en un calabozo de la Inquisición ó declarar según prometiste al señor abate.
 —¿Y si declaro lo que tú quieres?..
 —Quedarás en libertad.
 —¡En libertad!..
 —Y además el señor abate, que es muy generoso, recompensará tu buena acción.
 —Ya he dicho que no quiero recompensa...
 —No importa.
 —Amigo Ciriaco...
 —Decide—replicó el alguacil, poniéndose en pie—; ya te he dicho que me esperan otros tres compañeros.
 —Declararé, declararé—se apresuró á decir Nicolás.
 —¿Has olvidado lo que te he dicho?
 —Ni una palabra.
 —En cuanto á la muerte de tus amigos, no sabes otra cosa sino que encontraste sangre en el sitio donde se trabó la pelea.
 —¿Y ellos?
 —Nadie había por allí, y te reuniste otra vez con el señor abate, acompañán-

dole hasta su casa y prometiéndole presentarte en el Tribunal al primer aviso.
 —No necesito más advertencias ni explicaciones.
 —Vamos, pues.
 —Vamos.
 Nicolás pagó el vino.
 Ambos salieron de la taberna y se encaminaron á la Inquisición.
 A la misma hora precisamente en que hablaban Ciriaco y Nicolás en la taberna, llegaron ocho hombres á la calle del Sacramento, deteniéndose á la puerta de la casa donde vivían Leandro y David.
 Eran ocho alguaciles del Santo Oficio.
 Pocos momentos después se acercó á ellos otro, que según pudo verse era el que los dirigía y mandaba, y les dijo:
 —¿Ha salido?
 —Ni él ni nadie.
 —¿Y ha entrado alguien?
 —Eso sí.
 —¿Sabéis quién?
 —Es persona demasiado conocida.
 —Decid.
 —Don Martín de Quiñones.
 —¡Oh!..
 —¿No os agrada que se encuentre aquí? Tampoco á nosotros.
 —Casi me alegro, porque don Martín, por su posición, no podrá favorecer á otro sino en el terreno legal.
 —Si David trata de hacer resistencia...
 —Quiñones no sacará la espada contra el Santo Oficio.
 —De cualquier modo no son más que tres hombres.
 —Y nosotros nueve, ó para hablar con más exactitud, once, puesto que llegarán otros dos antes de cinco minutos.
 —Entonces...
 —No debemos esperar.
 —¿Pero y esos otros?
 —Estarán aquí mientras subimos.
 —Bien.
 —Escuchad.
 Los ocho primeros rodearon al otro, que después de algunos momentos, dijo:
 —Conmigo subiréis cinco, y los tres restantes, con los tres que han de venir, os quedaréis guardando la puerta, y para acudir en nuestra ayuda en caso necesario.
 —Si necesitáis á los que quedamos aquí...

—Haré la señal y acudiréis inmediatamente.

—¡Quiera Dios que no suceda lo de esta tarde!

—No sucederá, porque es otra clase de gente.

—¡Oh!—murmuró uno de los alguaciles, estremeciéndose—. Aún no he olvidado como menudeaba los golpes el condenado Simón.

—Se han tomado todas las precauciones imaginables y no sucederá lo mismo, descuidad.

—Yo conocí en otro tiempo á David cuando tenía la joroba, y...

—Os digo que descuidéis, porque si tratasen de resistirse como los otros, nos concretaríamos á sitiarnos, y antes de dos horas tendríamos aquí veinte ó treinta soldados de la misma guardia de su majestad.

—Eso es otra cosa.

—Entonces ellos se entenderían con esa gente y nos los entregarían atados de pies y manos.

—Me tranquilizo—dijo uno de los alguaciles.

—Yo también—añadió otro.

—Y yo—repuso un tercero.

—No parece sino que tengáis miedo.

—Señor Marcos—replicó uno de los alguaciles, adelantándose hacia el jefe—, hablemos con franqueza.

—¿Qué queréis decir?

—Me parece que se nos exige más de lo que tenemos obligación de hacer.

—¿Ya murmuráis?

—No murmuro; pero sí sostengo que lo que ha sucedido esta tarde es demasiado triste, porque ha costado la vida á muchos de nuestros compañeros.

—¿Y no es vuestro deber arriesgar la vida en tales casos?

—El señor abate sospechaba lo que había de suceder.

—Por eso fuimos muchos...

—Por eso debieron ir soldados.

—Repito que descuidéis, porque esta noche...

—Bien, bien.

Los otros dos llegaron, recibieron las instrucciones que conocemos ya y se pusieron á ponerlas en práctica.

El llamado Marcos designó á los cinco que habían de acompañarle y entró en la casa, empezando á subir la escalera,

no sin convencerse antes de que su espada salía con facilidad de la vaina.

Aún no habían pasado dos minutos cuando Juan, que salió de casa de sus señores llegó á la de David, y al querer entrar se vió detenido por los cinco alguaciles, que le dijeron:

—Ahora no se puede pasar.

—¿Por qué?—preguntó el sirviente sorprendido.

—Porque no.

—¿Y quién sois vosotros para detenerme?

—Dependientes del Santo Oficio, ya lo estáis viendo.

Juan guardó silencio por un instante, y luego repuso:

—¡Oh!... Perdonad... Me voy.

Y efectivamente se alejó, diciendo para sí:

—¿Qué significa esto? ¿Qué busca esta gente aquí?... ¡Vive Dios!... No estoy tranquilo... ¿Quién sabe lo que puede haber sucedido desde esta mañana?... Ni Simón ni el señor Antolín han vuelto... ¡Por Satanás!... Mientras esta gente guarda la puerta otros deben haber subido... Disimulemos y reflexionemos.

Y volvió á entrar en la vivienda de su señor.

Entre tanto los otros habían llegado al cuarto principal y habían llamado.

Quiñones, David y Leandro de Castillejo estaban en un gabinete y junto á una chimenea donde ardían algunos trozos de encina.

Hablaban de un asunto que para ellos era demasiado grave; de la resolución adoptada por el huérfano, resolución que aquella tarde había manifestado á sus amigos, sin que las razones ni los ruegos de éstos pudieran hacerle cambiar.

La conversación fué interrumpida por un criado que se presentó diciendo:

—Acaban de llegar algunos hombres y me mandan abrir.

—¡Que te mandan abrir!

—En nombre del Santo Oficio.

—¡Oh!—exclamaron á la vez los tres amigos.

Y sus frentes se contrajeron y sus miradas se tornaron profundamente sombrías.

David se puso en pié, llevando la diestra á la empuñadura de su espada.

—¿Qué hacéis?—le preguntó Leandro.

—¿Que he de hacer?... Vienen á prenderme... ¿No os explicáis ahora el por qué no han vuelto aun Simón ni el señor Antolín?... ¡Oh!... El abate debe estar en libertad, y antes que caer en sus manos prefiero morir.

—Creo que no os equivocáis—dijo Quiñones.

—Entonces...

—Sentaos otra vez... ¿Perderéis la calma por primera vez en vuestra vida y cuando más la necesitáis?

—Sí—repuso Leandro—, sentaos.

Y dirigiéndose al sirviente, que estaba pálido como un difunto, añadió:

—Abre y que entren esos hombres.

No tardó en presentarse Marcos con sus cinco compañeros, admirándose de que lo recibiesen con tanta tranquilidad.

Esta circunstancia los sorprendió, y los seis se detuvieron en medio de la habitación.

El semblante de Leandro revelaba la calma más completa: su frente, un momento contraída, se había desarrugado.

David expresaba la ira, y sus negros y relumbrantes ojos fijaron en los alguaciles una mirada nada tranquilizadora.

Quiñones levantaba la cabeza con todo el orgullo de un caballero tan poderoso como él, y su mirada, en vez de iracunda, era profundamente desdeñosa.

—¿Qué queréis?—preguntó, recostándose en el sillón en que estaba sentado, y cruzando una pierna sobre otra como quien no tiene que respetar ni guardar consideraciones á la gente con quien habla.

—Señor—respondió Marcos con acento respetuoso—, tenemos que cumplir una orden muy desagradable; pero...

—Acabad, que no tengo tiempo de escucharos.

—No buscamos á vuestra señoría.

—Ya lo supongo.

—El señor David, aquí presente...

—¿Qué tenéis que decirle?

—Que venga con nosotros.

—¿Para qué?—replicó ásperamente Quiñones.

—Eso se lo dirán los señores del Santo Oficio, porque nosotros, según sabe el señor David...

—Entiendo: venís á prenderlo...

—Ignoramos si ha de quedar preso ó no.

—¿Quién os envía?

—El Santo Oficio, señor; ya he tenido el honor de decirlo á vuestra señoría.

—¿Pero de quién habéis recibido la orden?

—En cuanto á eso...

—Supongo que el abate Florentín os habrá dicho lo que tenéis que hacer.

—El señor abate queda en el tribunal...

—¡Oh!—murmuró David apretando los puños y sin poder contenerse.

—Pues bien—dijo Quiñones, cambiando de postura—, decid al señor abate, decid á todos los inquisidores, que el señor David no va con vosotros, y no va porque yo no quiero, ¿lo entendéis? porque no quiero que vaya.

—Caballero...

—¿Me conocéis?

—Tengo ese honor.

—Hemos concluído... Salid.

—¡Que salgamos!

—Sí.

—Pero...

—¿Acabaréis?—replicó Martín como si empezara á perder la paciencia.

—Vuestra señoría nos pide un imposible...

—Idos.

—Venimos en nombre del Santo Oficio...

—Pues al Santo Oficio lo echo de esta casa, y si bien á bien no salís, os enseñaré de otro modo á respetar á personas como nosotros.

Los alguaciles se miraron como preguntándose lo que habían de hacer.

—¿Qué esperáis—dijo Quiñones, moviéndose como para ponerse en pie.

—Esperamos que venga el señor David...

—He dicho que no irá.

—Nos veremos obligados...

—¿Os atreveréis á hacer uso de la fuerza?

—Señor, hemos entrado con buenos modos, hasta hemos suplicado...

—¿Queréis que conste que nos resistimos á obedecer? Pues que conste, y si habéis de hacer uso de la fuerza, empezad en seguida, que no necesitamos mucho para arrojar por la ventana á seis miserables como vosotros.

Mientras esto decía Quiñones, Leandro, con su calma imperturbable, volvióse y

abrió el cajón de una mesa que tenía cerca de sí.

—Puesto que os empeñáis en ello—dijo Marcos—, será. Señor David, daos á prisión en nombre del Santo Oficio.

—No me entregaré—replicó el huérfano, poniendo mano á la espada.

Los alguaciles desenvainaron las suyas.

Quiñones y David se pusieron en pie haciendo lo mismo.

Iba á trabarse la pelea.

¿Y Leandro?

No se levantó.

—¡Fuera, canalla!—gritó Martín, extendiendo el brazo y blandiendo su tizona.

—Sí—dijo entonces Castillejos—, fuera de aquí.

Y al pronunciar estas palabras, alargó las dos manos con dos pistolas, y casi al mismo tiempo se oyeron dos detonaciones.

Resonó un grito de terror.

Marcos y otro de los esbirros cayeron sin vida sobre el pavimento.

Los cuatro que quedaban retrocedieron hasta la puerta.

Leandro dejó las pistolas, levantóse, sacó la espada y con sus amigos cayó sobre los cuatro alguaciles.

Estos intentaron defenderse y gritaron con toda la fuerza de sus pulmones para que acudiesen sus compañeros.

¿Qué habían de hacer contra tres hombres como nuestros amigos?

Rechinaron las espadas y pronto empezó á correr la sangre.

Los que habían quedado abajo, á pesar de los tiros y de las voces, no acudían.

Aunque no de gravedad, dos de los alguaciles estaban heridos.

La lucha fué breve, porque los cuatro huyeron, lanzándose escalera abajo con la velocidad que el apuro reclamaba.

—¿Qué hacéis?—gritaban mientras huían—. ¡Cobardes, nos abandonáis!

Estas palabras iban dirigidas á sus compañeros.

¿Por qué no acudían éstos?

Precisamente en el momento en que sonaron los tiros, Juan, seguido de cuatro escuderos de don Martín, cayó espada en mano sobre los cinco alguaciles que estaban á la puerta de la casa.

Estos, sorprendidos por tan inesperado ataque, apenas acertaron á sacar las espa-

das y á defenderse, recibiendo alguna cuchillada antes de poder darse cuenta de lo que sucedía, pues los otros acometieron sin pronunciar una palabra, resultando que se produjera la más completa confusión.

La lucha no duró más de tres minutos.

Ya sabemos lo que Juan valía para estos lances y los cuatro compañeros que lo habían seguido, no eran menos valientes y diestros en manejar la espada.

Dos de los esbirros cayeron, si no muertos heridos gravemente, y los otros tres, poseídos de terror, buscaron la salvación en la fuga, dejando dueños de la calle á sus acometedores.

Los tiros habían hecho comprender al astuto Juan lo que sucedía en el interior de la casa, y ya se disponía á entrar con los suyos, cuando sintió el tropel y los gritos de los que bajaban.

Esto se lo explicó también instantáneamente el fiel criado y se detuvo, diciendo á sus compañeros:

—Quietos, y cuchillada seca á los que van á salir.

Esperaban los otros encontrarse con su gente, y cuando llegaron á la puerta continuaban diciendo:

—¿Qué hacéis aquí?... Nos acuchillan, nos matan.

La contestación que los desdichados recibieron fué una verdadera lluvia de cuchilladas.

Puede comprenderse hasta qué punto se quedarían aturdidos.

Al pronto no reconocieron á los que les acometían, sino que creyeron que eran sus compañeros, que partiendo de un error, confundiéndolos con David y sus amigos, les atajaban el paso para que no se escapasen.

—¿Qué hacéis?

—Ya lo estáis viendo—respondió Juan.

—Deteneos, que somos nosotros. ¿No nos conocéis?

—Porque sois vosotros, porque os conocemos, os tratamos así.

Y como los acometedores menudeaban sus golpes sin dar tiempo á explicaciones de ninguna clase, los pobres acometidos, magullados, ensangrentados y desesperados, hicieron el último esfuerzo, no para defenderse, sino para huir, lo cual consiguieron, no sin grandísimo trabajo.

El ruido de las voces y de las es-

padas después de las detonaciones habían puesto en conmoción á la vecindad; pero nadie se atrevió á salir de su casa y los curiosos se contentaron con abrir alguna ventana para ver lo que sucedía.

Una vieja no más gritó, pidiendo socorro y llamando á la ronda; pero sus gritos cesaron cuando cesó el combate, y en toda la calle reinó el más profundo silencio.

Juan y sus compañeros entraron en la casa, reuniéndose á los otros y dándose mutuas explicaciones de lo que había sucedido.

Inmediatamente cogieron los cadáveres y los sacaron, dejándolos en la calle junto á los dos heridos, que exhalaban angustiosos lamentos.

Todo había concluido por entonces; pero era menester adoptar una resolución para evitar las consecuencias que el suceso debía tener.

—¿Qué hacemos ahora?— preguntó David.

—Todos vosotros—respondió Quiñones—, os iréis á mi casa, donde no creo que los inquisidores se atrevan á penetrar á viva fuerza.

—¿Y si lo intentaran?

—Defendedos, matad, exterminad sin ninguna consideración. Sois sobrados en número para resistir, puesto que reunidos todos mis criados, no seréis menos de diez y seis á diez y ocho hombres.

—¿Y vos?

—Voy á palacio.

—¿Quién os acompañará?

—Nadie.

—¡Solo!...

—Sí, solo.

—Señor—dijo Juan—, me parece que cometéis una imprudencia: el abate no debe andar muy lejos de aquí, ya sabrá lo que ha sucedido, presumirá que vais á ver al rey...

—No importa...

—Permitid...

—Dejadme.

—¿Y nuestros amigos?

—Deben estar en los calabozos de la Inquisición.

—Temo que ya no existan—dijo David.

—¿Por qué?

—Habrán ido á prenderlos—dijo Leandro—; pero Simón no es hombre que



Y cuando el sueño cerraba sus ojos... (Pág. 10.)

se entregue, aunque se le hayan puesto delante cien esbirros.

—En ese caso el señor Antolín...

—Habrá imitado á Simón, porque es valiente.

—Pronto saldremos de dudas.

—¡Oh!—exclamó el huérfano apretando los puños y dejando escapar centellas de los ojos—. Si ha llegado á morir Simón, no habrá sangre suficiente para satisfacer mi sed de venganza.

—No nos entreguemos á la desesperación sin saber lo que ha sucedido.

—Pensad, caballero, que os esperamos con afán.

—Entrad, que no tardaré en volver.

Quiñones estrechó la mano de sus amigos, les recomendó la mayor vigilancia y se alejó con la misma tranquilidad que si hubiese llevado una fuerte escolta.

Los otros entraron en la suntuosa morada de don Martín y mandaron cerrar la puerta que daba á la calle.

¿Habían conseguido algo nuestros amigos?

No, sino que por el contrario era más crítica su situación.

Por lo que pudiera suceder, reuniéronse todos los criados de Quiñones, armándose y preparándose á la defensa.

CAPITULO XI

FLORENTÍN SE DESEPERA Y LUEGO SE TRANQUILIZA

En tanto que Martín se encaminaba al alcázar real, los esbirros que habían logrado escapar con vida, corrían hacia la Inquisición, donde llegaron á los quince minutos sin aliento, llenos de sangre y empapados en sudor.

Aún se pintaba el terror en el rostro de todos ellos.

Primero habían llegado los que habían estado en la calle, y pocos después los otros.

Al verlos el abate adivinó lo que había sucedido, y no pudo contener una exclamación de ira y de despecho.

Los alguaciles se sentaron, porque ya no tenían fuerzas para sostenerse y les era imposible guardar ninguna consideración.

—¿Qué habéis hecho, miserables?—gritó Claudio fuera de sí.

—¡Ah!—exclamó uno de los esbirros con amargura—. Más bien debierais preguntarnos que es lo que han hecho con nosotros... ¿Acaso no veis, señor, como nuestra sangre corre y que volvemos tres de los once que fuimos?

—Explicaos.

—A nosotros, con Luis y Pedro, nos tocó quedar á la puerta de la casa.

—¿Y allí?...

—Sonaron dos tiros.

—¿Dónde?

—En la casa, señor, en la casa.

—¡Oh!...

—Ibamos á entrar, porque suponíamos que nuestros compañeros necesitarían ayuda, cuando de repente una porción de hombres, lo menos ocho ó diez, cayeron sobre nosotros, acuchillándonos sin compasión.

—¿Y vosotros?...

—Nos defendimos; pero Luis y Pedro cayeron sin vida y tuvimos que huir.

—¿De modo que no sabéis?...

—Nada sabemos.

Presentáronse los tres que habían escapado milagrosamente de la casa, y lo mismo que los otros, cubiertos de sangre y en el más lastimoso estado.

—¿Qué ha sucedido?—les preguntó el abate, que se paseaba de un extremo á otro de la habitación como una fiera enjaulada.

—¡Venganza, señor, venganza!

—Marcos y José han muerto, y nosotros, ya lo veis, estamos muy mal heridos y no sabemos por qué hemos podido escapar.

—Sentaos —replicó Florentín—, descansad y explicaos de modo que yo acabe de entenderos... ¡Oh!... Acabaréis por volverme loco.

—Subimos seis y encontramos á ese condenado David con otro que no se altera por nada del mundo y con don Martín de Quiñones.

—¡Quiñones!—murmuró el abate con voz sorda—. Al fin tendré que odiarlo más que á todos ellos.

—Don Martín nos mandó que saliésemos y que dijésemos á todos los señores del Santo Oficio, que á él no le daba la gana de permitir que nos llevásemos á su amigo, y como nos negamos á salir, echaron mano á las espadas.

—Pero vosotros erais seis.

—¡Seis!—repuso irónicamente uno de los esbirros—. Bien pronto quedamos reducidos á cuatro, porque el miserable que estaba junto al señor David, sacó dos pistolas, disparó y mató á Marcos y José.

—Aún erais cuatro....

—Contra tres demonios.

—En fin huísteis como cobardes...

—Nos obligaron á huir: ¿Por ventura somos gente para resistir á hombres como don Martín?

—¡Miserables!

—¿Y qué nos hubiera sucedido si hubiésemos llegado á herir á ese poderoso caballero?

—Bien: habéis tenido miedo á las espadas, miedo á la influencia de Quiñones, miedo... ¡Cobardes, cobardes!

—Señor, seis de los nuestros esta tarde, cuatro esta noche... ¿Qué va á sucedernos si se nos mete en tales lances? Estamos heridos, y si hemos escapado con el pellejo, ha sido por un milagro. Para esto no se emplean alguaciles, sino soldados.

—¿Vais á enseñar al Tribunal cuales son sus deberes?

—Se nos paga poco para exigirnos tanto.

—Silencio, canalla, si no queréis ir á descansar á los calabozos del Santo Oficio.

Los desdichados alguaciles enmudecieron.

Florentín, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho; con el rostro lívido y desfigurado por la ira más reconcentrada y los ojos relumbrantes como dos luciérnagas, siguió paseándose mientras reflexionaba.

Por de pronto se le había escapado David, que era quizá el enemigo más temible y á quien por muchas razones odiaba más el abate.

—¿Qué debía suceder?

Quiñones no esperaba los acontecimientos y probablemente acudiría al monarca.

—Esto pensó el abate, y ya sabemos que no se equivocaba.

Era de esperar que el rey, con más ó menos ardor, protegiese á su hermano.

—¿Podía Florentín luchar contra el rey?

No; pero sí podía luchar y vencer la Inquisición.

—Todo lo haría Felipe III, absolutamente todo menos ponerse contra el Santo Oficio.

Esto lo sabía muy bien el abate.

Era, pues, preciso que aquel asunto lo tomase el Tribunal en consideración como asunto que interesaba, no á los inquisidores sino á la Inquisición, á la institución de ésta, y entonces, protegidos por el inquisidor general y apoyados por Roma, el Santo Oficio triunfaría.

Podía suceder que esto costase á Flo-

rentín perder el terreno que en Palacio empezaba á ganar; pero ¿qué le importaba?

Lo que perdiese en la corte de Madrid, lo ganaría en la pontificia, y si el rey no lo proponía para obispo, el Papa lo nombraría cardenal.

¡Grata ilusión!

Todo esto lo pensó Florentín en pocos minutos, y acabó por creer que todo lo que sucedía, en vez de considerarlo reveses de la fortuna, eran arrullos de ésta, que se ponía de su parte como nunca se había puesto.

—Voy á ver á Lancaste—dijo para sí.

Y dirigiéndose á los alguaciles, añadió en voz alta:

—Idos á descansar.

—¿No hemos de hacer nada esta noche?

—Nada, nada.

Quedó solo el abate.

—No debo perder un momento—murmuró—. Tal vez ahora, mientras yo medito, Quiñones prepare el ánimo del rey; tal vez me acusa... ¡Oh!... Preciso es parar el golpe, y no solamente pararlo, sino asestar otro más terrible.

Florentín tomó su sombrero y se lo puso.

—Ahora—dijo—, tendré como nunca una prueba positiva de las verdaderas intenciones de Raúl de Lancaste. Si me tendían un lazo, no podrán sostener la farsa en la situación en que vamos á colocarnos.

Envolvióse como mejor pudo el abate en su abrigo, llamó á dos alguaciles para que lo acompañasen por lo que pudiera suceder, y salió.

Los alguaciles llevaban linternas, á cuya débil luz pudo verse con cuanta frecuencia cambiaba de expresión el rostro de Florentín.

—En veinticuatro horas—solía decir—, puedo presentar al rey un plan el más completo sobre la expulsión de los moriscos, y como el plan promete montones de oro, lo aceptará.

Y otras veces decía:

—Tal vez nos sea posible poner en tela de juicio el tesoro de Gil Pérez, porque los bienes de los comuneros fueron confiscados, y si no de hecho, de derecho perteneció al fisco cuanto poseía el hidalgo de

Tordesillas, puesto que no ha de ser de mejor condición que sus compañeros.

—¿Adónde iba, á parar Florentín en sus diabólicos planes?

Todo debía esperarse de su cabeza y de sus malos instintos.

Repetiremos lo que indicamos ya: la situación de nuestros amigos era quizá peor que nunca.

Antes de quince minutos se encontraba el abate en la calle de la Almudena.

—Esperad—dijo á los esbirros.

Y entró en la vivienda de Raúl de Lancaster.

CAPITULO XII

CUATRO PALABRAS SOBRE FELIPE III

Si para ser rey no se necesitara más que el continente majestuoso, Felipe III figuraría como uno de los primeros reyes del mundo.

No carecía de hermosura, ó para ser más justos, diremos que era hermoso, porque esta es la verdad.

Su continente grave, su mirada tranquila y su acento reposado, le daban eso que se llama aspecto majestuoso.

Un pintor no hubiera podido elegir mejor modelo para representar el tipo de rey de la majestad personal.

Desgraciadamente no tenía otras cualidades dignas de alabanza.

Hablaba poco, y creemos que tan poco se tomaba el trabajo de pensar mucho, y de las pocas veces que hablaba, eran las más para mandar, como si un rey no tuviera que ocuparse de otra cosa.

No hay que decir que había heredado el orgullo de su familia, y si hemos de ser exactos, añadiremos que Felipe III era aún más orgulloso que su padre.

Esto tal vez contribuía al exterior majestuoso de que hemos hablado.

Si Felipe III no era un gran rey, quería serlo; pero tal vez pensó que para esto no necesitaba sino creer que era en grandeza el primero de todos los hombres.

Era señor de dos mundos y dueño de una escuadra numerosísima; tenía un ejército valiente, aguerrido y acostum-

brado á vencer, y contaba con un pueblo rico noble y generoso.

¿Qué más necesitaba?

Un rey así puede dormir descuidadamente: no necesita cavilar, no necesita hacer nada.

Le basta con ser rey, con creer que es un gran rey; le basta, y lo es, porque tiene el divino derecho de serlo.

Pero la naturaleza suele ser mal intencionada y traidora, y quiso que Felipe III, el rey de la esplendente majestad, á pesar de su corona «siempre iluminada» por el sol, á pesar de su grandeza y de sus divinos derechos, tuviese las debilidades de todas las criaturas, fuese en fin, un pobre mortal como lo son todos. Era, pues, un hombre como todos, sin más diferencia que la de valer menos que muchos hombres..

Y aquí tenemos lo que es la pícara, la mal intencionada naturaleza, que se había complacido en escatimar al gran rey lo que tan pródigamente dió á muchos de sus vasallos.

Esto, sin embargo, no quitó el sueño á Felipe III.

¿Por qué había de inquietarse?

No se codicia el oro sino se conoce su valor.

A Felipe III no podía apesadumbrarle la escasez de su inteligencia, porque no era capaz de apreciarla.

No podía envidiar á ningún hombre, porque se creía superior á todos.

Sólo una cosa ambicionaba, sólo una cosa envidiaba: el dinero.

Su codicia no tenía límites.

Esto parece inverosímil, porque no se comprende cómo un rey que es dueño de todo lo que hay en su reino, se complazca en amontonar oro.

La primera orden que dió Felipe III cuando le anunciaron que su padre acababa de expirar, fué la de que le entregasen las llaves de las arcas donde se guardaban las joyas y el dinero.

Así empezó á ejercer su derecho, á mandar: este fué su primer acto de monarca.

El último fué sacrificar su vida á la etiqueta y morir asfixiado.

Felipe III, además de hombre de escasa inteligencia, era ignorante.

Había aprendido á leer y escribir, al-

gún latín, doctrina cristiana y alguna geografía.

En esto consistía toda su ciencia.

Un rey de aquellos tiempos no necesitaba más.

Un verdadero rey fué el duque de Lerma.

Este hacía y deshacía á su antojo, dió todos los empleos del reino á su familia, y aumentó sus riquezas.

Como ministro proponía al monarca, y éste respondía sí ó no, según se le antojaba.

Sí alguna vez Felipe III se tomó el trabajo de pensar, de meditar, fué para resolver lo peor.

Su reinado no tiene más que un suceso de importancia, y este suceso fué la causa de la ruina de nuestro comercio, nuestra industria y nuestra agricultura, fué, en fin, la ruina de España.

Nos referimos á la expulsión de los moros, cuya resolución no puede calificarse de más ó menos conveniente, de más ó menos acertada, sino de estúpida.

Entonces reflexionó Felipe III.

Más hubiera valido que no reflexionase, porque tal vez al proponerle semejante acto de barbarie, hubiese respondido negativamente.

Verdad es que los moriscos debían dejar montones de oro, porque no se les permitió llevar lo que era suyo, y el oro debía ingresar en el fisco, en las arcas del Estado, arcas de que era dueño el rey, por aquello de que el Estado era él.

El principio de que el Estado es el rey, era conocido de todos los reyes y practicado desde muy antiguo. Luis XIV no tuvo, pues, el mérito de la originalidad, pues no hizo más que expresar con palabras lo que ya todos sentían y pensaban, lo que todos se habían dicho.

Sí el fanatismo fué la causa principal de la expulsión de los moros, no dejó de tener parte la codicia.

Tal vez con lo que hemos dicho no formen nuestros lectores el mejor concepto de Felipe III; pero no es nuestra culpa. Hemos sido imparciales, y de ello responde la historia.

Con semejante rey, ¿qué debía suceder á nuestros amigos?

No es posible adivinarlo.

Don Martín contaba con medios muy poderosos, era el único hombre que estaba en posición de amenazar al monarca y de hacerse temible; pero el abate contaba con la Inquisición y con su astucia.

Lo que si parecía es que la cuestión debía quedar resuelta aquella misma noche, porque ya hemos dicho que Felipe III no se tomaba el trabajo de discutir, sino que decía sí ó no con la seguridad de no equivocarse, puesto que creía que los reyes tenían el privilegio de no cometer ningún error.

Tal era, lector, el monarca que vamos á presentar en escena, y á quien acabarás de conocer bien pronto.

Sigamos, pues, á Quiñones, y entremos con él en el alcázar real.

CAPITULO XIII

UNA CONVERSACIÓN INTERRUMPIDA

Ya hacía tres ó cuatro días que Felipe III estaba preocupado.

Algún cortesano maligno, con el mismo tono que hubiera podido hablar del más raro acontecimiento, había dicho:

—El rey piensa.

Estas palabras, que pudiéramos calificar de epigrama, se repitieron varias veces.

No se equivocaban los cortesanos; el rey pensaba, el rey meditaba, porque precisamente en aquellos días se había tocado la cuestión grave de la expulsión de los moriscos.

Sin embargo, aún esta cuestión no se había tratado seriamente por nadie, ni nadie creía que el proyecto llegara á tomarse en consideración.

Cuando Don Martín llegó á palacio, el rey había cenado, y como estaba de mal humor, ó lo que era igual para él, como tenía que meditar; despidió á los cortesanos que le habían hecho compañía, saludó ceremoniosamente á su esposa, y se retiró á su aposento para rezar sus oraciones.

Nada más acertado que dirigirse á Dios cuando en nombre de Dios se pensaba cometer la más espantosa injusticia.

Dios no quiso escuchar al rey, y quizá en su auxilio acudió el diablo para

aconsejarle que no escuchara los consejos de los hombres sabios y prudentes.

No bien, había terminado de rezar, cuando un gentil-hombre se presentó, anunciándole la llegada de don Martín de Quiñones.

Si Felipe III no hubiera creído que los reyes no debían dejar ver en el rostro sus sentimientos, habría hecho un gesto de disgusto, porque hay que advertir que por lo mismo que tenía miedo á su hermano, no lo amaba. Empero el buen monarca se contentó con fingir que no había entendido lo que le decían, y replicó:

—¿Acaso no sabéis que ahora no recibo á nadie?

—Señor—repuso el noble sirviente—, como don Martín es de las personas exceptuadas...

—¿Habíais dicho don Martín de Quiñones?

—He tenido esa honra, señor.

—Que entre.

El monarca dejó sobre una mesa el rosario, y dando á su continente toda la gravedad de que era susceptible, recibió á nuestro amigo, dignándose al fin desplegar una leve sonrisa.

La sonrisa para su hermano, significaba miedo.

Quiñones saludó respetuosamente; pero no como lo hubiera hecho otro cualquier vasallo.

Para él, acostumbrado á tratar como ya sabemos con el gigante que se llamaba Felipe II, era Felipe III un enano.

Además, en su ventajosa situación, con su valor y sus ideas, bien podía don Martín permitirse algunas libertades.

—Caballero—dijo el rey después de algunos instantes—, me alegro de veros y me sorprende vuestra visita.

—¿Por qué señor?—replicó Quiñones sin cuidarse de que las reglas de etiqueta le prohibían dirigir preguntas al monarca.

—Porque hace dos días que no venís á Palacio, y porque debe ser urgente y grave el asunto que ahora os traiga, cuando á estas horas...

Interrumpióse Felipe III, miró de piés á cabeza á su hermano, y añadió:

—¿De dónde venís? ¿Qué os ha sucedido? ¿Habéis tenido algún mal encuentro?

—Vengo—replicó don Martín con tranquilidad—de casa de un amigo, donde se me ha obligado á sostener una lucha cuerpo á cuerpo, que ha costado la vida á dos ó tres miserables.

La frente del monarca se contrajo.

—Según parece — dijo — habéis sido víctima de algún atentado alevoso y venís á pedir justicia.

—Sí, vengo á pedir justicia, ó más bien á saber si puede ó no vivirse en esta desdichada tierra.

—¿Qué estáis diciendo, don Martín?

—Vuestra majestad debe entenderme, porque me explico con claridad—repuso Quiñones con aquella firmeza verdaderamente audaz que lo caracterizaba.

—Cuando os pregunto es porque no os entiendo.

—Entonces me haré entender.

—Sí.

—Antes ruego á vuestra majestad me diga si sus asuntos le permiten dedicarme algún tiempo, porque he de referir cierta historia de interés.

Felipe III hizo lo posible para que no se conociese en su semblante su disgusto.

No hay que decir que conocía perfectamente y con todos sus detalles la historia de su hermano, y por consiguiente que sabía con qué clase de hombre tenía que habérselas.

Las palabras de Quiñones no eran nada tranquilizadoras.

¿Por qué había preguntado si podía vivirse en España?

Esto equivalía á decir: «Señor, aquí no hay justicia ni gobierno.»

¿A quién hubiera tolerado esto el rey? Solamente á Quiñones.

No podía mostrarse ofendido el monarca, porque entonces su dignidad le obligaba á castigar la ofensa, y castigar á Quiñones; intentar lo siquiera era arriesgar demasiado.

El mejor sistema, según hemos indicado ya, era no darse por entendido; pero aquella noche le fué imposible dimitir, y dijo:

—Os escucharé todo el tiempo que sea necesario; pero excusad los comentarios, las observaciones que á nada conduzcan.

Quiñones en vez de desconcertarse, sonrió, mientras decía para sí:

—Bien; esta noche estallará fácilmente

te. Me alegro, porque así quedaremos dentro ó fuera.

Y luego añadió en voz alta:

—Se trata de la Inquisición.

—¡La Inquisición!—murmuró el rey sin que le fuese posible disimular su disgusto—¿Habéis dicho la Inquisición?

—Eso es.

—Sepamos.

—Mas bien que la Inquisición, quiero hablar de los inquisidores, de un inquisidor.

—Es igual.

—Opino, señor, que hay alguna diferencia.

—Según.

—Pero en último caso no tengo empeño en sostener mi opinión.

—Explicaos, caballero.

—No hace una hora me encontraba yo con dos de mis amigos, cuando se presentaron seis alguaciles del Santo Oficio para prender á uno de ellos.

—En eso—replicó el monarca—no encuentro de particular más que una cosa.

—¿Cuál, señor? — repuso Quiñones, que no parecía dispuesto á corregirse en lo de infringir la etiqueta haciendo preguntas.

—Que seáis amigo de un hombre con quien la Inquisición tiene algo que ver.

El esposo de doña Inés se encogió de hombros sonrió y dijo:

—Yo soy así señor; ¿qué hemos de hacerle? No ignora vuestra majestad que en mi juventud anduve entre los pícaros flamencos, y me ha quedado la mala costumbre de ser amigo de toda la gente perseguida y calificada de criminal por los buenos católicos, por esos católicos ardientes que defienden la Inquisición.

—Lo sé—replicó el monarca con alguna aspereza.

—Vuestra majestad conoce perfectamente mi historia...

—Sí, sí—dijo Felipe III sin poder ocultar su impaciencia.

—Pues bien, á ese amigo han ido á prender esta noche, yo me opuse, y otro amigo mío también, porque no se trataba de un acto de justicia, sino de una intriga horrible.

—Primero se obedece á la autoridad, y luego se reclama. El inocente no debe rebelarse, sino probar su inocencia.

—¡Probar la inocencia, estando en los

calabozos de la Inquisición!... Vuestra majestad sabe que esto es imposible. Repito que no se trata de un acto de justicia, y por consiguiente, me opuse, me amenazaron, dirigieron contra mí las espadas los miserables esbirros, y les he dado una prueba de quién soy. El perseguido ha quedado en mi casa, y mis criados, por orden mía, no abrirán la puerta á los alguaciles de la Inquisición. La fuerza será rechazada con la fuerza. ¿Quiere vuestra majestad protegerme, quiere hacerme justicia?

Felipe III reflexionó.

Su frente se contrajo.

—Caballero—dijo después de algunos instantes—en verdad que tenéis un extraño modo de pedir justicia á vuestro rey.

Martín hizo un gesto que significaba:

—No hay más que tener paciencia...

La audacia de Quiñones rayaba en la falta de respeto y en la rebeldía.

A pesar de esto, el monarca disimuló y dijo:

—No entiendo una sola palabra de lo que acabáis de referir. Según parece, queréis que yo mande á los inquisidores que dejen libre al acusado.

—Eso es.

—¿No se os alcanza que me pedís un imposible?

—Señor, vuestra majestad tiene sobrado poder para hacer lo que le pido.

—Si al menos hubierais principiado por convencerme de que se quiere cometer una injusticia...

—Lo probaré.

—Ya os escucho.

—Para probarlo tengo que referir una historia muy horrible.

—Advertid una cosa.

—Ruego á vuestra majestad que me lo advierta.

—Para mí, como hombre, vuestras palabras son pruebas; pero como rey, necesito más que palabras.

—Tengo noticias de que hace algún tiempo vuestra majestad protege ó está dispuesto á proteger al abate Florentín.

—¡Oh!...

—Y si no me equivoco el duque de Lerma es también su protector porque aseguran que el abate tiene un magnífico plan sobre el descabellado pensamiento de la expulsión de los moriscos.

—¿Otra vez me habláis de este asunto?

—No me ocuparía de él si estuviese olvidado por vuestra majestad.

—Dejemos eso por ahora.

—No puedo dejarlo, porque es cosa que tiene que ver con el abate, y precisamente al abate es á quien acuso.

—¿Y de qué lo acusáis?

—De todos los crímenes, absolutamente de todos.

¿Habéis pensado lo que decís?

Iba Quiñones á responder, pero fué interrumpido por un gentil hombre que se presentó diciendo:

—Don Raúl de Lancaste pide tener la honra de ver á vuestra majestad.

—No vendrá solo—replicó Martín, sin dar tiempo á que el rey hablase—, debe acompañarlo el abate Florentín.

—Así es—dijo el gentil hombre.

—Señor, volveré más tarde: ahora escuche vuestra majestad al inquisidor, y así le será más fácil entenderme después. ¿Quién sabe si el abate me ahorrará el trabajo de muchas explicaciones.

—No pronunció el atrevido caballero una palabra más.

Inclinóse y salió de la regia cámara, encontrando en la habitación inmediata á su antiguo amigo Lancaste con Florentín.

Miráronse ambos como si no se conociesen, y el primero se alejó, mientras el segundo recibía la orden de entrar con su acompañante en el aposento donde estaba el monarca.

CAPITULO XIV.

DE COMO DON MARTÍN DE QUIÑONES
NO SE DABA POR VENCIDO FÁCIL-
MENTE.

Más de una hora permanecieron en la regia cámara Raúl de Lancaste y el abate Florentín.

Cuando salieron, pintábase en el rostro del abate la más viva alegría, cuya causa no era difícil adivinar. El rey lo había recibido muy bien, y lo había escuchado con muestras inequívocas de agrado.

Las explicaciones, como se comprende por el tiempo que permanecieron en la cámara, habían sido amplias.

Nunca como entonces dejó ver Floren-

tin su privilegiada inteligencia, su vasta instrucción y su perspicacia.

El rey parecía encantado de oirlo.

¿Abrigaba tal vez Felipe III alguna esperanza de realizar planes tenebrosos con la ayuda de aquel miserable?

Para que se comprenda bien la situación, debemos advertir otra vez que el monarca no amaba á su hermano, ni era posible que lo amase, puesto que le tenía miedo, y nunca se quiere á la persona á quien se teme.

Don Martín de Quiñones era para el rey como una amenaza constante; el rey lo miraba como se mira á un fantasma, con ese terror que nos infunde todo aquello de que no podemos defendernos.

No diremos, porque sería mucho decir, que Felipe III deseara la muerte de su hermano; pero sí que de seguro habría quedado más tranquilo si éste, por un accidente cualquiera, hubiese desaparecido del mundo.

El fantasma aterrador no podía ser combatido como un hombre. ¿No encontraría el astuto abate un medio de tranquilizar al rey?

Quizá nuestras sospechas sean infundadas, pero las consignamos, porque así conviene para lo que tenemos que referir.

Como ya hemos dicho, salieron del alcázar Raúl y el abate.

Este se frotaba las manos con alegría.

A pesar del inmenso poder de Quiñones creía seguro el triunfo, y esta halagüeña esperanza se la habían infundido las palabras del rey.

Junto á una de las puertas del alcázar esperaba el carruaje en que habían ido.

Entraron en él.

Dos pajes con sendos hachones alumbraban y dos lacayos subieron á la traserá.

El pesado vehículo dando vaivenes, se puso en movimiento; pero en vez de tomar hacia el arco de la Armería para buscar la calle de la Almudena, dirigióse hacia el desigual terreno que es hoy plaza de Oriente, como si fuese á los Caños del Peral.

—¿A dónde nos llevan estos perillanes?—dijo Raúl sorprendido.

Y asomándose por una de las ventanillas, preguntó:

—¿Qué camino tomáis?

—Señor—le respondió uno de los pa-
 jes—, cerca de San Miguel se ha vol-
 cado un carro, se ha roto y la calle está
 interceptada.

—¡Un carro á estas horas!

—Así nos lo dijo un soldado, lo dudé
 por la misma razón que vuestra señoría,
 fui á ver y me encontré que era ver-

algunos días. Y en cuanto á lo que me
 habéis referido del señor Antolín...

—Es un traidor, no lo dudéis.

—No lo dudo porque lo conozco de-
 masiado bien, y me habéis hecho un
 grandísimo favor con encerrarlo. Si apa-
 renté que me inspiraba confianza, ya sa-
 béis el motivo; pero ahora deseo no vol-
 ver á verlo. El bribón me cuesta algu-



Su pecho quedó atravesado por la espada del señor Antolín. (Pág. 12.)

dad. Subiremos por la calle de Borda-
 dores, aunque es demasiado pendiente,
 ó daremos la vuelta por la Puerta del
 Sol.

Era preciso resignarse.

El camino no era el mejor para un
 coche, porque tenían que recorrer el are-
 noso barranco del Arenal, pero era pre-
 ferible fatigar los caballos que ir á pie
 ó esperar á que quedase expedita la calle
 de la Almudena.

Los que ya podemos llamar amigos,
 ninguna importancia dieron á este in-
 cidente y empezaron á hablar del asun-
 to que los ocupaba, y que era dema-
 siado interesante para ellos.

—Me alegro—decía Lancaste—, que
 hayáis quedado completamente satisfe-
 cho, y aún más lo quedaréis dentro de

nos centenares de escudos, que me pi-
 dió y no pude negarle, porque no me
 convenía reñir con él. No importa, lo
 que he conseguido vale mucho más de
 lo que le he dado. Bien merece que le
 apretéis el pescuezo y aún que le que-
 méis vivo, porque me consta que es un
 ateo, y no hay nada más justo que cas-
 tigarlo.

—Pues el otro...

—Sí, ya sé que es un ladrón asesino,
 indultado por influencia de mi cuñado...
 ¡Oh!... Todo lo puede don Martín, ó
 más bien, cree poderlo todo... Ahora ve-
 remos.

—Aún nos falta David...

—Tened paciencia.

—La tengo, don Raúl, pero...

—Ya veis que adelantamos, aunque

sea poco á poco, y mientras se adelanta, no debe desesperarse.

—Ciertamente; pero es menester pensar en lo mucho que nuestros enemigos pueden hacer cada día que pasa.

—Por de pronto no nos quitarán al hidalgo ni al otro bribón.

—Esta noche, si yo quisiera, podría devolverles la libertad, porque yo solo he dispuesto la prisión, y aún no tiene conocimiento de nada el tribunal; pero mañana, á mí mismo me sería imposible hacer otra cosa que influir para salvarles la vida y que no se les impusiese más pena que la de galeras ó reclusión.

—Me tranquilizáis.

—No temo á los que están encerrados; pero ese David, ese miserable traidor... ¡Oh!... Vale mucho, lo conozco bien... Tengo miedo, señor de Lancaste, tengo miedo.

Y el abate, á pesar de su ventajosa situación, estremeciése.

El coche, poco menos que dando tumbos, había pasado los Caños del Peral y seguía por el arroyo ó barranco hacia San Ginés; pero cuando estaba junto á los sombríos muros del monasterio de San Martín, paróse repentinamente.

—Al fin—dijo Lancaste—, habremos de ir á pie.

Y acercándose á la ventanilla, añadió: —¿Qué sucede?

Las antorchas se apagaron y el coche quedó envuelto entre tinieblas.

Abriéronse las portezuelas del vehículo, y Raúl y el abate pudieron ver confusamente dos hombres, y tras estos el bulto de algunos más.

Lo que no vieron confuso, sino perfectamente bien, fueron dos pistolas que les apuntaban.

La sorpresa y lo extraño, lo inconcebible del suceso, los dejaron aturridos.

Florentín exhaló un grito de terror y quedó inmóvil y mudo.

Ya sabemos que era muy cobarde, y entonces fué mucho mayor su espanto, porque comprendió que acababa de caer en manos de sus enemigos, por más que esto fuese inexplicable.

Cuando no amenazaba su vida el abate valía mucho; pero ante el peligro de la existencia, su trastorno era tal, que se anulaba su entendimiento.

Del valor de Raúl de Lancaste ya tenemos noticias, y sabemos que si algo podía turbarle era la ira, y por consiguiente el silencio y la inquietud no duraron más que algunos instantes, pues el caballero, llevando la diestra á la daga, exclamó:

—¡Vive el cielo!

—Silencio—interrumpió uno de los acometedores—. Sois valiente, don Raúl; pero también os sobra entendimiento y sabréis apreciar la situación. La experiencia debe haberos enseñado que no siempre se gana: tened paciencia como la habéis tenido las muchas veces que habéis perdido la partida, y contentaos con la esperanza de que tarde ó temprano se os presente la ocasión de desquitarnos.

—¡Miserables!...

—Con solo mover un dedo os atravesaré el corazón, y antes de que nadie pueda acudir, estaremos en salvo. Estáis solo, porque el señor abate no sirve para defenderos; somos diez bien armados y tan decididos como quien tiene la costumbre de no retroceder... ¿Queréis escucharme antes de cometer la locura de hacer resistencia?

—Pero mis criados...

—Los criados se compran con oro, ya lo sabéis, y los vuestros se han vendido, aunque valiéndose de la ocasión, pues los cinco que os acompañaban nos han costado quinientos escudos.

Lancaste rugió como un tigre.

—¿Nos escucharéis?—volvió á decir con perfecta calma el desconocido.

Y entre tanto continuaba dirigiendo la pistola al pecho de Raúl.

—Acabad—respondió éste—, ¿Qué queréis?

—Más allá de San Ginés, junto á las Descalzas, en la calle de Bordadores y á la entrada de los barrancos del Peral, hay gente para atajar el paso á cualquiera ronda ó transeunte que hacia aquí viniese.

—Comprendo: no debemos esperar socorro.

—Ni aún de la casualidad, porque todo se ha previsto.

—No se me oculta de quien viene el golpe...

—Entonces estaréis seguro de que no

se habrá olvidado nada, porque la persona á quien os referís...

—Sí, es maestro en esta clase de intrigas.

—No os equivocáis.

—Bien—repuso Lancaste con creciente impaciencia—, concluyamos, porque no respondo de lo que haré si pienso mucho en vuestra cobardía.

Florentín continuaba guardando silencio, y temblaba convulsivamente.

Su mirada estaba fija en la pistola con que apuntaban su pecho.

Más de una vez movió los labios para rogar que separasen el arma, prometiendo no gritar ni huir; pero tuvo miedo de hablar porque creyó que á la primera palabra que pronunciase lo asesinarían.

—Caballero—dijo el que parecía ser el jefe de los acometedores—, como el miedo debe haber trastornado al señor Claudio Florentín, nos entenderemos con vos.

—¿Pero qué queréis?

—Que el señor abate se venga con nosotros, y que vos nos deis vuestra palabra de no gritar ni seguirnos en un cuarto de hora, durante el cual podréis hacer lo que mejor os parezca, es decir, quedaros aquí ó volver á vuestra casa, ya sea á pie, ya en el pescante, puesto que os encontraréis sin cochero.

—¿Que os permita llevaros al señor abate!...

—Eso es.

—¿Abandonar á un amigo!...

—Sí.

—Jamás.

—Entonces nos obligaréis á recurrir á la fuerza, y como somos diez, uno se ocupará del señor Florentín, y los otros nueve, con más ó menos trabajo acabaremos por sujetaros y tapanos la boca...

—¡Miserables!—gritó Raúl fuera de sí.

—Señor de Lancaste...

—¡Canalla!... ¿Os atreveréis á poner sobre mí vuestras manos?

—Hemos recibido órdenes terminantes...

—¡Oh!—exclamó el caballero, levantando la daga en tanto que de sus ojos se escapaban centellas.

Y se movió para lanzarse sobre el otro.

—¡Por Dios, don Raúl—gritó enton-

ces el abate—. Estaos quieto, que no os asesinarán...

—Antes de entregarnos, todo es preferible.

—Menos la muerte—replicó el desconocido—, porque no podríais tomar la revancha.

—Veamos—repuso Florentín con voz insegura—, estos hombres, á pesar del abuso que cometen, parece que no excusan entrar en razonamientos.

—¿Y de qué sirven las razones?

—Tal vez se consiga una transacción...

—No hay transacción posible—replicó el desconocido—. Vos, señor abate, os vendréis con nosotros, y os juro que no atentaremos contra vuestra vida mientras no nos obliguéis á ello, intentando huir ó gritando, y el señor Lancaste hará lo que ya le he dicho.

—Bien, todo eso está muy bien; pero mientras hablamos, separad esas malditas pistolas...

—No.

—¿A dónde queréis llevarme?

—Lo veréis.

—¡Ah!... Esto es horrible...

—No poco; pero es preciso que os resignéis.

—Dejadme reflexionar y...

—No podemos perder el tiempo.

—Pero...

—Como hemos de transigir—interrumpió el desconocido—, es inútil que reflexionéis.

Florentín exhaló un gemido y fijó una mirada angustiada en Lancaste.

Este se contenía muy trabajosamente, y parecía dispuesto á cometer una locura si la situación se prolongaba.

—Señor abate—dijo—, venís en mi compañía y no os abandonaré... Ya sé que he de sucumbir al número; pero cumpliré mi deber...

—No—replicó Claudio—, no intentéis defenderos, porque si muriésteis, mi situación sería peor. Solamente un cuarto de hora de silencio os exigen, lo cual significa que después quedáis en libertad de obrar como se os antoje, sin que por eso atenten contra mi vida... Dejadme, pues.

Siquiera por cubrir las apariencias, el abate debía decir esto, aunque en realidad deseaba que Lancaste se resistie-

se, pues durante la lucha podía favorecerlos alguna circunstancia.

Desgraciadamente para Florentín, su razonamiento convenció á Raúl, que dijo:

—¿Cuándo devolveréis á mi amigo la libertad?

—Probablemente esta misma noche, pues suponemos que se mostrará razonable.

—¿Y decís que después de un cuarto de hora?

—Podréis hacer lo que mejor os parezca, ya volviendo aquí con vuestros criados, ya dando parte á la justicia...

—O al Santo Oficio...

—Eso no, porque sería lo mismo que pronunciar la sentencia de muerte del señor abate.

—Semejante condición...

—No la aceptéis si no os parece bien.

—¿Soy acaso dueño de mi voluntad?

—Pues por lo mismo, lo que os conviene es perdernos de vista cuanto antes.

Raúl envainó la daga.

—Señor abate—dijo—, si no se tratara más que de morir, no me veríais vacilar; pero vuestra situación sería más crítica si yo sucumbiese... Idos tranquilo, que no se atreverán á hacernos daño, no se atreverán porque si tal sucediese... ¡Oh!...

—Sosegaos, don Raúl.

—Y vosotros, villanos, decid á la persona que os envía, que este asunto es ya mío, y que si no le pido cuentas de su proceder, es porque me lo impiden los lazos de parentesco, porque quiero respetar las afecciones de mi noble esposa; pero si no se cruzan nuestras espadas...

—Comprendo.

—Alejaos.

—Señor abate, bajad y seguidnos de prisa, porque ya sabéis que no tenemos más que quince minutos para ponernos fuera del alcance de vuestros enemigos.

Florentín salió del coche.

Sus piernas temblaban y apenas podía sostenerse.

CAPITULO XV.

EL PRECIO DEL RESCATE

El abate miró á su alrededor, viendo relucir muchos puñales.

Si hubiera estado tranquilo, habría adivinado lo que aquellos hombres querían; pero lo único que entonces comprendió fué que todo era obra de don Martín de Quiñones.

Empezó á creer Florentín que era una locura luchar con un hombre como el hermano del rey; sin embargo, no se dió por vencido.

—Mientras me dejen la vida—pensó—, no retrocederé ni perderé la esperanza. Cuento con el rey, puedo también contar con el Santo Oficio... ¡Oh!... Veremos, veremos.

—Por aquí—dijo uno de aquellos hombres.

Y tomaron por la pendiente que es hoy calle de la Bodega.

Sin pronunciar una palabra más, anduvieron por espacio de algunos minutos, deteniéndose á la puerta de la casa conocida ya de nuestros lectores, por ser la misma en que habitó Isabel con los hidalgos, y donde David se curó después de la caída que perfeccionó su espalda.

Llamaron y se abrió la puerta, recibéndolos otro embozado, que alumbraba con una bujía.

Entraron.

En el primer aposento quedaron los diez hombres..

El otro dijo al abate:

—Por aquí.

Y pasaron á otra habitación.

Allí estaba David, en pie, con los brazos cruzados, el rostro pálido y contraído y la mirada terrible.

Florentín no pudo contener un grito y quedó como petrificado.

Reinó un profundo silencio.

El otro dejó la luz en una mesa, donde se veía todo lo necesario para escribir.

Luego se desembozó.

Era Leandro del Castillejo, que después de algunos minutos y con su inalterable calma, dijo al huérfano.

—Señor David, explicad el asunto á este miserable y salid, porque no tenéis que hacer otra cosa aquí. Ya sabéis que se ha prometido respetar la vida de este hombre, y es preciso evitar que os trastornéis y hagáis una locura, dando así lugar á que se nos llame villanos.

—¡Oh!—exclamó David apretando los

puños y dando un paso hacia Florentín.

Este, poseído de espanto, retrocedió.

—¿Qué has hecho, miserable, qué has hecho?

El abate cayó de rodillas, cruzó las manos, extendió los brazos y exclamó:

—¡Perdón!... Estoy arrepentido...

—No, no hay perdón para tí...

—¡Perdón!...

—No estás arrepentido, ni puedes arrepentirte... ¡Oh!... Has robado para siempre la luz á tu inocente víctima...

El huérfano, trastornado y loco, sin pensar más que en la hija de Isabel, se lanzó furiosamente sobre Florentín.

Por fortuna de éste, Leandro detuvo al mancebo, diciéndole con severidad:

—Hemos empeñado nuestra palabra y tenemos que cumplirla... Acabemos pronto...

David hizo un esfuerzo sobrehumano, y cuando logró dominarse, dijo á Florentín:

—Sentaos... Ahí tenéis papel y pluma...

—¿Qué queréis?—preguntó el abate, mientras se levantaba trabajosamente.

—Pronto lo sabréis.

—Si vais á pedirme una declaración de mis crímenes, matadme, porque para morir, prefiero aparecer como víctima vuestra.

—No queremos semejante declaración.

Claudio se limpió el sudor que inundaba su lívido rostro y exhaló un gemido.

—Esta tarde—añadió David—, habéis tendido un lazo, en que afortunadamente no han caído más que el señor Antolín de Santoyo y Simón.

—Sed justo. David, sed justo como siempre lo habéis sido. Me dísteis el ejemplo, me enseñasteis el camino y...

—¿Qué ha sido del señor Antolín y Simón?

El abate dudó antes de contestar.

Luego dijo:

—No sé.

—Mentís.

—Os aseguro...

—Señor Leandro—interrumpió David—, ya veis que este miserable nos engaña, y por consiguiente no estamos obligados á cumplir nuestra promesa, y lo mataré...

—¡Ah!

—Sí, os mataré después de atormentaros...

—No, no—se apresuró á decir el abate—, no, porque yo declararé la verdad...

—Sepamos.

—Vuestros amigos están encerrados en los calabozos secretos de la Inquisición.

—¿Vivos?

—Sí.

—¿Y se han dejado prender?

—¡Ay!... No se han dejado; pero han sucumbido al número... Han derramado mucha sangre, mucha...

—Lo supongo.

—El sumario ha comenzado...

—No puede ser...

—¿Por qué?

—¿Os habéis olvidado que sé tan bien como vos lo que en la Inquisición sucede?

El abate comprendió al fin lo que sus enemigos querían.

No se le había llevado allí sino para exigirle que devolviese la libertad al hidalgo y á Simón: esto era todo.

Si no hubiera sido David quien hiciese la exigencia, Florentín habría empezado á tranquilizarse porque habría demostrado que le pedían un imposible, y para probarlo así, le bastaba observar que él no era más que un inquisidor, y por consiguiente no tenía facultades para disponer en contra de lo dispuesto por el tribunal.

Empero con el huérfano no le valdrían estas razones, porque éste sabía demasiado bien lo que en la Inquisición sucedía, y estaba convencido de que aún era tiempo de salvar á sus amigos.

Hizo Claudio inauditos esfuerzos para recobrar la calma, ó al menos para ser dueño de su razón, puesto que en la situación aquella, la astucia era lo único que podía triunfar.

—Señor David—dijo—, ante todo sepamos si decididamente queréis satisfacer vuestra sed de venganza sin esperar otra ocasión, ó si no os proponéis más que favorecer en cuanto sea posible á vuestros amigos.

—Lo segundo—respondió el huérfano.

—Entonces, aparte el odio que nos profesamos...

—Pienso ser razonable y justo y aún más que justo, misericordioso.

—Lo veremos.

—El señor Antolín y Simón fueron esta tarde á la casa que ha servido de prisión á la pobre niña, y por la hora en que se separaron de nosotros, no habéis podido prenderlos sino cerca del anochecer.

—¿Y qué deducís de eso?

—Deduzco que la orden de prisión la habéis dado vos solamente, que vos lo habéis dispuesto todo como en otras ocasiones, y que el tribunal no tendría conocimiento de lo sucedido hasta mañana. Ya sé que habrá delaciones y declaraciones contra todos nosotros, y particularmente contra ellos; pero esto nada significa, porque fácilmente podéis arreglarlo. Como se hacen estas cosas en el santo tribunal, no tengo que decíroslo; pero sí recordaros lo que sé lo mismo que vos. ¿Habéis olvidado que fuí vuestra sombra, vuestro esclavo y vuestro confidente, y que conocí todos vuestros secretos?

El abate respondió con una mirada demasiado elocuente.

—Podemos ahorrarnos muchas explicaciones—añadió David—, porque nos conocemos demasiado bien. Yo estoy seguro de que si os es posible me engañaréis, y vos debéis estar convencido de que por nada cambiaré de propósito.

—Lo sé.

—Pues bien, si queréis que se os devuelva la libertad, devolvédsela vos antes á Simón y al señor Antolín, y cuando esto haya sucedido...

—Imposible.

—Es difícil; pero imposible no.

—Escuchadme y os recordaré algunas circunstancias que no tenéis en cuenta.

—¿Acaso el tribunal tiene ya conocimiento de la prisión de mis amigos?

—No... Ya veis que no intento mentir.

—Pues siendo cosa vuestra solamente...

—Sí, yo, nadie más que yo ha preparado el golpe y hasta mañana ignorará el tribunal lo que ha sucedido.

—Entonces...

—Repito que olvidáis una circunstancia.

—¿Cuál?

—Yo solo he dispuesto la prisión; pero muchos han tenido que tomar parte en el

asunto. Mañana, si es que esta noche no sucede, tendrán todos los inquisidores noticia de la ocurrencia, porque la prisión de esos dos criminales ha costado la vida á nueve ó diez alguaciles. ¿Creéis que puede ocultarse un suceso tan ruidoso? ¿Qué haré cuando me pregunten por los presos? ¿Con qué razones me excusaré por haberlos puesto en libertad? Si digo que todo había sido una equivocación y que no eran criminales me harán cargos por mi ligereza, que ha costado la vida á muchos leales servidores del santo tribunal. ¿Pues qué sin seguridad de que aquellos hombres eran dos grandes criminales, he debido llevar las cosas hasta el punto de sacrificar lo más florido de nuestra gente? Por mucha que sea mi astucia y grande mi habilidad para defenderme, siempre se comprenderá que todo esto no es más que una intriga, y que no para cumplir mi deber, sino por mi propia conveniencia, hice prender á esos dos hombres sin reparar en nada, devolviéndoles la libertad, porque así también me convino.

Este razonamiento no dejaba de tener fuerza.

Si no hubiera muerto en la refriega ningún alguacil, todo habría podido arreglarse fácilmente.

Empero los esbirros, aún poseídos de terror por el suceso de aquella tarde, y mucho más por el de aquella noche, no hablarían de otra cosa, y por consiguiente, el tribunal se vería precisado á interrogar á Florentín.

En pocas horas habían perdido la existencia diez ó doce hombres, y esto era demasiado grave para que no se produjese una verdadera conmoción, no solamente en el tribunal, sino en toda la villa.

David reflexionó, porque efectivamente no había pensado en semejante circunstancia.

Se habían comprometido á respetar la vida de Florentín mientras este no se negase á hacer todo aquello que razonablemente debía considerarse posible, y era un absurdo exigirle que pagara su rescate, colocándose en una situación aún más peligrosa de la en que entonces se encontraba, puesto que más peligrosa sería en muchos sentidos la de verse acusado por sus mismos compa-

ñeros y ante el tribunal de que forma ba parte.

David empezó á arrepentirse de haber prometido tanto, si bien es verdad, que no pudo hacer otra cosa; porque así se lo había exigido Quiñones como condición precisa para dar el golpe y apoderarse de Florentín.

Sin embargo, el huérfano no estaba dispuesto á abandonar la empresa, dejando á sus amigos en los calabozos de la Inquisición.

Era preciso buscar un medio para que el abate cubriese su responsabilidad.

Nunca como entonces necesitó David de su fecundo ingenio y del conocimiento que tenía de lo que podemos llamar interioridades de la Inquisición.

Con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, empezó á pasearse.

Florentín, que se había sentado, lo siguió afanosamente con la mirada.

Leandro permaneció impassible: no tenía que hacer allí más que evitar que su amigo cometiese una locura, y esperaba sin impacientarse.

Desde aquel momento, más que á los puñales y á las pistolas, tuvo miedo Florentín al fecundo ingenio de David.

¿Encontraría éste el medio que buscaba?

Cinco minutos transcurrieron.

David se detuvo, y mientras sus negros ojos brillaban como luciérnagas, dijo al abate:

—Todo se arreglará.

Florentín se estremeció.

—Veamos cómo — replicó con voz insegura.

—No faltarán dos desdichados que hayan de ser presos mañana mismo, porque es raro el día que esto no sucede.

—Empiezo á entender.

—Antes de que amanezca, os apoderaréis de ellos, y cuando mañana deis parte de lo que hoy ha sucedido, los presentaréis...

—Imposible, imposible.

—Los nombres no importan.

—Pero Simón particularmente es conocido de muchos de los que fueron á prenderlo.

—Los alguaciles no son los que han de entenderse ya con los presos, y por

consiguiente, no podrán advertir el cambio de personas.

—Y cuando se les tome declaración y se les hable de un suceso que ignoran...

—Esperad y os daré el remedio para todos esos inconvenientes.

Claudio volvió á temblar, porque sabía muy bien que los inconvenientes de que hablaba podían salvarse de varios modos.

—Vais á representar un gran papel— dijo el huérfano—, el papel envidiable del hombre de sentimientos generosos que se conduce de las desgracias de los demás y hace todo cuanto es imaginable para remediarlas.

—Ahora no os comprendo.

—Pues es muy sencillo.

—Lo será; pero...

—Seguid escuchándome.

—Escucho.

—A esos dos infelices les prometeréis salvarlos, advirtiéndoles que es preciso que reconozcan que se encontraban en la casa misteriosa, aunque explicando esta circunstancia como mejor os parezca.

—Si reconocen eso, habrán de reconocer que han dado muerte á varios alguaciles.

—Ellos se han defendido de una porción de hombres que les acometían sin decirles por qué.

—Continuad.

—Sois demasiado astuto para no acertar á combinar el asunto de manera que todo quede justificado, puesto que tenéis mil medios, como son los de declaraciones falsas y otros muchos, y por último, los de facilitar una fuga.

—No necesito más detalles—dijo Florentín.

—¿Comprendéis ahora bien?

—Perfectamente.

—Ya veis, pues, que no os pido ningún imposible. Vuestra responsabilidad para con el Santo Oficio quedará á cubierto, sin que nadie dude de vuestra rectitud, y esto es cuanto tenéis derecho á exigir en la situación en que nos encontramos.

Florentín guardó silencio y meditó.

David desplegó entonces una sonrisa irónica, porque comprendió que su enemigo no pensaba en si debía aceptar

sino que buscaba á su vez un medio de engañarlos á todos.

—Hay dos hombres á quienes puedo prender—dijo Claudio después de algunos minutos—, y creo que son á propósito para el caso.

—Entonces nada os falta.

—Una sola cosa.

—Decid.

—Que me dejéis en libertad para hacer la prisión y sacar de sus calabozos al señor Antolín y á Simón.

—Lo segundo es lo que debéis hacer primero.

—No me conviene así; pero os empañáis...

—Ante todo han de quedar en libertad mis amigos, porque esto es lo que me interesa. Después haréis lo que se os antoje.

Florentín hizo un gesto de forzosa resignación, exhaló un suspiro penoso, y dijo:

—¿Qué he de hacer sino dejaros complacido?

Hemos acabado por entendernos.

—Prometø, pues, empezar por ocupar-me de vuestros amigos, que quedarán en libertad inmediatamente.

—Puesto que estamos de acuerdo...

—Sí, salgamos—dijo el abate—, poniéndose en pie.

—¿Qué hacéis?—le preguntó David.

—¿No he de ir á la Inquisición?

—Iréis cuando ya se encuentren aquí Simón y el hidalgo; pero antes...

—¿Estáis en vuestro juicio?

—Sí.

—¿Cómo han de venir ellos antes de que yo vaya?

—Dejándoles salir de sus calabozos.

—¿Y cómo han de salir si yo no les abro las puertas?

—Abriéndolas otra mano.

—Pero como otra mano no las abrirá...

—Sí, las abrirá si vos lo mandáis de cierto modo, y para eso precisamente hemos cuidado de tener aquí tintero, pluma y papel; y por eso cuando principiamos á hablar os dije que escribiéseis.

—¡Señor David!—exclamó el abate sorprendido, aunque en realidad espantado.

—No me digáis que una orden vuestra por escrito no sirve para nada, por-

que os responderé que todo depende de como esa orden esté redactada.

—Pero...

—No os toméis el trabajo de hacer-me observaciones.

—Vuestros amigos deben salir de sus calabozos sin que nadie sepa que salen.

—Eso sería conveniente para vos, pero es imposible.

—Una orden por escrito...

—Se rompe luego.

—¿Y el que ha de cumplirla?

—Esa persona puede ser Maese Corcuera.

Maese Corcuera tiene lengua para hablar, y bien expedita, ya lo sabéis.

—No hablará si vos se lo prohibís, puesto que no ignora que vos podéis sacar á relucir ciertos pecados antiguos...

—¡Oh!...

—A estas horas Maese Corcuera puede hacer lo que se le antoje.

—Hay en los calabozos muchos guardas, no lo ignoráis.

—Pero de los calabozos secretos puede sacarse á esos dos acusados, no para darles la libertad, sino para encerrarlos en los aposentos de arriba, como están otros muchos, y todo se arreglará con que pongáis dos órdenes, una para la traslación, la que enseñará maese á los guardianes, y otra reservada.

—¡Imposible, imposible!—volvió á decir el abate.

—¿Queréis que os deje en libertad, que me fie de vuestras promesas!... Menester sería que yo fuese demasiado necio ó que no os conociese tan bien como os conozco... Sentaos otra vez y escribid si es que queréis veros en libertad.

—Si de esas órdenes se abusase...

—No se abusará, yo os lo prometo.

—Vos no tenéis fe en mis palabras...

—No.

—¿He de tenerla yo en las vuestras?

—Haced lo que os parezca mejor, en la inteligencia de que si os negáis á escribir, ahora mismo quedaréis encerrado donde acabaréis vuestra vida con los tormentos que merecen vuestros crímenes. ¡Oh!... He tenido calma hasta este momento—dijo David, apretando los puños y lanzando á Florentín una terrible mirada—, he tenido calma; pero...

—Señor David...

—Decidid—replicó el huérfano con imperioso tono.

—Abusáis...

—¡Miserable!... ¿Y os atrevéis á hablar de abusos?...

—Basta, basta...

—Pronto, escribid ó...

—Escribiré; pero...

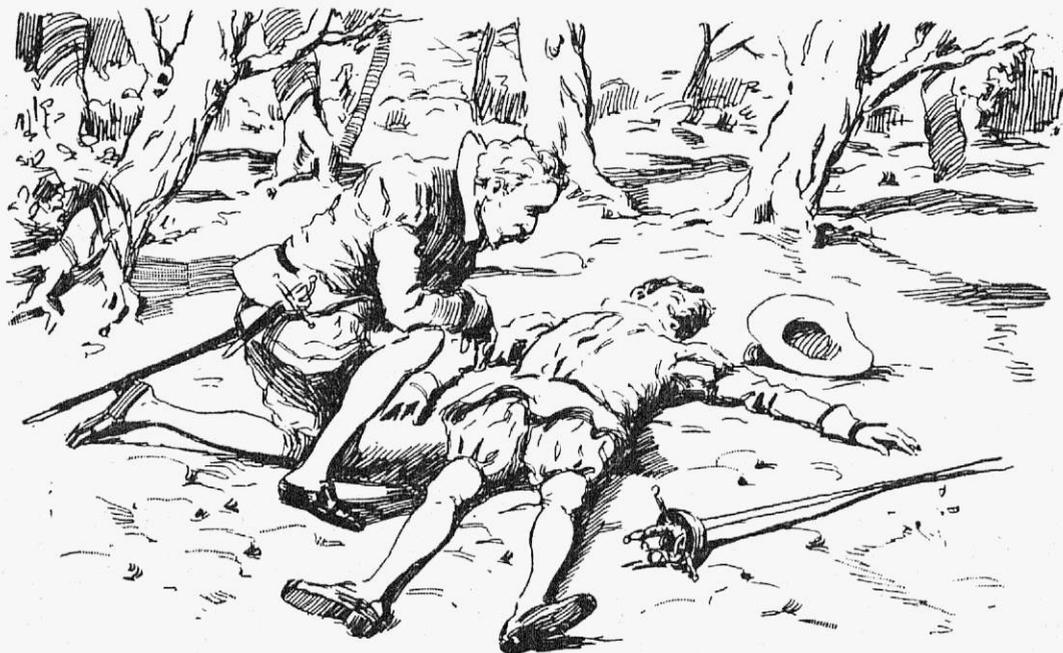
Tomó la pluma Florentín y escribió trazando algunas líneas en distintos papeles.

David leyó y dijo:

—Está bien.

—¿Y ahora he de esperar á que vuelvan vuestros amigos?

—Sí.



El infeliz padre cayó sobre el cuerpo inanimado de su hijo. (Pág. 17.)

Interrumpióse Florentín.

Sus ojuelos relumbraron y rechinaron sus dientes.

No tenía miedo de engañar á David; no le era posible negarse á nada, porque estaba seguro de que acabarían por matarle á pesar de todas las promesas.

La protección de Raúl de Lancaste, ni aún la del mismo rey, podía servirle de nada en aquellos momentos.

Lancaste lo vengaría, ¿pero qué le importaba al abate ser ó no vengado después de su muerte? Lo que él deseaba era triunfar y gozarse con los sufrimientos de sus víctimas.

El plan de sus enemigos estaba perfectamente combinado.

No podía suceder otra cosa, siendo plan trazado por don Martín de Quiñones.

—¿Quién ha de llevar esas órdenes?

—Yo.

—¡Vos!—dijo sorprendido el abate.

—Me acompañará otra persona, porque ya sé que no debo presentarme á maese Corcuera, que indudablemente me reconocería, á pesar de la falta de mi joroba y de los años que han transcurrido.

—Os ruego que vayáis de prisa, porque...

—Deseáis salir cuanto antes de aquí, ¿no es verdad?

—Sí, y además tengo que ocuparme de los otros á quienes hay que prender antes que amanezca.

—Os sobra tiempo, puesto que antes de una hora me tendréis aquí con el señor Antolín de Santoyo y Simón.

—Convendrá que la persona que se presente á maese Corcuera, le diga...

—Sí, que este negocio os interesa mucho, tanto como á él le interesa que nadie se acuerde de cierta historia en que representó el principal papel un dominico llamado fray Ruperto...

—Eso es.

—No necesito instrucciones, porque desgraciadamente os conozco demasiado.

—Lo sé, lo sé.

David tomó su capa, embozóse y salió sin hablar más.

Florentín inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Leandro empezó á pasearse sin pronunciar tampoco una palabra.

CAPITULO XVI

UN CAPRICHIO DEL SEÑOR ANTOLÍN

Aún no había transcurrido una hora cuando se abrió otra vez la puerta, apareciendo el señor Antolín de Santoyo y Simón, cuyos vestidos estaban llenos de sangre y destrozados.

—¡Libres!—exclamó Florentín sin poder contenerse y con acento de desesperación.

—Sí—dijo el hidalgo, que había recobrado su alegría desde que se vió fuera del calabozo—, estamos libres, mal que os pese, y lo único que siento es que ahora se nos estorbe retorceros el pescuezo, ó más bien desollaros vivo, cuya operación me comprometo á hacer primorosamente; pero ya sabéis que, según el refrán, «no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague», y por ¡mi abuela! que el plazo se cumplirá y la deuda la pagaréis, ó yo he borrarme el nombre. Tal vez por un sentimiento de estúpida generosidad se contenten vuestras víctimas con sentenciaros á morir; pero yo os juro que he de estorbarlo, y que he de pasar un año y otro gozándome en vuestro martirio.

—Ya habéis intentado hácerme morir horriblemente.

—¡Por Satanás!—exclamó Simón—Si hubieran tomado mi consejo, todo e-
taría concluido.

Temió el abate que aquellos dos hombres dejaran de respetar las órdenes de

don Martín, y poniéndose en pie, replicó:

—Ya estáis en libertad, y por consiguiente, hemos concluido.

—Aún no hemos hecho más que principiar.

—¿Qué más tenéis que exigirme?... He cumplido mi promesa...

—Nosotros también cumpliremos la nuestra.

—Decís que ahora se empieza...

—¿Acaso renunciáis á vuestro criminal propósito de hacernos mal?

—¿Para qué he de mentir?

—Pues ni vos renunciáis ni nosotros tampoco, y la lucha, suspendida por algunos años y obedeciendo á las circunstancias, vuelve á comenzar más encarnizada que nunca.

—Y pronto se decidirá la suerte de todos.

—Así lo espero, porque si he de hablaros con franqueza, tengo que v^o entarme para aguardar.

—Bien, continuemos la guerra: pero en estos momentos...

—Vamos á sacaros de aquí y á tener el placer de acompañaros hasta donde nos parezca conveniente.

—Vamos—dijo el abate, dando un paso hacia la puerta.

—Una advertencia, señor Claudio.

—Decid pronto.

—Si gritáis antes de que nos alejemos...

—No gritaré.

—Con una puñalada en el corazón os haremos callar.

—Por esta noche nada temáis de mí, porque nada puedo hacer, pero mañana...

—Otra advertencia.

—¿Acabaréis?

—La espada que me habéis quitado esta tarde, es una prenda de gran estimación para mí, porque con ella he atravesado el corazón de más de un valiente caballero, y no puedo resignarme á perderla, ni mucho menos á que sea deshonrada en manos de alguno de vuestros miserables esbirros.

—¡Y queréis que os la devuelva!

—Sí, os lo ruego, y si no queréis complacerme apelaré á la influencia de mi amigo Raúl de Lancaste, á quien no negaréis ese favor.

—Supongo que no os atreveréis á pre-

sentaros al noble caballero de Lancaste, á quien con tan negra ingratitud le habéis pagado.

—¡Ingrato yo!... ¡Por los cuernos de Satanás... ¿Y en qué consiste mi ingratitud?

—¿No os habéis vendido á sus enemigos? ¿No os habéis puesto de parte de don Martín de Quiñones?

—Señor abate, siento deciros que vuestra razón está trastornada. ¡Rayos y truenos!... ¡Yo desleal, yo traidor, cuando me llamo Santoyo!... Me interesa poner en claro esta cuestión.

—Buscad excusas á vuestro proceder.

—Yo nada tengo que ver con las rencillas, odios ni amistades de don Raúl, ni las relaciones que he sostenido con él me imponían la obligación de ser enemigo de su cuñado, ni mucho menos de renunciar á lo que más convenía á mis intereses. Encontré la ocasión de recuperar aquel maldito papel que me ha tenido por espacio de doce años en perpetuo temor, y sin ofender á Lancaste, trabajé por mi cuenta... ¿Es esto una traición? No, puesto que nada he hecho que le perjudique, mientras que vos, sin consideraciones á que soy su amigo, me habéis encerrado en un calabozo, y á no ser por don Martín, mañana hubierais mandado que me desconyuntasen, y hubierais concluido por hacerme bailar en el Quemadero. Sí, señor abate, yo soy noble y leal, y si no esta noche, porque tengo que hacer, mañana mismo iré á visitar al señor de Lancaste y os venceréis de que ningún rencor me guarda.

—Bien; nada de eso me importa.

—Pero á mí me importa mucho saber si me devolveréis mi espada.

—Se la entregaré á don Raúl, si me la pide.

—¡Ah!—exclamó el señor Antolín, abriendo cuanto pudo la boca.

Y después de bostezar, añadió:

—Estoy desmayado... Todo os lo perdonaría, señor abate; pero el haberme dejado sin cenar... ¡Vive el cielo!... Si no hubiera de cumplir la palabra de respetar vuestra vida, os juro por mi gloriosa espada, que á pesar de que estáis más flaco que yo, os asaría y me serviríais para cenar... ¡Cuernos de Lucifer!...

—Dejadme salir...

—Vamos.

El señor Antolín y Simón, llevando á Florentín entre ellos, salieron de la casa.

Anduvieron poco, puesto que se detuvieron frente al convento de las Descalzas Reales.

—¿Ya puedo irme?—preguntó Florentín.

—Esperad un momento—respondió el hidalgo con acento que revelaba su creciente alegría.

—¿Qué más queréis?

—Estoy de buen humor y deseo satisfacer un capricho.

—¿Os burláis?

—Algo puede haber de burla.

—¡Oh!...

—Mi buen amigo Simón—repuso el hidalgo, mientras se entretenía en blandir la espada de que se había provisto—, mi amigo Simón me ha contado muchas veces el divertido lance de aquella noche en que quisisteis sacar de su casa á la bellísima esposa del señor Jacobo de Tordesillas...

—No prosigáis.

—Es preciso.

—Os complacéis en mortificarme... Bien.

—Pues como os decía, Simón asegura que pasó un rato el más divertido, viendo como bailabais cuando os cogió por el pescuezo y os sacó por la ventana.

—No tardaréis vosotros en bailar en la hoguera y entonces yo gozaré... ¡Oh!... Aún no me conocéis.

—Todo puede suceder, y por si acaso se cumple vuestro deseo, no quiero morir sin haber satisfecho el mío. Ya os he dicho que estoy de buen humor, y antes de separarme quiero veros bailar.

—¡Caballero!...

—No repliquéis, porque será inútil. No os mataré; pero si no me complacéis, os regalaré media docena de cintarazos, y así estrenaré esta espada que acaba de darme vuestro antiguo servidor David.

El abate rugió como un tigre.

En medio de la obscuridad relumbraron sus ojos como dos ascuas.

El señor Antolín, con ademán demasiado significativo, levantó la tizona.

—Faltáis á lo pactado...

—Bailad, ¡vive el cielo!...

—¡Oh!...

—Bailad... A la una, á las dos...

—Bailaré.

La burla no podía ser más cruel, tan cruel, que el mismo Simón la encontró horrible, una de esas burlas verdaderamente sangrientas; que son un tormento espantoso y peor que la muerte..

Esto se comprende bien si se considera la situación en que todos se encontraban, y muy particularmente Florentín.

Pero ya conocemos al hidalgo, y sobre las extravagancias de su carácter, debemos tener en cuenta sus sentimientos que nada tenían de generosos.

¿Qué debía esperarse del que por un puñado de oro se había comprometido en otro tiempo á buscar á Jacobo de Tordeillas para asesinarlo?

Hay un refrán que dice: «Dios los cría y ellos se juntan», y nunca esta frase había tenido tan exacta aplicación.

El abate y el señor Antolín eran dignos el uno del otro, y si en el segundo no se veían ciertos rasgos de refinada maldad, era porque había mucha diferencia de su inteligencia y carácter al de Florentín.

La amenaza constante por espacio de doce años del papel firmado por Santoyo, era asunto que éste no podía olvidar ni perdonar.

Una vez que se había visto fuera del calabozo, había recobrado su habitual alegría, y la verdad es que no pensó más que en divertirse al exigir al abate que bailara.

La prueba de que esto era cruel y hasta horroroso, la tenemos en que Florentín sintió lo que nunca había sentido y faltó poco para que á pesar de su cobardía, se resistiese y prefiriese morir.

Entonces no fueron gemidos lastimeros los que se escaparon del pecho del abate, sino rugidos sordos de rabiosa ira.

Sus ojos despidieron centellas...

Sus dientes volvieron á rechinar, y sus puños, crispados y convulsos, se levantaron un momento como si amenazasen al señor Antolín.

Sin embargo, la espada de éste relumbraba demasiado para los ojos del abate, y el infeliz, como el tigre aprisionado que intenta romper sus ligaduras, revolvióse y brincó desesperadamente.

El señor Antolín soltó una carcajada estrepitosa.

—¡Por los hígados de Lucifer!— dijo—. Vuestras piruetas me hacen gozar y juro haceros bailar á todas horas el día que me sea posible disponer de vuestra persona á mi antojo. No os impondré otra penitencia ni tormento, porque estoy seguro de que así sufriréis más que con ninguno.

—¡Oh!— exclamó Florentín con voz ronca y destemplada—. Desde hoy os odio mucho más que á David.

No podía expresar con más exactitud lo que sentía, porque al huérfano lo odiaba hasta un punto inconcebible.

—Vamos—dijo por fin Simón.

Y echó á correr hacia el arroyo del Arenal.

Santoyo lo siguió.

El abate empezó á exhalar gritos lastimeros; pero nadie acudió en su socorro.

Los otros no cesaron de correr hasta que llegaron á la calle de Almudena.

—Basta—dijo el señor Antolín—, que para hombres como nosotros, es bastante lo que hemos corrido.

—Como mejor os parezca.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Ya sabéis que nos aguardan.

—Sí, debemos encerrarnos en casa de don Martín; pero tengo un apetito devorador y me parece que antes debo satisfacerlo.

—Allí nos darán de cenar.

Pero allí entre unos y otros no tendremos libertad suficiente para reírnos y beber.

—Pues vamos donde mejor os parezca..

—A mi vivienda, al *Invencible caballero*, porque al abate no se le ocurrirá ir á buscarnos allí.

—No tengo inconveniente.

CAPITULO XVII

OTRO INCIDENTE RUIDOSO

Diez minutos después el señor Antolín se encontraba en su habitación y empezaba á cenar con el gigante, que había llegado á ser su mejor amigo.

Ambos bebían como tenían de costumbre, reían y hablaban de lo sucedido aquella tarde y aquella noche, y como si todo esto fuesen recuerdos muy agrada-

habíanse mostraban entusiasmados y juraban sin cesar.

Simón había conseguido olvidarse en aquellos momentos de la extraña situación y sufrimientos de David, y por consiguiente había recobrado su alegría, que no ignoramos se parecía mucho á la del señor Antolín.

¿Corrían algún peligro en aquellos momentos y en aquel lugar?

Ellos creían que no, y así era lógico creerlo, porque el abate no debía ocuparse del hidalgo hasta otro día, ni debía suponer que se encontrase en la hostería, sino en casa de don Martín, donde estaría á cubierto de cualquier ataque.

Sin embargo, no todo lo que es probable y lógico sucede, y de esto tuvieron desgraciadamente y bien pronto una prueba nuestros amigos.

Era ya muy cerca de la una de la madrugada, y solamente el hostelero estaba levantado, porque así había tenido que hacerlo cuando llegó el señor Antolín.

Este y Simón acababan de cenar y aseguraban encontrarse muy bien, prometiéndose dormir á pierna suelta hasta muy entrado el día.

Disponíanse á salir; pero el huésped se presentó con el rostro pálido y muestras inequívocas de intranquilidad.

—¿Qué sucede?—le preguntó el señor Antolín—. Al veros el rostro tan compungido se creería que tenéis que deplorar alguna horrible desgracia.

—Silencio—replicó maese Benito á media voz—; no habléis alto.

—¿Y por qué?

—Porque tenemos á la puerta de la calle un inquisidor y cuatro esbirros...

—¡Por Satanás!—exclamó Simón, llevando la diestra á la tizona.

—¡Rayos y truenos!—dijo el señor Antolín desenvainando la suya.

—Callad. Aún es tiempo de que os salvéis, porque no saben que estáis aquí... Y por esa ventana... ¡Ah!...

—Explicaos, maese Benito, explicaos con claridad, porque la situación parece grave.

—¡Dios mío!... La inquisición en mi casa...

—Tranquilizaos.

—No sé si conoceréis á un inquisidor que se llama...

—Claudio Florentín. ¿No es verdad?

—Sí, lo habéis adivinado.

—¿Y qué busca?

—Quiere registrar vuestro aposento, sin duda en busca de papeles ó cosa parecida.

—¿Le habéis dicho que nos encontramos aquí?

—No, señor—respondió el hostelero—: he contestado que tenéis una llave y que ignoro si después de haberme acostado, habéis venido.

—Esperad un instante—dijo el hidalgo.

Y empezó á reflexionar.

—Me parece—dijo maese Benito, dirigiéndose á Simón—, que lo más acertado sería que aprovechaseis estos momentos, que saltaseis por esa ventana al patio, y esperaseis hasta poder salir.

El hidalgo, que había oído esta observación tan oportuna y conveniente, dijo:

—No vienen más que cuatro alguaciles con el abate...

—¿Os parece poco?

—Escuchadme, y obedecedme con exactitud, porque si cometéis una torpeza, ¡por quién soy! que he de hacer de vuestro pellejo una celosía y no ha de quedaros un hueso sin moler.

—Hablad, caballero, que estoy dispuesto á servirlos con la mejor voluntad del mundo.

—Diréis al señor abate que me habéis encontrado en la cama y que al hablarme habéis visto que estaba enfermo, hasta el punto que no era menester más que acercarse á mí para conocer que me devoraba la fiebre.

—Pero...

—Seguid escuchando.

—Ya escucho.

—Temeroso de que me pusiera peor, no habéis querido decirme que la Inquisición me buscaba, y me habéis dejado con pretexto de hacer unos sinapismos.

—Eso no será obstáculo para que suban.

—Ya lo sé.

—Verán que los he engañado.

—Ciertamente: si no lo comprenden así al entrar, lo comprenderán después, y he ahí un inconveniente que me desagrada, porque no quiero que por mí tengáis ningún disgusto.

—Seguid mi consejo...

—Decís que muy fácilmente podemos saltar al patio...

—Sí, podéis hacerlo sin peligro alguno.

—¿Y desde el patio podremos volver aquí sin que se aperciban los que hayan quedado en la puerta de la calle, si es que allí quedan algunos esbirros?

—No hay ningún inconveniente.

—Pues bien; bajad y decid al señor abate que me habéis buscado inútilmente, y estáis convencido que no he vuelto, lo cual sucede muchas noches.

—¿Y después?

—Iréis al patio y nos diréis si han subido todos ó lo que ha sucedido.

Maese Benito salió para obedecer de muy mala gana, porque comprendía que aquel lance podía tener muy malas consecuencias; pero el señor Antolín le infundía tanto temor y aún casi más que el Santo Oficio.

Nuestros amigos apagaron la luz, abrieron la ventana y se descolgaron por ella sin ninguna dificultad.

Entre tanto el hostelero se presentaba á Florentín y le decía:

—Señor, lo busco y no lo encuentro, lo cual me hace creer que esta noche, como otras muchas, la pasará en otra parte.

—No importa—dijo el abate, cuyo rostro estaba aún pálido y desfigurado.

—Si quiere subir vuestra señoría.

—Sí, subiremos... Seguidme.

Los cuatro alguaciles siguieron á Florentín, haciendo lo mismo el huésped con la luz.

Llegaron al aposento de Santoyo.

El astuto abate fijó una escudriñadora mirada en la mesa y dijo:

—¿Qué significa esto?

—Son los restos de la comida del señor Antolín...

—No es verdad.

—Señor, os juro que el caballero Santoyo ha comido aquí con un amigo suyo, que no sé como se llama, pero cuyas señas puedo daros.

—¿Es de elevada estatura?

—No se equivoca vuestra señoría: es un gigante que infunde miedo.

—¿Y este velón?

—Lo dejo ahí todas las noches para que pueda encenderlo cuando vuelve el señor Antolín.

—¿Y por qué no habéis desocupado la mesa?

—Por falta de tiempo primero y después por olvido, y cuando ya iba á acostarme y lo eché de ver al traer el velón, tuve pereza, doblemente presumiendo que el hidalgo no había de venir.

El abate miró á su alrededor, buscando nuevos detalles; pero no encontró ninguno que pudiera ser motivo de sospecha.

Los cuatro alguaciles permanecían inmóviles y de espaldas á la puerta.

¿Por qué se encontraba allí el abate?

Esto se explica fácilmente.

Cuando en la plazuela de las Descalzas vió que nadie acudía en su socorro, perdió la esperanza de desquitarse aquella misma noche, apoderándose del señor Antolín y de Simón.

Su ira le daba fuerzas, y sin pensar en volver á su casa para buscar el descanso, corrió á la de Lancaste.

Allí fieles y exactos, estaban aún los esbirros, que según recordará el lector, habían acompañado á Florentín.

Por más que Lancaste les había referido el suceso, aconsejándoles que se fuesen, no lo hicieron sino que esperaron, puesto que su jefe les había mandado esperar.

Esta circunstancia favoreció á Florentín.

Preguntó por Raúl y le respondieron que había entrado en su casa desesperado, que había vuelto á salir con algunos de sus sirvientes, que entró por segunda vez más desesperado todavía, y que últimamente había ido á palacio.

—Aprovecharé el tiempo—dijo Florentín.

Y pensó que el hidalgo podía tener algunos papeles que lo comprometieran, y decidió registrar la hostería.

No se cuidó de llevar más gente, porque no esperaba encontrar al señor Antolín y á Simón, pues de otro modo le hubiera parecido poco un ejército. Las explicaciones de maese Benito parecieron satisfacer á Claudio Florentín.

No creía que el registro diese ningún resultado de importancia; pero por lo que pudiera suceder quiso llevarlo á cabo.

Entonces fué cuando al hostelero le ocurrió que no podía dar aviso á los otros, porque infundiría sospechas si se separaba del abate.

Este se acercó á una arca que había junto al lecho, y cuando iba á ver si la llave estaba puesta, se oyó gritar:

—¡Rayos del infierno!

Y á la vez dijo otra voz:

—¡Canalla!... Ahora habéis de bailar todos y será la diversión completa.

Dejó escapar Florentín un grito de terror.

Volviéronse los esbirros, haciendo un gesto de sorpresa y de intranquilidad y llevando la mano á las espadas.

Empero ya era tarde.

El señor Antolín y Simón, descargando terribles golpes, cayeron furiosamente sobre ellos mientras maldecían y juraban como condenados.

No puede hacerse una pintura exacta de la escena.

Como era consiguiente, los alguaciles, aturdidos y poseídos de terror, vacilaron entre defenderse y huir, sin acertar á hacer ni lo uno ni lo otro.

Aunque de plano, las espadas de los acometedores cayeron sobre los esbirros, dos de los cuales rodaron exhalando gritos de dolor.

El abate quiso huir, pero le fué imposible porque sus enemigos interceptaban la salida.

Maese Benito, no menos atemorizado, gritó también sin saber lo que hacía, y como todos se movieron de un lado para otro y daban voces, resultó que en pocos instantes la confusión fué espantosa y el ruido verdaderamente infernal.

—Así, muy bien — decía Santoyo —; ahora bailáis á las mil maravillas... ¡Bravo!... Otra pirueta.

—¡Cien mil legiones de demonios! — exclamaba el gigante con voz atronadora —. No se escapará sin ningún cintarazo el condenado sacristán.

Y efectivamente, su larga tizona cayó sobre las espaldas de Florentín, que dió con su cuerpo sobre el de uno de los alguaciles, rodando hasta tropezar con las piernas de maese Benito.

Este perdió el equilibrio, cayó también, escapándosele de las manos el velón.

La habitación quedó en la más completa obscuridad.

—Otro día continuará la diversión — dijo el señor Antolín.

—¡Por las uñas de mi abuela! — exclamó Simón —, esto me ha gustado.

Respondiéronles con lamentos y ayes. Crujió la puerta y se oyó rechinar la llave de la cerradura.

—¡Nos han encerrado esos miserables! — exclamó el hostelero mientras se levantaba!

—Venid — dijo el abate con voz lastimera —; dadme la mano, porque no puedo moverme... ¡Ay!... Ese asesino me ha roto no sé cuantos huesos.

—Yo estoy medio muerto — dijo otra voz.

Y sin que se oyesen más que estas frases ú otras parecidas, cada cual esforzóse para levantarse y buscar á tientas una silla donde dejarse caer para descansar.

—Luz — dijo por fin Claudio.

—¿Con qué he de encenderla? — replicó maese Benito.

—Buscad lo que necesitéis...

—¿Habéis olvidado que esos asesinos se han llevado la llave?

—Es verdad... Tú, *Lagarto*, haz un esfuerzo y arranca la cerradura.

—Tengo un brazo medio roto.

No fué menester que forzasen la puerta porque sonaron pasos y voces en la habitación inmediata.

Eran los criados del hostelero, que habían despertado al ruido y acudían sin saber lo que pasaba.

La puerta se abrió.

El aposento volvió á iluminarse.

Entonces pudo verse el estado lastimoso en que se encontraban.

Florentín apenas podía moverse.

Sus miembros temblaban, y sus ojos, con expresión de terror, se volvían hacia todos lados como si aún temiese que se presentase el señor Antolín.

Este era ya para Claudio mucho más temible que David.

Al menos el huérfano se contentaba con acusar y amenazar; pero el hidalgo, en vez de hacer acusaciones inútiles, daba palos y cuchilladas, como si de otro modo no supiera expresar lo que sentía.

El hostelero se quejaba más que ninguno.

Su conducta no podía ser sospechosa.

Claro estaba que por casualidad había llegado el señor Antolín en aquellos momentos, sin que de esto tuviese la culpa nadie.

Aquella noche era verdaderamente fatal para Claudio Florentín.

Todo le infundía ya terror y no quiso ocuparse en registrar el equipaje del hidalgo, porque creía que éste, dando entre tanto aviso á don Martín de Quiñones, volvería con refuerzos y lo matarían, lo cual podían entonces hacer sin faltar á su palabra.

—No iré á mi casa—dijo Florentín—, porque sobre estar demasiado lejos, no tendré seguridad; iré á la de don Raúl y allí pasaré el resto de la noche, pensando en la conducta que me conviene seguir... ¡Oh!... Esto era ya demasiado, y supongo que el rey no se atreverá á seguir protegiendo como hasta ahora á mis enemigos... Sobradas pruebas hay para que la Inquisición tome el asunto como cosa que interesa, no solamente á la justicia, sino al decoro y á los fueros del tribunal.

El abate advirtió al hostelero que al día siguiente se le llamaría para declarar lo que había sucedido, lo cual prometió hacer de muy buena gana y con toda exactitud maese Benito.

CAPITULO XVIII

UNA BUENA IDEA DE FLORENTÍN

El abate sentía todos sus miembros doloridos y apenas podía moverse.

No es posible hacer comprender lo que había sufrido aquella noche, y particularmente el suceso de la hostería, donde creyó perder la existencia, lo había dejado como aniquilado.

Empero era preciso hacer el último esfuerzo, porque así lo exigían las circunstancias, y el miserable, después de volver á la vivienda sin encontrarlo, decidió aprovechar las horas que quedaban de tinieblas para llevar á los calabozos del Santo Oficio á los que debían sustituir al hidalgo y Simón.

Hecho esto se retiró á su casa.

Y era tiempo: no podía sostenerse.

Acostóse después de darse algunas frías con agua y vinagre en las partes magulladas de su flaco cuerpo, y á los cinco minutos quedó como aletargado.

Había querido pensar despierto en su situación; pero soñó dormido con sus temores.

David y el hidalgo se le presentaron como dos fantasmas, y sin embargo, estos dos personajes eran quizá los menos temibles.

Vió sangre, hogueras y máquinas de tortura, cosas todas ellas que siempre las había mirado con frialdad, con indiferencia; pero que entonces le llenaron de pavor.

¿Por qué?

No lo sabemos.

¿Se levantaba su conciencia como se había levantado la de Crispín?

Tal vez; pero aquel sueño no debía producir en la conducta del abate los mismos resultados que produjo en la del esbirro.

Muy entrado el día, despertó Florentín, y por primera vez en su vida, miró á su alrededor y suspiró tristemente porque se vió solo.

—¡Oh! — exclamó—. Vivir aislado y morir sin ver á nadie... ¡Qué horrible debe ser.

Al oír estas palabras, hubiérase creído que el abate iba á hacer un escrupuloso exámen de su conciencia; pero no sucedió así, porque dijo:

—No pensemos en lo que no es menester... Tengo sobradas enemigos que pretenden ser mis jueces... Veamos cual es mi verdadera situación. Ahora me parece ver más claro que anoche.

Hizo un gesto doloroso, porque aún sentía en las espaldas los efectos del terrible cintarazo recibido en la hostería, y prosiguió diciendo.

—Sí, veo más claro que anoche, y por lo mismo se me ocurre pensar que es inexplicable la conducta de mis enemigos. Jacobo de Tordesillas y su esposa están absueltos, y por consiguiente nada tienen que temer de la Inquisición. ¿Por qué no me acusan? Antes podía contenerlos el temor de que yo atentase contra la vida de su hija; pero ahora no. Cuentan con David, que es un testigo de mucha importancia... ¿Qué esperan, por qué se detienen?... No lo adivino.. Ningu- no de ellos me ha perdonado, ni me perdonará; todos desean vengarse... ¿Por qué no lo hacen?... ¡Oh!.. No lo entiendo, no lo entiendo, y nada me infunde más terror que lo que no puedo explicarme.

Efectivamente, la conducta de nuestros amigos era incomprensible.

Tenían sobradas pruebas contra el abate, porque sobradas parecían las declaraciones de David, de Quiñones y aun de fray Tadeo, y estas declaraciones darían mucha luz para averiguar más de lo que se necesitaba.

¿Por qué no lo hacían?

Vamos á decirlo, puesto que nosotros lo sabemos.

Una vez acusado Florentín, la Inquisición tomaría el asunto por su cuenta, ya porque resultaban delitos puramente religiosos, ya porque se trataba de uno de los miembros del Santo Tribunal.

¿Qué haría éste?

A pesar de los grandes y horribos crímenes de Florentín, lo absolvería, y todo lo más, como acto de rigor sin ejemplo, dispondría que el acusado fuese á vivir á otra población.

Nada más, aunque esto parezca increíble.

La Inquisición, para no desprestigiarse, protegía tan decididamente á sus miembros, que por nada ni ante nada reconocía que ninguno de ellos fuese criminal.

Bastaba ser el último esbirro, simple criado de un inquisidor, para estar seguro de la impunidad.

No exageramos, puesto que nos referimos á muchos hechos, justificados con los mismos documentos que existían en los archivos de la Inquisición.

No podemos citar uno por uno estos ejemplos, porque llenaríamos muchas páginas; basta con uno, dos ó tres.

Un esbirro del Santo Oficio cometió un asesinato, no por motivos que tuvieran nada que ver con el ejercicio de sus funciones. Se le cogió *in fraganti*, fué llevado á la cárcel y no pudo negar. El juez que instruía la causa se disponía á pronunciar la sentencia, y entonces el Santo Tribunal reclamó al reo para juzgarlo.

Negóse el juez, porque se trataba de un delito común; pero su negativa le valió

ser excomulgado y tuvo que acceder á todo, y el esbirro quedó en libertad, fué absuelto y conservó su empleo, con escarnio de la justicia.

En Toledo impuso la autoridad una multa á un carnicero que estafaba á las



Los esbirros que había escapado con vida huían hacia la Inquisición. (Pág. 34.)

compradoras con pesas falsas. El carnicero era el que surtía á la Inquisición de carnes y otros artículos para el consumo que hacían los presos. No necesitaba más. El Santo Oficio reclamó contra la imposición de la multa y porque el alcalde no quiso condonarla, fué excomulgado.

El último individuo de los que pertenecían á aquella institución terrible, criminal, anticristiana, podía robar, asesinar y

cometer impunemente todo género de crímenes, porque el Santo Oficio era capaz de todo antes que declarar culpable á ninguno de sus miembros.

Las ofensas entre ellos, cuando eran inferidas por el inferior al superior, sí las castigaban cruelmente, así como lo que podía tender á menguar el poderío de la institución ó de sus miembros.

No había, pues, medio de que Florentín fuese castigado como merecía, mucho menos faltando el testimonio de la hija de Tordesillas, que por estar ciega no podía reconocer á su verdugo.

Así se explica que nuestros amigos quisieran tomarse la justicia por su mano, pues sabían demasiado bien que de no hacerlo así, quedarían impunes los horribles crímenes del abate.

Este no se daba semejante explicación, porque le parecía que sus víctimas debían contentarse con verlo derrotado y desacreditado, inutilizado para satisfacer sus ambiciones.

Todo esto tenía para nuestros amigos sus ventajas y desventajas.

Podrían tal vez conseguir su deseo de castigar á Claudio Florentín como merecía; pero en cambio perdían un tiempo preciosísimo, tiempo que el miserable abate aprovechaba, según vamos viendo, favorecido por la enemistad entre don Raúl de Lancaste y don Martín de Quiñones, ganando la voluntad y el apoyo del rey.

Este, con falsas pruebas de cariño, podía tal vez conseguir que Quiñones, procediendo con la nobleza que le caracterizaba, quemase el documento con que podía justificar que era hijo de Felipe II ¿Qué sucedería entonces?

No es dudoso.

Cuando Felipe III no tuviera nada que temer de su hermano, la Inquisición, y por consiguiente el abate, haría cuanto quisiese, y no solo David, sino los demás, incluso el mismo Quiñones, serían encerrados en los calabozos del Santo Oficio y atormentados horribilmente hasta morir.

Esta era la justicia y la moralidad de aquellos tiempos, que con sobra de razón hemos llamado siglo de las tinieblas.

Examinando detenidamente la situación, acabó Florentín por convencerse de que estaban de su parte las mayores ventajas.

No había más que una cosa que pudiera detenerlo: la situación particular de don Martín, que aún conservaba el documento firmado por Felipe II.

He ahí el gran inconveniente, el arma terrible.

El rey no podía lo que quería, porque estaba constantemente amenazado por aquel documento fatal. Su situación era muy parecida á la del señor Antolín, que amenazado también por un papel, tenía que someterse al abate y fingir que lo hacía con gusto.

No hay nada peor que la violencia.

El que permanece quieto contra su voluntad, cuando ya le permiten moverse, no se contenta con andar sino que corre.

Por eso al señor Antolín todo le parecía poco para mortificar al abate, y al monarca debía parecerle todo poco también para convencerse de que era dueño de su voluntad y de sus acciones.

Florentín hizo esta misma comparación y dijo:

—¿Por qué no he de prestar yo al rey el mismo servicio que don Martín prestó al hidalgo?

Esta idea fué un rayo de luz.

Si el abate le había robado el documento firmado por Santoyo, á Quiñones podía robarle el firmado por Felipe II.

No era esto fácil; pero era posible, puesto que para inutilizar el terrible papel había muchos medios, no era preciso concretarse á robarlo del modo que el otro se robó.

Para la refinada astucia de Claudio Florentín, no había ningún imposible, tratándose de intrigas como la que nos ocupa.

Si á Quiñones no se le robaba el papel, podía hacerse de modo que él mismo lo entregase.

Todo era cuestión de habilidad, y la del abate ya la conocemos.

Semejante servicio no tendría precio para el monarca.

Aun cuando Florentín no hiciese más que trazar un plan y dirigir, sería recompensado tan largamente, que su desmedida ambición quedaría satisfecha.

¿Qué influencia podría ponerse entonces contra la suya?

Ninguna, por grande que fuese.

Florentín podría entonces decirle al monarca:

—Señor, yo he sido quien ha librado á vuestra majestad del aterrador fantasma.

He ahí, repetimos, por qué era muy peligroso para nuestros amigos perder el tiempo.

Florentín permaneció todavía una hora en la cama, trazando planes y haciendo combinaciones y cálculos.

Por fin, aunque trabajosamente, porque su cuerpo estaba muy dolorido, se vistió, tomó algún alimento y salió de su casa, mirando á todos lados, porque temía encontrar al señor Antolín de Santoyo con su larga tizona y sus extraños y crueles caprichos.

Su temor era infundado porque ni el señor Antolín, ni David, ni Simón, habían de atreverse á salir de la morada de Quiñones, único lugar donde estaban seguros.

Entró Florentín en el edificio ocupado por el Santo Tribunal; pero media hora después volvió á salir y se encaminó á la vivienda de Raúl de Lancaste.

CAPITULO XIX

LO QUE TRATARON LANCASTE Y FLORENTÍN

Dejaremos pasar los primeros veinte minutos de la entrevista de Raúl de Lancaste y Florentín, porque durante este tiempo no se ocuparon más que de comentar los sucesos del día anterior, y lo que puede interesarnos es lo que hablaron después para ponerse de acuerdo en cuanto á la conducta que les convenía seguir.

Al ver el hermoso y noble rostro del caballero flamenco y su mirada franca y altiva, nadie hubiera creído que aquel hombre fuese capaz de mezclarse en cierta clase de intrigas, ni mucho menos hacer causa común con un miserable como Florentín, y esto parecerá más imposible á los que lo conocen á fondo por haber leído nuestra obra titulada: *El Tribunal de la Sangre*.

Y sin embargo, ya estamos viendo que así era, lo cual nos prueba que las heridas de amor propio suelen trastornar la cabeza más firme y convertir en

mezquinos y ruines los sentimientos más nobles y generosos.

—Ahora—dijo por fin el abate, dando un nuevo giro á la conversación—veamos lo que nos conviene hacer.

—Deseo conocer vuestra opinión—dijo Raúl.

—Caballero, yo creo que cuando el enemigo tiene un arma de más alcance que la nuestra, ó para hablar con más exactitud, cuando se cubre con una armadura invulnerable, lo primero que hay que hacer es desarmarlo, porque de otro modo, con la lucha se le daría el triunfo.

Lancaste sonrió maliciosamente, porque adivinó adonde iba á parar la astucia de Florentín.

—Este prosiguió diciendo:

—Una vez que don Martín de Quiñones se ha decidido á proteger á mis enemigos, no retrocederá.

—Podéis estar seguro de que no: lo conozco demasiado bien, y respondo de ello.

—¿Qué hemos de hacer entonces? Al Santo Oficio no le arredra don Martín; pero sí le detiene las consecuencias que pudiera producir un ataque directo y firme á vuestro cuñado, porque el rey, aunque contra su voluntad y haciendo violencia, á sus sentimientos, concluiría por proteger hasta con la fuerza al perseguido. El rey concluiría por perder, puesto que nosotros somos dueños de las armas espirituales; pero sobrevendrían gravísimos escándalos y hasta grandísimos males para el reino, y es nuestro deber evitar que así suceda, doblemente cuando se trata de un monarca tan cristiano y á quien tanto debe el Santo Tribunal.

—No podéis ser más imparcial ni más justo.

—Me alegro que lo reconozcáis así.

—Sí lo reconozco, porque ahora no hablan vuestras pasiones, no miráis vuestros particulares intereses y hasta olvidáis que tenéis graves ofensas que vengar, enemigos implacables de quien defenderos.

—Sí, todo eso lo olvido, porque antes que todo es para mí su majestad. ¿Cómo, si no, probaría mi agradecimiento por las mercedes y honra que anoche recibí?

—Ya os he dicho que anoche hablé con el rey por espacio de más de dos horas.

—¿Y qué piensa hacer su majestad?

—A vos os diré lo que para todos debe ser un secreto, porque de otro modo no comprenderíais bien la situación.

—Sobre los antecedentes del que en apariencia es vuestro cuñado y que en realidad no tiene parentesco alguno con vuestra noble esposa...

—Todo lo sabéis, ¿no es verdad?

—Una casualidad me hizo dueño bastantes años ha de ese secreto, que nunca hubiera querido conocer, porque los secretos de Estado son muy peligrosos.

—Ahora sin embargo, en vez de un peligro, es una ventaja.

—Ciertamente.

—¿Por qué el rey no se pone frente á frente á su hermano? ¿Por qué no hace con él lo que haría con el más poderoso de sus vasallos? Ya lo sabéis, señor abate.

—Lo sé, y sin temor de equivocarme, supongo que S. M. mira á don Martín como puede mirarse á un fantasma.

—No os equivocáis.

—Y creo también que el rey deseará verse libre del fantasma aterrador, y que el día que lo consiga, será el primero que pueda vivir con tranquilidad. ¿Quién responde de que don Martín, por un motivo cualquiera, no hace uso algún día de ese documento fatal, que en el trastorno de la agonía firmó el gran Felipe II?

—Eso puede suceder cuando menos se espere.

—Y sus consecuencias podemos apreciarlas después del ejemplo que tuvimos en don Juan de Austria, y que hemos tenido en otros bastardos. No, don Raúl, el rey no puede amar á don Martín, porque éste le roba la tranquilidad; no puede amarlo porque don Martín le amenaza constantemente, y esta amenaza es una ofensa que debe herir vivamente la dignidad de nuestro monarca. Además, el rey no es dueño de resolver en ciertos negocios según su conciencia, como lo estáis viendo en el asunto de la expulsión de los moriscos.

—No, no ama el rey á don Martín, y desea verse libre del fantasma, de la

sombra, de la amenaza terrible que tanto lo mortifica.

—Deber de todo buen vasallo es ayudar al rey. ¿Podemos hacer algo en su servicio?

—Podemos hacer mucho si tenemos la virtud de callar por algún tiempo nuestro afán.

—Vuelvo á mi primera idea—replicó el abate, desplegando una sonrisa.

—La misma idea de S. M.

—Me felicito, caballero.

—Voy á deciros lo que al rey le parece bien que se haga, y vos me diréis si por vuestra parte es posible hacerlo.

—Ya os escucho.

—Cuando no sirve la fuerza...

—La astucia.

—El rey fingirá que protege muy de veras á los amigos de Quiñones, y que emplea su influencia toda para que se les deje en paz. Vos al mismo tiempo fingiréis ceder á los deseos de su majestad, con mucho más motivo, cuanto que empezáis á recibir algunas mercedes y esperáis que se os otorguen más.

—Perfectamente.

—Lo mismo don Martín que sus amigos quedarán en libertad completa.

—Y entre tanto buscaremos el medio de hacer que ese documento desaparezca, bien sea apoderándose de él, bien obligando á don Martín á entregarlo de buena voluntad.

—Lo segundo será más fácil que lo primero.

—Aún no he meditado bien, y por consiguiente no puedo daros mi opinión sobre ese punto; pero meditaré, pondremos lo que nos parezca más conveniente, y el rey decidirá. Don Martín, como toda criatura, tiene su lado débil y todo consiste en la habilidad con que se dé el ataque.

—Algunas promesas y algunos favores pueden obligar á don Martín.

—Supongamos que S. M. le promete dejar en paz á los moriscos á condición...

—Comprendo.

—Semejante promesa, como hecha contra la voluntad y en fuerza de las circunstancias, no está el rey obligado á cumplirla, porque nadie tiene el deber de cumplir lo que con violencia promete.

—Discurrís admirablemente, señor abate.



—Con tanto calor defiende don Martín la causa de los moros, tan vivamente se interesa por ellos, que estoy seguro de que haría el mayor de los sacrificios para librarlos de la expulsión.

—Sí, porque Quiñones, cuando toma una causa como suya, aunque no haya de sacar ningún provecho, todo lo hace, todo lo sacrifica, en ningún peligro reparara, ante nada se detiene. Esto pude verlo en Flandes cuando estábamos perseguidos, y don Martín es ahora lo mismo que entonces.

—Estamos de acuerdo.

—¿No encontráis ningún inconveniente para hacer de modo que nuestros enemigos crean que ya nada tienen que temer de la Inquisición?

—Ninguno.

—Y en cuanto á vos...

—Saben que los odio; pero pueden también creer que he sacrificado mi odio á mis ambiciones, que he perdonado, no por generosidad, sino por interés.

Raúl guardó silencio y reflexionó.

—Señor abate—dijo después de algunos minutos—, con hombres como vos no hay empresa difícil.

—Gracias, caballero.

—Acallemos nuestro justo deseo de venganza, y cuando despojemos al enemigo de su armadura invulnerable... ¡Oh!...

—Entonces nos conocerán—dijo Florentín desplegando una diabólica sonrisa.

—La ofensa que anoche recibí.

—Grave fué.

—¡Y no puedo pedir á Quiñones cuenta de su proceder!...

—Tened calma, que el día llegará y todo quedará sobradamente compensado.

—Sí, sí.

—¿Os parecé conveniente que yo hable con su majestad?

—Esta noche iréis conmigo á palacio, y todo quedará decidido.

Florentín se puso en pie.

—¿Tan pronto os vais?

—Tengo mucho que hacer en el Tribunal.

—Pues que el cielo os guarde, y hasta la noche.

—No faltaré... Que Dios os proteja, caballero.

No hablaron más; pero fué de mucha

importancia la conversación, cuyas consecuencias debían ser las peores para nuestros desgraciados amigos.

CAPITULO XX

LA BORRASCA EN EL FÓNDO Y LA CALMA EN LA SUPERFICIE

Quince días pasaron.

Nuestros amigos vivían en la más completa libertad, porque la Inquisición parecía haberse olvidado de ellos.

El señor Antolín, gracias á la generosidad de Quiñones, tenía siempre dinero y no se ocupaba más que en comer, beber y divertirse. Además, por mediación de Lancaste, había recobrado su gloriosa espada, que entre otros recuerdos, tenía el de Enrique de Marbut, y por consiguiente debía considerarse completamente dichoso nuestro hidalgo; pero echabade menos el placer que le proporcionaba mortificar al abate, y muchas veces, después de haber vaciado algunas botellas en compañía de Simón, decía:

—¡Mil legiones!... Esto de tenerme sujeto, me disgusta. ¿Os acordáis de aquella noche que hicimos bailar al abate? ¡Y don Martín se empeña en que lo dejemos en paz!...

—Y es preciso obedecer—respondía el gigante.

—¿Pero no os parece que llevamos mal camino?... Cuando más descuidados estemos nos darán el golpe, porque ese tigre de abate no puede habernos perdonado.

—Opino lo mismo que vos; sin embargo, como soy tan bruto y siempre me equivoco...

—Ruede la bola.

—Todo será morir achicharrados.

—¡Vive Dios!

—Don Martín sabe más que nosotros, y debemos dejarle hacer lo que mejor le parezca.

El hidalgo se encogía de hombros y se contentaba con destapar y vaciar una botella, mientras Simón hacía lo mismo.

Otras veces el señor Antolín, después de examinar atentamente el rostro sombrío del gigante, le decía:

—He observado una cosa que me sorprende.

—¿Qué?

—Hace algunos días que no reís con tanta frecuencia como antes.

—Ya voy siendo viejo, y con los años se pierde la alegría.

—Tampoco se os oye jurar sino muy rara vez, y esto es extraño en vos, cuya boca, como suele decirse, parecía una cartilla de excomunión.

—Jurar y maldecir es pecado, y por lo mismo que he dicho antes, porque voy siendo viejo, empiezo á pensar en ponerme bien con Dios.

—Tenéis poco más ó menos mi edad.

—¿Os parece poco?

¡Cuernos de Lucifer!... Miradme bien, señor Simón, miradme y decidme si tengo de viejo otra cosa que mi mucha experiencia. ¡Viejo un hombre de cuarenta y siete años!... ¡Ira de Satanás!... Por mi parte aseguro que aún puedo cautivar más de un corazón, y lo cautivaré si en otra cosa no he de ocuparme, pues no he renunciado á casarme por segunda vez con una dama noble y rica.

—Bébamos, señor Antolín, que hablar de la edad es hablar de la muerte, y esto es cosa triste.

Y como siempre, un par de botellas ponía término á las observaciones.

Simón estaba efectivamente triste y preocupado, no era feliz ni mucho menos, sino que sufría, porque era el único que conocía el secreto del fatal amor de David y sabía que éste vivía horriblemente atormentado.

No ignoramos que el gigante, sin que él supiese por qué, había llegado á querer al huérfano con una ternura paternal.

Aquel hombre rudo y valeroso, que se reía ante todos los peligros, temblaba y se sentía poseído de terror á la sola idea del más leve sufrimiento de David.

—Ya lo hemos visto: Simón fuerte y hasta orgulloso, con ese orgullo salvaje que ante nada cede, estaba dominado, subyugado por David, obedecía ciegamente la voluntad de aquel niño débil, pobre, desvalido, de aquel ser infeliz, mirado por todos con desdén, objeto de la burla de todos.

Esto consistía en que Simón, sin darse cuenta de ello, amaba, y la manifestación de su amor era su obediencia.

Tal era la sumisión del gigante, hasta tal punto estaba subyugado, que fué honrado apenas se lo exigió terminantemente David.

¿Y Jacobo y su esposa?

Debían haber sido dichosos; pero no lo eran, porque aún sufrían mucho.

¿Conseguiría Jacobo devolver la vista á su hija?

Tenía esperanza de conseguirlo; pero nada más.

La duda y los temores que eran consiguientes, atormentaban á los desdichados padres.

Otro motivo tenían de sufrimiento: ignoraban el amor de David; pero comprendían que éste no era dichoso.

No podían Jacobo ni su esposa mirar con indiferencia á quien tanto debían y tanto amaban.

Sin la generosa protección de David, Isabel habría perecido en la Inquisición, los crímenes del abate habrían quedado para siempre ocultos, y Jacobo de Tordesillas habría muerto desesperado y sin encontrar á su hija, cuya horrible suerte no era dudosa.

Todo, pues, absolutamente todo, se lo debían al pobre huérfano.

¿Podrían olvidar tan inmensos beneficios los nobles esposos?

¿Podrían vivir tranquilos ni ser felices, sospechando siquiera que David sufría?

No.

En cuanto á don Martín de Quiñones, nada tenemos que decir, porque nada sabemos.

Su aspecto era el de siempre: no mostraba tristeza ni alegría, y su calma era completa.

Hablaba poco de lo que á todos les interesaba tanto, pues se concretaba á decir que nada se hiciese, que era preciso tener paciencia y esperar los sucesos.

El rey lo colmaba de atenciones, le pedía consejos, y los seguía aunque fuesen contrarios á su voluntad.

Ignoramos si tantas pruebas de cariño y tantas distinciones, sorprendentes en un monarca como Felipe III, agradaban á don Martín.

Apenas éste indicó los deseos de David, el rey prometió nombrar al huérfano, no alférez como éste quería, sino

capitán, que era entonces un empleo de grandísima importancia, de tanta importancia, que daba derecho al tratamiento de *don*, como nobles de primera calidad.

¿Qué le importaba á David ser capitán ó alférez?

Buscaba un pretexto para alejarse, y nada más: lo que deseaba era un medio de morir cuanto antes, y si no sentó plaza de soldado, fué porque su determinación tenía que justificarla con el aparente anhelo de hacer fortuna.

Pero como esto era un secreto que nadie más que Simón conocía, Quiñones, en la creencia de que á David se le dispensaba un beneficio, agradeció al monarca su ofrecimiento.

El abate recibía también pruebas de la real protección, lo cual no infundía sospechas á nuestros amigos, porque creían que esto lo hacía el monarca para que el miserable criminal se diese por satisfecho y renunciara á vengarse.

—Juzgado imparcialmente—decía el rey—, se ve que todos habéis delinquido, pues si bien es verdad que os defendíais de la persecución de Florentín, no es menos cierto que en vez de reclamar en debida forma, habéis hecho uso de la fuerza y habéis dado muerte á diez ó doce alguaciles del Santo Tribunal, sin contar el sangriento lance que costó la vida á dos de los que rodeaban la misteriosa vivienda del señor Jacobo. Además debe reconocerse que el hidalgo Santoyo, con mengua de su ilustre nombre, tiene sobre su conciencia sobrados crímenes, sin que sean mejores los antecedentes del llamado Simón, ni deje de ser dudosa la legitimidad con que el descendiente de Gil Pérez disfrutó del tesoro que de derecho está confiscado y pertenece al fisco. Por consiguiente, si todos han pecado y tienen por qué callar, todos deben darse por satisfechos y considerarse afortunados con el perdón y el olvido. Entendedlo bien—añadía el monarca cuando esto hablaba con Quiñones—, olvido lo pasado; pero no perdonaré al que reincida, y si he de hablaros con franqueza, deseo que Florentín cometa otro abuso; porque así, antes que el Santo Oficio piense en castigarlo, yo lo impondré el más duro castigo.

La verdad es que este razonamiento

no tenía réplica, y don Martín hubo de convencerse de que el monarca obraba de buena fe.

¿Qué se exigía en último caso de nuestros amigos?

Bien poco para pechos nobles: que renunciasen al criminal placer de la venganza y se olvidaran del abate mientras éste no diera nuevos motivos de queja.

Una sola observación hizo Quiñones al rey.

—Si el abate—dijo—, aprovechándose de nuestro descuido, y valiéndose de falsas delaciones ó de otro medio cualquiera, hiciese que la Inquisición se apoderara de alguno de mis amigos ó de mí...

—Eso sería un abuso—le respondió el monarca—, sería lo mismo que engañarme: y si tal sucediera, yo os doy mi palabra real de que Florentín sería castigado, aunque me fuese preciso acabar con la Inquisición. Ofensas á mi persona, á mi autoridad... ¡Oh!... Eso no, caballero, eso no.

Esto era demasiado terminante; la dignidad real estaba de por medio y debía tenerse completa confianza.

Así se ponía en práctica el plan de Florentín; así se tendía el lazo á la nobleza del alma de Quiñones.

Cuando éste se despojase de lo que Claudio llamaba la invulnerable armadura, ¿qué sucedería?

¡Desdichado de don Martín y de sus protegidos!

Todos sucumbirían.

¿Y habían renunciado todos de buena voluntad á vengarse?

No.

Habían obedecido á Quiñones, dándole así una prueba de gratitud, pero contrariándose y mortificándose.

Toda la generosidad de los esposos y David no había sido bastante para que pudiesen ahogar su deseo de venganza.

Reconocían que este deseo era criminal; y sin embargo, cada vez lo sentían más ardiente.

¡Dejar sin castigo al abate, al cruel verdugo que había privado de la luz á la pobre niña, al miserable que por espacio de doce años había tenido separada del mundo á una criatura inocente para abusar luego de su candidez!...

No; Jacobo no podía perdonar al que

había hecho esto con su hija, y á más de esto, había intentado manchar la honra de la esposa tierna y virtuosa.

Y David, bastante generoso para perdonar á su implacable enemigo, no podía tampoco perdonar al verdugo de la mujer á quien tan profundamente amaba.

No, ni Jacobo de Tordesillas como padre, ni el huérfano como enamorado, se sentían con fuerza para perdonar.

Habían sido heridos en la fibra más delicada de su corazón, y el corazón luchaba contra la generosidad, luchaba teazadamente y no se daba por vencido.

Lo mismo el uno que el otro, cuando se le hablaba de perdón, exclamaban: —¡Ciega!

No decían más; pero era sobrado decir.

No decían más; pero sus rostros se contraían hasta desfigurarse, se tornaban lívidos y sus negros ojos relumbaban y parecían despedir centellas.

No era posible que don Martín comprendiese el inmenso sacrificio que aquellos dos hombres hacían conteniéndose y esperando; no podía comprender lo que sufrían cuando pensaban en que habían de renunciar á vengarse.

De Simón no hay que decir que también deseaba vengarse, puesto que lo habían herido en el corazón al hacer desgraciado á David, que era su afeción única.

Isabel no hubiera sabido decir si deseaba vengarse.

Sufría horriblemente porque su hija estaba ciega.

Esto era lo único que podía asegurar.

¡Pobre madre!

En cuanto al señor Antolín, ya sabemos que no tenía nada de generoso. Deseaba vengarse, no porque se sintiese herido en el corazón, sino porque sus instintos eran ruines, porque era cruel y gozaba con los sufrimientos del abate, así como miraba con indiferencia los de sus amigos.

Por eso le hemos oído decir que no se contentaba con la muerte del inquisidor, sino que deseaba verlo padecer mucho tiempo, porque así había de divertirse.

Y no mentía, ni exageraba.

Cuando tuvo el raro, el cruel capricho de exigir á Florentín que bailase,

gozó el hidalgo lo que no es concebible, viendo á su enemigo brincar desesperado y rugir como una fiera que, encerrada se revuelve rabiosa sin poder devorar al que cobardemente se complace en provocarla y mortificarla á través de los hierros de la jaula.

El rey tenía razón al decir, que por muy satisfecho debía darse Santoyo, debía tenerse por muy afortunado con que se olvidasen sus hazañas, pues le sobran crímenes para merecer el más duro castigo.

Tal vez hemos dado demasiada extensión á este capítulo; pero bien pensado, menester era que el lector comprendiese, no solo la situación de todos los personajes, sino el estado en que sus espíritus se encontraban.

Nos falta ocuparnos de la inocente hija de Jacobo, pero lo haremos en el siguiente capítulo porque la desgraciada niña merece particular atención.

CAPITULO XXI

DONDE SE HABLA DE LA HIJA DE JACOBO

Por lo que llevamos dicho, sabemos ya que la hija de Jacobo no se parecía á ninguna mujer, porque era una mezcla extraña de fiereza y de dulzura, y no podía compararse, ni puede comprenderse sus condiciones morales, sino diciendo que tenía mucho de un salvaje repentinamente colocado en medio de la sociedad y de la civilización.

Esto era consiguiente á la educación que había recibido, ó para hablar con más exactitud, á la falta de educación y á la absoluta ignorancia del mundo.

Isabel no sabía más que lo que Florentín había querido enseñarle, y éste no le había enseñado más que lo que le convenía.

Pasados los primeros momentos de trastorno y cuando, siquiera aparentemente, se recobró la calma, no se ocupó la pobre niña de otra cosa que de hacer preguntas, ya para hacerse cargo de lo que era el mundo, ya para comprender su verdadera situación.

No era posible que este conocimiento lo adquiriese en pocos días, ni mucho menos con la perfección que era de desear para que en su juicio encontrasen guía y un mo-

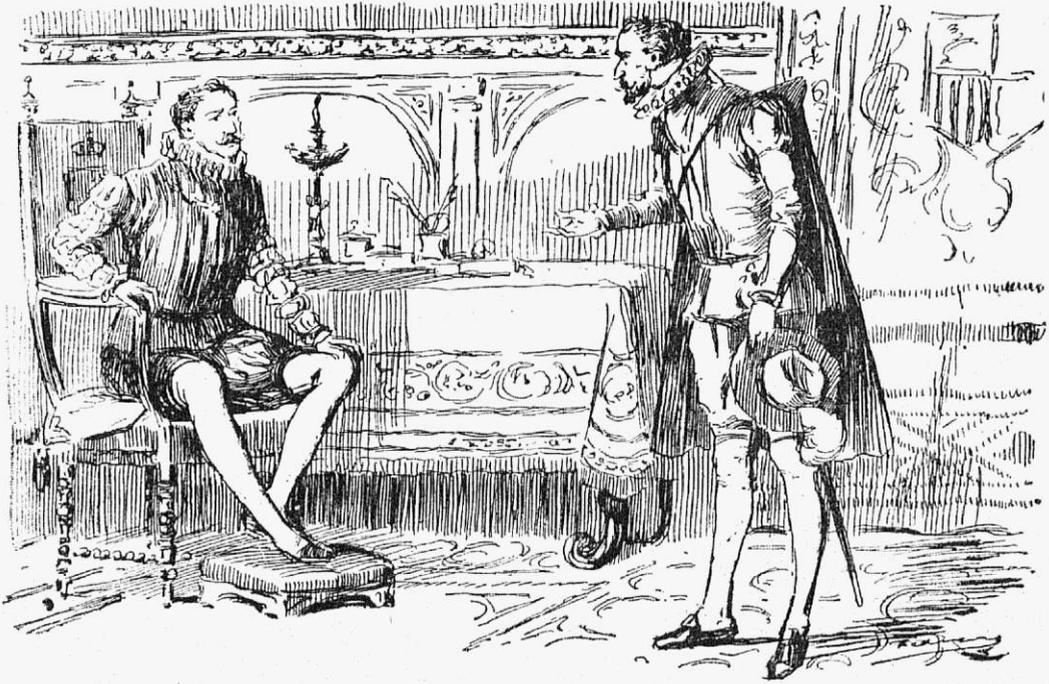
derador sus sentimientos, que casi siempre y ya en uno ó en otro sentido, iban hasta el último extremo, hasta la exageración.

No se le vió á Isabel entregarse al dolor que parecía consiguiente á su debilidad de niña, sino que, por el contrario, se dejaba llevar con frecuencia de sus fieros

Cuando Isabel pensaba en el hombre generoso á quien llamaba hermano y á quien tanto debía, todo era dulzura, todo amor.

¿Qué clase de amor era el de Isabel?

No podía ella hacer distinciones entre sus sentimientos, y lo único que podía



De todos los crímenes, absolutamente de todos. (Pág. 40.)

instintos y se desesperaba, vertiendo lágrimas, no de dolor, sino de ira.

¿Con qué derecho la habían tenido separada de la sociedad?

¿Con qué derecho la habían privado, quizá para siempre, de la luz del sol?

Y por último, ¿qué cosa era la generosidad que perdonaba aquellos abusos, y qué deber sujetaba para vengar la ofensa, para castigar el crimen?

Trabajo costó á sus padres convencer á la desdichada niña de que era preciso resignarse por entonces á sufrir y esperar, y de que en este mundo es forzoso muchas veces obedecer á las circunstancias contra nuestra voluntad y aun contra lo que nos parece justo y bueno.

Esto en cuanto á lo que había sufrido, en cuanto tenía relación con el abate; pero en cuanto á David, todo era completamente distinto.

decir era que una inclinación incontrarrestable y muy superior á su voluntad la arrastraba hacia el mancebo.

La voz de éste hacía palpar con violencia el corazón de la pobre niña, y más de una vez sus mejillas enrojecieron como si fuese á brotar la sangre.

No se ocultaba ella para decir que amaba á su hermano con tanta ternura por lo menos como á sus padres; pero á semejantes palabras no se les daba nunca su verdadero valor, porque se creían hijas de la sencillez consiguiente á la ignorancia de Isabel.

No debemos hacer misterios sobre este punto. La hija de Jacobo estaba privada de la luz del sol; sus ojos materiales no podían ver los objetos; pero con los del alma veía constantemente la imagen de David, imagen que para ella era magnifi-

camente hermosa, imagen que parecía estar grabada en su corazón.

Lo que por defecto ó inutilidad de los sentidos nos aparta de los objetos exteriores, lo gana siempre el pensamiento, y sobre todo la imaginación, y así le sucedió á Isabel. La infeliz no veía, su pensamiento no podía ocuparse de nada de lo que la rodeaba, y, por consiguiente, se ocupaba á todas horas de sus sentimientos.

Ocuparse de sus sentimientos era en ella tener fijo el pensamiento en David. En esta situación y con tales circunstancias, ¿cómo no había de amar?

Y su corazón, virgen de afecciones y de afecciones anheloso, cuando encontró una, cuando amó por primera vez lo hizo con toda la impetuosidad, con toda la fogosidad de sus fuerzas intactas, concentradas, con todo el ardor de sus sentimientos contenidos ó más bien violentados.

El amor de Isabel no puede compararse sino á la corriente que rompe los diques y se desborda, á la hoguera que mal ahogada, recibe al fin aire y levanta sus llamas hasta el cielo.

Nunca hubiera podido compararse con más exactitud el amor á un volcán.

¿Qué sería de aquel corazón ardiente si se intentaba apagar el fuego que en él ardía?

Esto era imposible; para extinguir aquella pasión, era preciso arrancar el corazón.

¡Pobre niña!

Cuando le hablaron de la resolución adoptada por David, sus mejillas palidieron cadavéricamente.

Por algunos instantes le fué imposible articular una sílaba; luego se contrajo su frente y apareció en su semblante aquella expresión de indomable fiereza, con que pocos días antes había rechazado las cariñosas demostraciones de Florentín.

—¡Se va!—murmuró con voz sorda y concentrada—, es incomprendible. ¿No me ha buscado con tanto afán y por espacio de tanto tiempo? ¿Pues cómo ahora cuando me encuentra quiere separarse de mí? Cuando yo era niña, David arrojó todos los peligros por no abandonarme. ¿Qué significa esto? Si no se me alcanza porque no conozco el mundo, ¿qué cosa es entonces este mundo? Explicádmelo, que

estas explicaciones son el mayor beneficio que podéis hacerme.

—David es pobre—le respondieron—, y tiene que atender á su porvenir. Le hemos ofrecido cuanto poseemos; pero su dignidad le impide aceptarlo.

Ni estas razones, ni otras muchas, convencieron á Isabel.

Para ella nada tenía que ver la dignidad con semejante determinación.

De cualquier modo que fuese, sufrió mucho, muchísimo, y desde aquel día, se la vió palidecer y entristecerse mucho más que antes.

En vano intentaba cerrar sus ojos al sueño, porque no lo conseguía sino cuando al sonreír la aurora se encontraba ya su cuerpo rendido, y fatigada su alma.

Cuando la dejaban sola, suspiraba triste y lánguidamente, y alguna vez el llanto corrió por sus mejillas, que empezaban á marchitarse.

Jacobo estudiaba y trabajaba á todas horas para llevar cuanto antes á cabo la difícil empresa de devolver la vista á su hija; pero Isabel no hacía otra cosa que ocuparse de la pobre niña, y por consiguiente la sorprendió en aquellos momentos de tristeza profunda. ¿Cuál era la causa de este cambio?

Esta pregunta se la hizo Isabel sin acertar á responderse.

Lo que menos sospechó fué que su hija estuviese enamorada.

Al fin un día le preguntó:

—¿Por qué sufres?

Por primera vez la cándida niña dejó de ser franca, y antes de responder, ruborizóse sin saber lo que sentía.

La madre tuvo que repetir su pregunta.

—Sí, sufro mucho—respondió la joven.

—¿Y por qué no confías á tu madre el motivo de tu sufrimiento?

—Estoy ciega—murmuró la niña después de vacilar algunos instantes.

La explicación no podía ser más satisfactoria.

Su desgracia era sobrado motivo para sufrir.

A esto se redujeron siempre todas las explicaciones, y convencida ó no la pobre madre, tuvo por entonces que renunciar á saber más de lo que ya había sabido.

Todo su afán y todas sus observaciones fueron completamente inútiles.

Consultó á su esposo y éste quedó pen-

sativo: tal vez su conocimiento del corazón humano le hizo adivinar algo más.

¿No había comprendido David que era amado?

Ni remotamente lo sospechaba.

Las demostraciones cariñosas de la hija de Jacobo tenían para el huérfano sencilla y natural explicación, y creía que efectivamente era amado: pero con una ternura puramente fraternal.

A más de esta creencia había otra razón para que David no desistiese de su propósito de alejarse: la joven debía heredar una gran fortuna y él era pobre, tan pobre que hubiera vivido en la más triste miseria sin la generosidad de sus amigos.

Con la delicadeza de sus sentimientos, temía que al manifestar su amor se sospechase que no lo movía más que el interés, y que si solicitaba la mano de la joven, era solamente por hacerse rico.

No, David era demasiado orgulloso para aceptar semejante situación, demasiado orgulloso para transigir con su propia dignidad.

Antes que dar lugar á tales sospechas era para él preferible la muerte.

La más negra fatalidad lo había perseguido desde que nació, creía que era vano intentar una lucha contra el destino, y antes que mortificarse en luchar inútilmente, le parecía preferible morir y acabar de una vez con sus sufrimientos.

Sin embargo, á tener seguridad de que era correspondido, el valor le hubiera faltado al huérfano para renunciar á la mujer á quien adoraba.

La situación, como se ve, no podía ser para todos más difícil.

¿Qué solución había?

Ninguna buena.

David continuaría guardando reserva sobre su pasión, y la joven tampoco había de manifestar lo que sentía.

Cuando menos se esperase, el rey cumpliría su promesa y entregaría á Quiñones el nombramiento de capitán para David.

Entonces ya sería imposible buscar remedio alguno: David partiría, encontraría la muerte, porque la buscaba, y la pobre niña, aunque hubiese curado, sucumbiría también en fuerza de su dolor y con el alma destrozada.

Se amaban, y cada uno de ellos ignoraba el amor del otro; ninguno de los dos estaba dispuesto á revelar su pasión, y se

separarían sin más esperanza que la horrible de morir.

No solamente ignoraba la joven que era amada, sino que no comprendía que el huérfano se separase de ella por ganar un puñado de oro.

Al lado de ella tenía David amor y tranquilidad, y separado no encontraría más que corazones indiferentes y la agitación violenta de la vida del soldado.

¿Por qué se iba?

Esto era incomprendible.

—No—decía Isabel, entrando en razonamientos con su corazón—, no, no me ama como yo lo amo, porque yo por nada del mundo lo abandonaré: yo, lejos de él, no quiero la existencia, y á su lado aceptaría sin vacilar la muerte. Sí, morir á su lado sería para mí un goce, una dicha, mientras que vivir lejos de él sería el más espantoso de todos los tormentos.

Aún no había partido David y ya Isabel se consideraba mucho más desgraciada que un mes antes cuando estaba en poder de Florentín.

Entonces, á pesar de su situación, tenía sus momentos de felicidad, pensando en su madre y en el ser á quien daba el nombre de ángel David.

Cuando éste se hubiera alejado, el recuerdo que antes era dulce y consolador, sería doloroso hasta la crueldad.

Y así sufriendo y así pensando la pobre niña estaba unas veces profundamente triste y otras se entregaba á los arrebatos de la desesperación.

No debe sorprendernos esto, porque ya hemos dicho que el carácter de la joven no era posible que se pareciese al de ninguna mujer.

No nos detenemos más sobre el estado de su corazón, porque lo dicho basta para que se comprendan los sucesos que hemos de referir, y ahora terminaremos haciendo una advertencia: Isabel tenía para todos amor y dulzura; pero cuando le hablaban del señor Antolín daba inequívocas muestras de profundo desagrado.

En vano le decían que el hidalgo era uno de sus amigos; en vano le aseguraban que nada tenía que temer de aquel hombre ella experimentaba un sentimiento inexplicable de repulsión contra el que nada podía su voluntad.

Ya sabemos que el instinto no la engañaba.

¿Estaba el señor Antolín destinado á representar algún papel horrible, en cuanto se relacionaba con la suerte de la joven?

Todo podía suceder, tratándose de un hombre como el hidalgo, y no nos sorprenderá que intente alguna de sus hazañas, pagando con su acostumbrada ingratitud á los que últimamente lo habían favorecido y probando una vez más, que la depravación de su alma había llegado asta el último punto.

No tardaremos en salir de dudas.

CAPITULO XXII

DE GÓMO ISABEL Y DAVID NO SE ENTIENDEN

Eran las diez de la mañana.

La joven se encontraba sola en uno de los lujosos aposentos de la casa de don Martín, porque éste no había permitido que la familia de Tordesillas se separase de él hasta que la situación estuviese completamente resuelta y se saliese de dudas sobre la difícil curación de la pobre niña.

Como siempre que se encontraba sola, habíase entregado Isabel á sus amorosos pensamientos, y permanecía inmóvil sentada junto á un balcón y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

De vez en cuando exhalaba tristes suspiros; pero no pronunciaba una palabra que pudiera hacer comprender lo que sentía.

Algunos rayos de sol iluminaban su hermosa cabeza y reflejaban en sus blondos y finísimos cabellos.

Su frente, pálida y ligeramente contraída, parecía no poder soportar el peso enorme de sus dolorosos pensamientos.

Nunca había estado tan bella, nunca tan interesante, porque á sus naturales encantos se unía ese atractivo de dolor, atractivo irresistible para los grandes y nobles.

Sin producir el más leve ruido, levántose el grueso tapiz que cubría una de las puertas, y apareció David.

Su rostro estaba también pálido y contraído.

Su mirada más que triste ó dolorosa, era sombría, profundamente sombría. En sus negros y magníficos ojos parecían verse las no menos negras tinieblas que envolvían su espíritu, y las tinieblas que

ennegrecían el horizonte de su porvenir.

No había más que mirarlo un instante para comprender que aquel espíritu se agitaba en medio de una borrasca espantosa, y que la calma de aquel hombre era sólo aparente, una calma violenta y verdaderamente terrible.

La mirada radiante de David se fijó con indescriptible afán en Isabel.

Por un instante se tiñeron de púrpura las mejillas del desdichado mancebo.

Luego sus ojos relumbraron como dos carbunclos y su corazón palpité como si fuera á romperse.

Ya fuese por efecto de la conmoción que acababa de experimentar ó porque quisiese contemplar á la mujer á quien adoraba, detúvose como si se hubiese petrificado, y colocando una mano en su pecho, procuró hasta contener la respiración.

Isabel, absorta como estaba, no se apercebía de la presencia del huérfano y continuó en la misma postura.

Transcurrieron algunos minutos; David hizo un gesto doloroso.

De los ojos de Isabel brotaron dos lágrimas abrasadoras, que silenciosa y lentamente rodaron por sus mejillas y se perdieron entre los pliegues de su ropaje.

—¡Llora!—dijo para sí el huérfano—.

¿Por qué ese llanto?... ¡Oh!... Y levantó los ojos, enviando al cielo una mirada, que podríamos calificar de impía, una mirada que era quizás una blasfemia, porque no expresaba el dolor, sino la desesperación, no era una súplica, sino más bien una duda.

Un mundo de distintas ideas se agolpó en pocos instantes en la mente de David, y bien pronto se sintió trastornado.

Lo que pensaba no puede expresarse, porque él mismo no lo sabía.

Siguió observando.

Isabel dejó escapar un suspiro, que parecía llevarse tras sí el alma.

Luego se movieron sus labios, articulando algunas palabras, que fué imposible entender.

Sin otra razón que lo que le decía su instinto, comprendió David que la joven no pensaba en sus padres, ni sufría en aquellos momentos por estar ciega; pero inmediatamente se preguntó cuál era la causa de aquel sufrimiento.

Aún pasaron algunos minutos más.

La agitación del huérfano se aumentaba.

Por fin le fué imposible contenerse y dió algunos pasos hacia la pobre niña.

Esta se estremeció y levantó la cabeza, procurando sonreír y diciendo:

—¡David!...

Lo había reconocido en los pasos.

—¡Isabel, hermana mía!—exclamó David con toda la ternura de su inmenso amor.

Y estrechó entre las suyas, convulsas y ardientes, las no menos temblorosas manos de la joven.

Hubiérase dicho que habían estado separados mucho tiempo, y sin embargo, aún no hacía tres horas que se habían visto, pues David apenas se levantaba iba á visitar á sus amigos.

No tenían los dos jóvenes ningún asunto de qué tratar, porque el huérfano evitaba, en cuanto le era posible ocuparse de la crítica situación en que todos se encontraban; pero á pesar de esto hablaban siempre, y cualquiera que fuese el objeto de la conversación, les parecía el más interesante.

Por primera vez había sorprendido David á la joven en aquel estado de abstracción dolorosa, y sin pensar en las consecuencias, quiso penetrar hasta el fondo del alma de la desdichada niña.

¿Había en el corazón de ésta algunos de esos pliegues que se ocultan á los ojos de todos y que es casi imposible levantar?

Aunque joven, David conocía bastante bien el corazón humano, y sobre el corazón de la mujer tenía opiniones que no dejaban de ser muy acertadas; sin embargo, por aquella vez era lo más probable que David se equivocara, porque para conseguir su objeto pensaba precisamente emplear medios contrarios á los que convenían al carácter especial de Isabel.

La escena que tuvo lugar es de esas que no pueden pintarse con exactitud, y por consiguiente no prometemos más que aproximarnos á la verdad para hacerla comprender.

La importancia de aquella conversación estaba, más que en las palabras, en los sentimientos, era más grave lo que se callaba que lo que se decía.

Ya sabemos que la ruda franqueza de Isabel había desaparecido desde que em-

pezó á darse cuenta de que amaba á David de distinto modo que á los demás, desde que se convenció de que aquel amor era á la vez un goce y un sufrimiento.

Para salir de dudas, creyó David que el mejor medio era rogar á Isabel que manifestase su opinión sobre la nueva vida que el mancebo pensaba seguir, pidiéndole consejos sobre el mismo punto.

Desentendióse, pues, de las observaciones que había hecho al entrar, y como si nada de particular hubiese visto y procurando dar á su acento toda la expresión de tranquilidad posible, dijo:

—Hermana mía, se acerca el momento de nuestra separación, porque don Martín me ha dicho que el rey no tardará muchos días en firmar el nombramiento del empleo que me concede.

Isabel no respondió una palabra; pero su palidez se hizo más densa.

No pasó esta circunstancia desapercibida para el huérfano; pero no era suficiente para juzgar, y continuó diciendo:

—Mi determinación la conoces y también las causas que me han impulsado á tomarla.

—Sí—respondió la joven con breve acento.

—Puesto que estás en antecedentes y puedes apreciar la situación, no te será difícil darme un consejo sobre este grave asunto.

—¡Un consejo!...

—Sí.

—¿Qué esperas de mi ignorancia? Si yo conociese el mundo, podría decirte si me parece ó no acertada tu determinación.

—No pido consejos á tu experiencia, sino á tu corazón, á tu instinto, porque el instinto de la mujer no se equivoca jamás.

—¡Mi corazón!...—murmuró Isabel con voz que empezaba á obscurecerse.

—¿No me has comprendido?

—Creo que sí.

—Entonces...

—Necesito saber una cosa.

—Pregunta.

—¿Te conviene ser soldado?

—Me conviene todo lo que me proporcione honradamente medios para vivir.

—¿Acaso ahora careces de esos medios?

—No; pero tengo que aceptarlos de la generosidad de mis amigos, y mientras el hombre tiene vida, mientras le es posible

trabajar, sólo en su trabajo debe buscar recursos. El que no lo hace así, se estima en muy poco, no conoce la dignidad y es un miserable. Además, todas las criaturas han nacido para ser útiles á sus semejantes, y ninguno tiene derecho á ser para la sociedad una carga, un miembro que de nada sirve. ¿Puedo dejar pasar los años como han pasado hasta aquí? Ya he cumplido mis deseos de encontrarte, mi deber de ayudar á que volvieses al lado de tus padres... Nada tengo que hacer aquí.

—¡Nada!—exclamó Isabel con acento cuyo significado hubiera sido imposible adivinar.

Y su frente, que se había despejado, volvió á obscurecerse más y más.

No palidecieron entonces sus mejillas, sino que se tiñeron de vivo carmín.

Las últimas palabras del huérfano hicieron brotar en la mente de la joven los más amargos pensamientos.

David había dicho que nada tenía que hacer allí.

¿Y los corazones que lo amaban?

¿No era hacer nada el satisfacer aquellos corazones?

Y esto lo había dicho con una tranquilidad completa, y que probaba que sin pena alguna se separaba de aquellos corazones.

Y estas ideas fueron verdaderamente desgarradoras para Isabel.

Su razón debió decirle que se equivocaba, pues no era posible que se separase de ella sin sufrir, el hombre que por ella lo había sacrificado todo, y que con una constancia inconcebible había sufrido por espacio de doce años sin que lo desalentasen sus sufrimientos.

Empero la razón no representaba en aquellos momentos ningún papel, porque todo lo hacía el corazón.

Pedirle razón á un enamorado, es pedirle que se olvide de su amor.

Isabel sintió mortificado su amor propio.

Acababa de ser herida en la fibra más delicada de su corazón.

Amaba con ternura sin igual, y no era correspondida del mismo modo.

Su pasión ardiente era pagada con el cariño frío de un hermano.

Lo que sintió, lo que sufrió, no puede hacerse comprender.

Ella también tenía dignidad, y su dig-

nidad le mandaba mostrarse indiferente ante el hombre que no le correspondía.

La joven estaba dotada del espíritu enérgico de su madre, aquel espíritu que había tenido fuerzas para resistirlo todo.

También había heredado la noble altivez de su padre.

Con estas condiciones era imposible que transigiera ante lo que ella creía ofensivo á su dignidad.

Y he ahí cómo la que no comprendía la dignidad cuando se trataba de la determinación tomada por el huérfano, colocóse en el terreno de la dignidad pura y aun exagerada, cuando se trató de su amoroso sentimiento.

varias veces hemos dicho que física y moralmente era la joven un fiel trasunto de su madre, y no hemos exagerado.

En pocos momentos cambió la expresión de su semblante, y si no hubiera estado ciega, habríase visto que su mirada se fijaba, no sólo con altivez, sino hasta con frío desdén en David.

Este leyó en el semblante lo que pasaba en el alma de Isabel.

Sintióse vivamente herido también el mancebo, y lo mismo que ella, creyó que debía colocarse en el terreno de la dignidad.

Desde aquel momento no había medio de que se entendiesen: ambos debían hacer todos los esfuerzos imaginarios y violentarse para ocultar lo que sentían.

La situación no podía ser más extraña: dos criaturas que se amaban con frenesí, que necesitaban expansiones para su corazón y anhelaban ser amados, hacían lo posible para fingir, para ocultar sus sentimientos, para engañarse.

Y es que ambos querían un imposible.

Isabel, como era natural, deseaba que David manifestase su pasión, porque sólo así daría una prueba de que la amaba.

El huérfano, por su parte, temeroso de que la joven le correspondiese por obedecer á un sentimiento de gratitud, quería ver en ella manifestaciones de ardiente amor sin necesidad de que él diese una palabra sobre este punto.

Queriendo cada cual que el otro se explicase primero, era imposible que llegaran á entenderse, imposible que vieran cumplidos sus deseos.

—Es verdad—dijo por fin Isabel, procurando dar á su voz toda la frialdad y



firmeza que le parecía conveniente—: preciso es que las criaturas cumplan su misión. Yo tampoco quisiera vivir á costa de nadie, tampoco quisiera que el mundo tuviera que echarme en cara beneficios que me hiciesen doblar la frente, que me humillasen. Parte, David, parte en pos de la fortuna y de eso que llamas gloria, y entretanto nosotros rogaremos á Dios por tu felicidad; parte y cuando algún día vuelvas rico y con los laureles que haya conquistado tu valor, busca la dicha en la tranquilidad y al lado de una mujer que te ame, y si para entonces yo no existo, paga los votos que yo hago ahora con oraciones sobre mi sepulcro.

—¡Isabel!

—Parte—añadió la pobre niña, exaltándose contra su voluntad, parte en busca de las riquezas, de la gloria y del amor. que del amor debes sentirte anheloso, y aquí no hay criaturas que puedan satisfacer más que las afecciones de familia.

—¡Isabel, Isabel!—exclamó David apretando los puños con desesperación

—¿Te ofenden mis palabras?

—¡En busca del amor!... En busca de la muerte, debieras decir... ¡Oh!... No, mi corazón no puede amar.

—El mío tampoco—replicó vivamente la joven.

—¡Que no puedes amar!...

—No.

—Joven, bella y rica...

—¿De qué me sirven las riquezas?

—¿No serás feliz cuando recobres la vista, y puedas contemplar la luz del sol durante el día, y el cielo puro, transparente y cuajado de estrellas durante la noche? ¿No serás feliz cuando puedas ver el noble rostro de tu padre, la mirada amorosa de tu madre? ¿No te considerarás dichosa, cuando puedas contemplar el magnífico espectáculo de la naturaleza? Entonces verás que hay hombres con ojos de fuego, hombres hermosos que llevan retratada en el semblante un alma noble y generosa, y algunos de esos hombres, aun contra tu voluntad, hará que palpites tu sensible corazón. Entonces, hermana mía, conocerás un nuevo sentimiento, sabrás lo que es el amor, y si eres correspondida, si te aman con el ardor que tú eres susceptible de amar... ¡Oh!... ¿Qué faltará á tu dicha?... Cuando esto suceda, que sucederá, no te acuerdes de mí, no

pidas á Dios que me haga dichoso, porque la dicha es imposible con mis recuerdos: no le pidas que proteja mi existencia, porque el reposo del sepulcro es para mí la verdadera felicidad. Todo lo más Isabel, concede una lágrima á mi memoria, pide la salvación de mi alma, y cuando hables de mí, haz justicia á mis sentimientos.

Isabel quiso replicar; pero la voz se ahogó en su garganta, como si ésta hubiera sido oprimida por una mano de hierro.

David tuvo también que interrumpirse. Volvieron á guardar silencio.

Bien pudiera decirse que conversación de enamorados es conversación de locos.

Nada más incongruente que lo que ambos expresaban, nada más contrario que lo que se empeñaban en probar.

Si cualquiera de los dos hubiera sido dueño de su razón, habría comprendido que las palabras del otro querían decir:

—Te amó; pero como no tengo esperanzas de ser correspondido, me considero la más desdichada criatura y deseo la muerte para descansar.

Sí, lo mismo el huérfano que Isabel, esto es lo que querían decir.

Se contradecían, porque se empeñaban en mentir, divagaban y aparecían incongruentes en sus ideas, porque se violentaban.

Lo mismo ella que él se habían propuesto salir de dudas en cuanto á los sentimientos que los animaban; y sin embargo, lo que menos hacían era averiguarlo. No podía suceder otra cosa.

Ambos sufrían horriblemente, y su dolor buscaba el desahogo con frases amargas y que no dejaban duda de que eran hijas de la desesperación.

Largo rato permanecieron silenciosos.

Isabel tuvo que esforzarse mucho para que á sus ojos no asomase el llanto.

—Tú—dijo—no puedes ser dichoso porque lo estorban tus recuerdos... ¿Y tú mío?... No puedes amar, porque tu corazón ha sufrido mucho, está llagado.. También el mío está destrozado, y cuando recobre la vista, todo lo miraré con indiferencia y no habrá ningún hombre que haga palpar mi corazón.

—Intentas engañarte: ahora no amas, ya lo veo; pero...

—Tú tampoco amas ahora; pero...

—¡Isabel!...

—Entre el bullicio y el estruendo de la guerra podrás olvidar, siquiera por algunas horas, tus negros recuerdos, y ¿quién sabe si se cicatrizarán las heridas de tu corazón?... Yo te hago la misma súplica que tú me has hecho: no ruegues á Dios por mí dicha, que es imposible; no te ruegues que prolongue mi existencia, porque acostumbrada al profundo silencio, á la obscuridad y la quietud del encierro donde he pasado casi toda mi vida, la quietud y el silencio del sepulcro son también para mí la verdadera y la única felicidad: concede, sí, una lágrima á mi memoria, pon sobre mi tumba una flor y pide al Omnipotente la salvación de mi alma...

—¡ Oh !...

—Hermano mío, nos entristecemos, nos mortificamos...

—¡ Isabel !

—¡ David !

Sin darse cuenta de lo que hacían, cogiéronse las manos, se las estrecharon fuertemente, acercáronse el uno al otro y percibieron los violentos y desiguales latidos de sus corazones.

Dos lágrimas brotaron al fin de los ojos de la pobre niña.

Los ojos de David se humedecieron también.

La situación parecía cambiar.

Una palabra más pronunciada por cualquiera de ellos, hubiera sido bastante para que se entendiesen.

¿La pronunciarían?

Al huérfano, que estaba completamente trastornado, le faltó muy poco para decir lo que sentía.

Empero aún consiguió dominarse, y con acento de ternura, dijo:

—¿Por qué lloras? ¿Deseas algo que pueda hacerte feliz? ¿No está satisfecho tu corazón?... Deposita en el mío tus secretos, deposítalos, porque mi corazón es el de un hermano, de cuyo cariño tienes ya sobradas pruebas.

La palabra hermano recordó á la joven que no debía olvidarse de lo que ella llamaba su dignidad; la palabra hermano acabó de disipar todas sus dudas, convencéndola de que era puramente fraterno el cariño de David.

No, no se entenderían.

Si la conversación había tomado un giro

favorable para ambos, volvería á cambiar y sería inútil todo cuanto se habían mortificado.

—Nada deseo—replicó Isabel, separándose bruscamente de David y limpiando sus ojos.

—Ese llanto...

—Hay momentos en que me agobia la tristeza, y sufro mucho.

—¿Pero la causa de esa tristeza?...

—Me falta la luz, que es la alegría; la luz, sin la cual no concibo la existencia; me falta la luz del sol, y mi alma parece que está envuelta entre las tinieblas que rodean mis ojos. Esta es la causa de mi tristeza y de mis sufrimientos. ¿Puede haber alegría sin luz? Cierra los ojos y respóndeme. Cuando me acaricia mi madre, debe mirarme con toda la ternura de su amor, y yo no puedo gozar con su mirada, no puedo pagarle con otras...

—No pierdas la esperanza...

—No la pierdo; pero mientras llega el día...

—¿Nada más anhela tu corazón?

—Nada más—respondió Isabel haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—¿Te considerarás completamente feliz cuando veas la luz del sol?

—Sí.

—Hace pocos minutos no decías lo mismo.

—El que sufre tiene momentos de trastorno en que no sabe lo que dice.

David, pálido como un cadáver, se puso en pie.

Isabel no intentó detenerlo.

Los dos se sentían heridos en la fibra más delicada de su corazón, y no cruzaron más que unas cuantas frases casi ceremoniosas.

El huérfano salió de la habitación con pasos vacilantes.

Su cabeza ardía.

Sus sienas latían con tanta violencia, que no parecía sino que las arterias iban á romperse.

Su cerebro estaba próximo á estallar.

Un zumbido sordo resonaba en el interior de su cabeza.

Su corazón no palpitaba; revolviase en el pecho como se revuelve un convulso.

Sin ver á sus demás amigos, salió de la casa.

Encaminóse hacia la cuesta de la Vega para salir al campo y entregarse libremente á los transportes de su desesperación.

Necesitaba estar solo.

Aspiró con avidez el aire libre, porque su pecho oprimido se abrasaba también.

Había momentos en que se la veía exaltada, mientras que otros languidecía como si se hubiesen agotado sus fuerzas, y derramaba abundante llanto.

¿Dónde encontraría el consuelo?

En ninguna parte.



El abate quiso huir, pero le fué imposible. (Pág. 55.)

Sus negros ojos relumbraban como carbunclos.

Bastaba mirarlo para comprender su desesperación.

No entró en razonamientos sobre lo que acababa de suceder; no hizo verdaderas reflexiones sobre su triste situación.

¿Cómo había de hacer lo uno ni lo otro en el estado de agitación y trastorno en que se encontraba?

Maldijo su destino, acusó á todo el mundo y él mismo se acusó también.

—¿De qué?

De nada.

David estaba loco en aquellos momentos, verdaderamente loco, y de un hombre que ha perdido la razón, no puede esperarse nada que razonable sea.

Entre tanto Isabel, sin temor de que nadie la observase, hacía poco más ó menos lo mismo.

Unas veces se dejaba llevar de la desesperación, y otras del dolor.

¿A quién confiaría el secreto de su espantosa desdicha?

A nadie.

Ni aun el desahogo de hablar le era permitido.

Tenía que sufrir, devorar silenciosamente sus amarguras, y esperar á que terminase su triste existencia.

Si ella hubiera podido hacer lo que David, alejándose de todos, se habría considerado casi dichosa.

Pero esto era imposible para ella.

Y su situación la obligaba, no solamente á callar, sino á sonreír, á decir que era dichosa y que nada tenía que desear su corazón.

Las criaturas que podían haber sido tan dichosas, eran las más desgraciadas del mundo; las que tanto podían haber gozado, sufrían lo que es inconcebible.

¡Y no había para ellos esperanza!

Ya puede considerarse decidida la suerte de ambos jóvenes.

David no vacilaría y partiría en cuanto le diesen el empleo prometido.

Isabel no haría nuevas preguntas sobre la determinación de David, ni mucho menos intentaría hacerle desistir de su propósito.

Tal era la situación, bien horrible por cierto, y aún más crítica debía ser, porque se preparaban nuevos acontecimientos que debían poner en mayor apuro que nunca á nuestros desdichados amigos.

Continuemos, volviendo á presentar á un personaje olvidado tal vez por el lector á pesar de que en esta historia representa un papel que no deja de tener importancia.

CAPITULO XXIII

UN ANTIGUO CONOCIDO

Tres días después de la escena que hemos referido, un pesado carruaje, en cuya zaga iban dos lacayos ricamente vestidos, bajó por la tortuosa cuesta de la Vega y atravesó el Campo del Moro.

Tras del coche, y como escolta, iban cuatro pajes vestidos de terciopelo rojo, y casi cubiertos de galones de oro. Montaban sendos y magníficos caballos, que decían claramente pertenecer á un poderosísimo caballero.

La fértil ribera del Manzanares era en aquel tiempo el sitio donde se acostumbraba á pasear, y en los días de invierno, poco después de la una de la tarde, reuníanse allí lo más escogido de la sociedad cortesana.

Los coches eran pocos, porque muy pocos había entonces en Madrid, y pocas eran también las fortunas que podían costearlos.

Veíanse bastantes sillas de manos, donde iban muchas damas, y en cuanto á los caballeros, casi todos se presentaban á pie ó á caballo, siendo rarísimo que alguno fuese en carruaje.

Según las riquezas ó la vanidad de cada cual, así llevaban mayor ó menor número de pajes y escuderos, y así también iban éstos más ó menos ricamente vestidos.

El pesado coche de que hemos hecho mención, iba ocupado por tres mujeres.

Una era la bellísima esposa de don Martín de Quiñones; la otra era Isabel, y no hay que decir que la hija de ésta era la

restante, y que iba sentada al vidrio según le correspondía.

El coche, arrastrado lentamente por dos poderosas mulas negras, siguió en dirección opuesta al curso del Manzanares.

El día era magnífico; no se percibía el más leve soplo de viento y el sol brillaba esplendorosamente en un horizonte purísimo.

En la pradera del Manzanares había, por consiguiente, más concurrencia que de costumbre.

Hacia la Cuesta de la Vega, es decir, camino opuesto al que llevaba el carruaje, galopaban seis briosos corceles, dos delante y cuatro detrás, montados los primeros por dos hombres que debían pertenecer á la primera nobleza, y los otros por cuatro pajes.

No tenemos, pues, que ocuparnos más que de los dos caballeros.

Uno era un joven que podría tener treinta años, y el otro no pasaría de los treinta y seis.

¿Te has olvidado, lector, del vizconde que con sus amigos intentó apoderarse de Isabel, cuando ésta se encontraba protegida por Simón?

Si no te has olvidado podemos excusar la pintura del caballero.

El vizconde, á pesar de los años que habían transcurrido, era el mismo de siempre, atrevido, calavera y vicioso.

No se había casado, y el por qué permanecía soltero nada nos importa.

Ya sabemos que se había enamorado de Isabel, y enamorado tanto más locamente, cuanto mayores fueron los obstáculos que se le presentaron, y más obscuro el misterio en que se envolvía la desdichada madre.

No era aquello un verdadero amor, y por consiguiente, con el tiempo debía extinguirse, ó por lo menos entibiarse mucho.

Cerca de un año pasó el vizconde pensando con demasiada frecuencia en el objeto de su pasión, que podríamos calificar de extraña; pero su agitada vida le proporcionaba muchos medios de distracción, y al fin, si no olvidarse, acabó por sentirse completamente tranquilo.

Más que otra cosa, era su vanidad la que se había interesado en aquella intriga, y su vanidad encontró sobradas ocasiones de verse satisfecha.

Muchas veces había recordado la singular aventura al hablar con sus amigos, y siempre la conversación había sido muy divertida para todos ellos.

No hay que decir que el vizconde, sino verdadero amigo, estaba en buenas relaciones con don Martín y su esposa, puesto que personas de su calidad debían conocerse y tratarse.

Llegaron los caballeros á cruzarse con el coche, y suponiendo quién ocupaba éste, refrenaron los caballos y miraron á través de las ventanillas para saludar á la noble y opulenta dama.

Empero la mirada penetrante y escudriñadora del vizconde, descubrió lo que no esperaba ver, lo que en aquellos momentos estaba más lejos de su imaginación.

Al lado de doña Inés se encontraba la hechicera rubia de negros ojos, la misteriosa fugitiva que doce años antes estaba escondida en el sospechoso nido de la beata, que doce años antes fué protegida por dos hidalgos no menos misteriosos, y que había desaparecido como desaparece el humo, sin que la justicia ni los sabuesos de la Inquisición pudiesen averiguar su paradero.

Puede comprenderse el efecto que en el vizconde produciría el descubrimiento que acababa de hacer.

Habían transcurrido doce años; pero Isabel era demasiado joven aún para que su rostro hubiese sufrido alteraciones que hiciesen imposible reconocerla, mucho más cuando se trataba de una persona á quien con tanto afán había buscado, á quien con tan profunda atención había contemplado.

No pudo el vizconde contener una exclamación de sorpresa; estremeciósese violentamente, y al estremecerse refrenó más su cabalgadura, que se detuvo, quedando inmóvil.

Los ojos del vizconde se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas, y su rostro palideció y se contrajo.

Su amigo se detuvo también sorprendido, porque no sabía lo que aquello significaba; el carruaje siguió.

—¿Qué te sucede?—preguntó el más joven después de algunos momentos.—No parece sino que los ardientes ojos de doña Inés te hayan encantado... No me respondes... ¡Vive el cielo! ¿Estás enamorado de doña Inés?... Pues ten cuidado, que

ya sabes quién es y lo que vale don Martín de Quiñones, y no ignoras tampoco que ella adora á su marido, y que su amor es de esos, por cierto bien raros, que han resistido las duras pruebas del tiempo y del matrimonio.

—¡Ella!—murmuró el vizconde con voz serda.

—Sí, ella es... ¿Qué te sorprende?... ¿Acaso no has conocido el coche?

—¡Ella!—volvió á exclamar el vizconde.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—¡Oh!...

—¿Te has vuelto loco?

El vizconde apartó la mirada del carruaje, se volvió á su amigo y le preguntó vivamente:

—¿Quién es?

—¿No la has visto?

—¿Quién es, quién es?

—Doña Inés de Guevara...

—No, Luis, no es ella...

El llamado Luis se encogió de hombros.

—Te pregunto—añadió el vizconde con alterada voz—, te pregunto por la que va al lado de doña Inés...

—¡Ah!...

—Y también por la otra...

—Ya entiendo.

—¿Las conoces?

—Sí.

—¿Que las conoces!...

—¿Qué, te sorprende?

—Esa mujer misteriosa...

—Sí, bien puedes llamar misteriosa á esa mujer.

—Sin embargo, tú...

—Digo que las conozco; pero no soy su amigo, ni siquiera las he saludado una sola vez.

—Es menester que hablemos despacio... Vamos donde nadie nos interrumpa.

Y al decir esto el vizconde, clavó las espuelas en los ijares de su corcel.

La cabalgata partió como una centella.

Cinco minutos después habían atravesado el puente de Segovia y se detenían junto á las espesuras que rodean la Casa de Campo.

Una vez allí, descabalaron.

Luis de Vargas, que tal era el nombre del amigo del vizconde, estaba poco menos que aturdido. Sentáronse entre los árboles, y allí sin temor de que nadie los

interrumpiese, reanudaron la conversación.

—Si ya te has sosegado—dijo Vargas con acento burlón—, explícate para que yo pueda explicarme.

—Con doña Inés iban otras dos mujeres...

—Sí, otras dos con cabellos rubios como el oro y ojos negros como el azabache, que es cosa rara, pero muy bella.

—La una es más joven, es casi una niña, y es el retrato de la otra.

—Lo cual no es extraño, puesto que son una madre y una hija.

—¡ Su hija !...

—¿ Te sorprende que una mujer de treinta ó treinta y dos años, tenga una hija de diez y seis ?

—No ; pero...

—Acabemos, mi querido vizconde, porque según voy viendo, tienes trastornada la razón.

—Creo que sí, ¡ vive el cielo !, y para trastornar es lo que sucede.

—¿ Acabarás por explicarte ?

—Con pocas palabras me comprenderás.

—Sepamos.

—¿ No nos has oído hablar de una aventura sin ejemplo, que hace doce años nos puso en peligro de morir á todos por apoderarnos de una mujer á quien no conocíamos ?

—¡ Ah !...

—¿ Recuerdas bien ?

—Perfectamente.

—Pues bien, la mujer perseguida por nosotros, la rubia encantadora que tanta sangre costó, es esa.

—¡ Vizconde !...

—Sí, esa es...

—Imposible...

—Te lo juro.

—Sin duda un parecido fatal...

—Sí, es ella, ¡ oh ! es ella, no me equivoco.

—¿ Estás seguro de lo que dices ?

—Segurísimo, y además es fácil probarlo, porque lo mismo que yo, la reconocerían los demás que aquella noche quedaron vivos.

Vargas reflexionó.

—Tal vez no te equivoques—dijo después de algunos momentos.

—Puesto que lo sabes, dime quién es.

—Repetiré lo que se dice, sin que me sea

posible responder de que es verdad lo que aseguran los habladores.

—Todo quiero saberlo, que la verdad la averiguaré bien pronto.

—Esa mujer es casada y su marido tuvo que huir hace muchos años porque lo perseguía la Inquisición.

—Todo eso debe ser verdad.

—Ella, también perseguida, se vió obligada á ocultarse y sin duda entonces fué cuando vosotros disteis con ella.

—Sí, sí.

—Según parece, don Martín de Quiñones tomó á esa familia bajo su protección, y ha conseguido que queden en libertad y que el esposo se reúna con la esposa, y los padres con la hija.

—¿ Pero quién es su marido ?

—Simple y sencillamente un hidalgo de buena cuna ; pero tan pobre en otro tiempo, que vivía con el producto de su trabajo. Era muy conocido y tenía gran reputación como médico... No sé más.

—Su nombre.

—Jacobo de Tordesillas.

—¡ Ah !...

—¿ Sabes ya quién es ?

—¡ Esa mujer es la esposa de Jacobo de Tordesillas, del pobre, del hambriento hidalgo, que fué acusado de nigromántico y hechicero !...

—La misma.

—¿ Una mujer de esa clase es amiga de doña Inés de Guevara, y va con ella en el coche, y viste ricamente !... Imposible, Luis, eso es imposible.

—Pues es posible, puesto que es verdad.

—Pero por grande que sea la protección de don Martín...

—Se habla de un tesoro perdido y encontrado, y que pertenecía al señor Jacobo, sin que sobre este punto se den explicaciones satisfactorias. Como ves, todo ello parece un cuento para entretener chiquillos, y lo único que hay de verdad, es que la hermosa rubia pertenece al señor Jacobo de Tordesillas, y que la otra más joven es hija de ellos ; de todo lo cual se deduce, que si no te decides á quitar del mundo un marido, debes olvidarte de esa mujer ; aunque bien pensado, tienes un medio de satisfacer tu capricho sin necesidad de ponerte en competencia con el señor Jacobo.

—¿ Qué medio es ese ?

—Mi querido vizconde, desde que en-

contramos á esas damas, has perdido el entendimiento. ¿Qué se ha hecho de tu ingenio sutil y de tu travesura?

—Lo confieso: estoy aturdido, y en estos momentos reconozco que no sirvo para nada.

—¿Tan enamorado estás de esa mujer?

—No es precisamente el amor, sino la sorpresa...

—Voy á darte un consejo.

—Te escucho.

Luis se retorció el bigote, sonrió maliciosamente, y como el hombre que está satisfecho de sí mismo, repuso:

—La hija es el fiel retrato de la madre.

—Sí.

—Tiene diez y seis años, mientras que la otra no contará menos de treinta y dos.

—No creo que te equivoques.

—La hija guarda en su pecho un corazón virgen y tiene además todos los atractivos y todos los encantos de la juventud. La madre es una rosa, y la hija es un pimpollo que para abrir sus pétalos espera las caricias del céfiro blando, y los consoladores besos del rocío.

—¡Oh!—murmuró el vizconde, en cuyos ojos brilló un relámpago de lúbrico fuego, encendido por las incitantes palabras de Luis.

Este añadió:

—¿Por qué te ocupas de la madre, que tantos obstáculos y peligros ofrece, y no piensas en la hija? ¿Por qué te afanas para conquistar su corazón que es de otro, en vez de pensar en un corazón que no tiene dueño? Tu nombre y tus riquezas te abren ancho camino, y es imposible que esa niña inocente y de modesta cuna se muestre esquiva con un hombre como tú.

Las indicaciones de Vargas fueron como un rayo de luz para el vizconde, que ya empezaba á recobrar la calma y á ser lo que siempre había sido.

No era posible que el orgulloso caballero imaginara siquiera interesar el corazón de Isabel para hacerla su esposa: no, esto no era posible, puesto que Jacobo de Tordesillas no era más que un simple hidalgo, y por más que fuese muy rico, su nacimiento era un obstáculo para que su hija se uniese á un hombre, que pertenecía á la nobleza.

Empero no siempre que se enamora á una mujer es para casarse con ella.

Esto pensó el vizconde, y á poco que

reflexionó, encontró inmejorable el plan de su amigo.

—Ya no estoy turbado—dijo después de algunos minutos—, y podemos entendernos perfectamente.

—Me alegro.

—De todos modos, tendré que concluir por habérmelas con el hidalgo Tordesillas, pues debes suponer que no pienso dar á su hija mi nombre.

—Tal supongo.

—Sin embargo, me parece muy bien lo que me propones. Desapareció la madre; han transcurrido doce años ó poco menos; aparece ahora, y aunque no es vieja, ha perdido ya la frescura de la primera juventud, y con los años y los sufrimientos, debe haberse enfriado el fuego de sus pasiones. Entretanto, la hija ha crecido; su belleza es igual á la de la madre; tiene el corazón virgen, y debe arder en su pecho una hoguera... Me decido por la hija, y en la hija vengaré la burla de la madre, y me haré la ilusión de que el tiempo no ha pasado, de que aquella noche de borrasca y sangre fué la de ayer y que no he tenido necesidad de esperar más que algunas horas.

—Ahora te reconozco, mi buen amigo.

—Sígue, pues, dándome noticias.

—Debo advertirte que cuanto te digo lo sé por uno de mis criados, truhán de tomo y lomo, que es muy amigo de uno de los escuderos de don Martín, y en las conversaciones que han tenido, murmurando de sus señores, han salido á relucir estas extrañas historias. Tantas cosas me ha dicho el bribón de mi criado, que ha concluído por aturdirme, y si he de declararte la verdad, confesaré que casi no entiendo una palabra de esos enredos singulares.

—No importa: dime cuanto sepas, repite cuanto te han dicho, que el poner en claro la verdad corre de mi cuenta.

—Si me hubieran referido desde el principio la historia, por extraña que fuese, yo la habría comprendido; pero no es así, sino que me han hablado de muchos sucesos, antiguos los unos, modernos los otros y sin que sea fácil enlazarlos.

—Comienza.

—Ya sabes que no hace muchos días se promovieron grandes escándalos sobre ciertas prisiones que quiso hacer el Santo Oficio.

—Sí; murieron no sé cuántos alguaciles,

y se aseguró que don Martín de Quiñones había representado el principal papel.

—No mentían.

—¿Se trataba de Jacobo de Tordesillas?

—Se trataba de amigos suyos, y uno de ellos misterioso hasta el punto de que nadie sabe dar razón de quién sea, si noble ó plebeyo, si pobre ó rico, pues los que más saben sólo dicen que se llama David. Quiñones lo distingue con su amistad, con una amistad tan íntima, como pudiera tener con el primer personaje del reino.

—Todos esos misterios me agradan, porque hacen más interesante la aventura.

—Quisieron prender á ese David y se opusieron Quiñones y otro hidalgo, que se llama Leandro del Castillejo.

—No sé quién es.

—Salieron á relucir las espadas, hubo pistoletazos, acudieron los criados de don Martín, y los pobres alguaciles sucumbieron, muriendo los unos y huyendo los otros.

—Mentira parece que á tanto se atrevan con la Inquisición.

—Don Martín se atreve á todo, ya lo sabes.

—Prosigue.

—Aquel mismo día tuvo lugar otro lance sangriento en las afueras de la villa, el lance que costó la vida á nueve ó diez alguaciles de los muchos que luchaban contra dos hombres.

—¡Vive el cielo!...

—Los dos hombres en cuestión se encuentran, á lo que se dice, en las cárceles secretas del Santo Oficio; pero según mi escudero, no es esta la verdad, sino que los dos perseguidos son dos amigos del señor Jacobo, uno de ellos de obscura clase y llamado Simón, y otro ¡admirate! el señor Antolín de Santoyo.

—¡Luis!—exclamó el vizconde con acento de sorpresa.

—Como lo estás oyendo.

—¡El señor Antolín!...

—El mismo.

—Eso es imposible.

—No será verdad; pero es muy cierto que Santoyo frecuenta la casa de don Martín, y que éste lo recibe con muestras de atención cariñosa. Yo los he visto encontrarse en la calle, apretarse las manos y hablar como dos amigos íntimos.

—Entonces, ese desalmado de Santoyo

debe estar en el secreto, debe conocer la verdad con toda exactitud.

—Creo que sí.

—No necesito más, porque para hacerle hablar al señor Antolín me sobran medios.

—Pues acude á él y saldrás de dudas.

—Una cosa nada más quiero que ahora me digas.

—¿Qué?

—¿Dónde vive el señor Jacobo de Tordesillas?

—En la misma casa de don Martín, y hoy por hoy las dos familias no forman más que una.

—Gracias, mi querido Luis—dijo el vizconde poniéndose en pie.

—¿Ya nos vamos?

—Sí, voy á buscar á esas damas y á ver cómo la hija del señor Jacobo recibe los primeros amorosos flechazos que con mi ardiente mirada pienso enviarla.

Vargas, que parecía gozarse en sorprender á su amigo, lo detuvo, diciéndole:

—Espera un momento, que aún te falta saber lo más importante.

—Vuelvo á escucharte.

—Pocos días antes de reunirse á sus padres, la hija del señor Jacobo quedó ciega.

—¡Ciega!

—Sí.

—¡Por Satanás!...

—El padre dice que la curará; pero aunque lo consiga, hoy ciega la tienes, y no es con los ojos, sino con palabras como puedes interesar su corazón. No te desanimes por esto, querido vizconde, que el amor de una ciega tiene también sus atractivos y sus ventajas. Si no puede verte, puede escucharte, y por consiguiente, no serán perdidos los amorosos cantares que entones bajo sus ventanas, en medio de las tinieblas y del silencio de la noche. Se dice que don Martín abrirá otra vez las puertas de su casa, volviendo á tener brillantes saraos...

—Comprendo.

—¿Necesitas más?

El vizconde no respondió

La noticia de que Isabel estaba ciega le había producido un efecto inexplicable.

Pasaron algunos minutos, y volviendo á recobrar la sangre fría, dijo:

—Vamos.

—Cabalgaron nuevamente y partieron en dirección á la pradera.

El vizconde parecía preocupado, y la



causa de su preocupación no era otra sino los temores que abrigaba de que don Martín tuviese noticias de quiénes fueron los que la inolvidable noche habían perseguido á la esposa de Jacobo.

Volvieron á encontrar el carruaje.

Cruzáronse atentos saludos; pero el galanteador no creyó conveniente dar un solo paso más hasta que conferenciase con el señor Antolín.

CAPITULO XXIV

EL ALMUERZO Y LA CONVERSACIÓN

A las ocho de la mañana del siguiente día, maese Lucas llamó á la puerta del cuarto del señor Antolín de Santoyo.

Este se encontraba todavía en la cama, aunque ya se había despertado.

—¿Quién es?—preguntó.

—Soy yo, señor caballero—dijo el huésped.

—¿Y qué os ocurre?

—Daros una carta que han traído con encargo de que se os entregue inmediatamente.

—¿De parte de quién?—replicó el señor Antolín, empezando á estirar los brazos para sacudir la pereza.

—De parte del muy noble señor vizconde de la Fuente.

—¡Ah!—exclamó el hidalgo, abriendo la boca cuanto pudo.

Y como desde los últimos sucesos adoptaba la precaución de echar la llave, levantóse y abrió la puerta, tomando la carta y leyéndola:

El vizconde rogaba á su amigo que á las nueve de la mañana estuviese en la taberna de Manuela, donde tendrían el placer de almorzar y de hablar de asuntos interesantes.

—¡Un almuerzo!... ¿Y qué querrá ese mozo?... Desde que creen que soy rico, solicitan mi amistad y me convidan sin dar lugar á que yo me convide, como en otro tiempo me he visto muchas veces obligado á hacer.

Después de decir esto, el hidalgo empezó á vestirse mientras gritaba:

—Maese Lucas... ¿Dónde diablos os habéis metido?... ¡Por los hígados de Lucifer!... Maese Lucas ó maese Satanás...

El hostelero acudió presurosamente,

porque sabía que era muy peligroso hacer esperar al señor Antolín.

—Aquí me tenéis—dijo.

—No me deis de almorzar, porque he de hacerlo con mi noble amigo el vizconde de la Fuente.

—Está bien, señor.

—¿Qué hora es?

—Las ocho acaban de dar.

—Falta una hora y lo que después nos detengamos... Mi querido maese, creo muy del caso que me deis una tortilla para preparar el estómago y tener fuerzas para llegar hasta el Campillo, porque allí es donde hemos de almorzar.

—Al momento quedará servida vuestra merced.

—Haced la tortilla mientras me visto: no la quiero grande, y por consiguiente, basta con que la pongáis cuatro pares de huevos.

—Muy bien.

—¡Ah!... No estará demás que con los huevos mezcléis un picado de magras...

—Entendido.

—Corred, maese Lucas, que el estómago me atormenta sin piedad.

Salió el hostelero.

El hidalgo empezó á vestirse.

Había comprado ropa nueva, porque la anterior no había quedado servible después de la batalla sostenida en la casa misteriosa.

Los colores azul y amarillo dominaban en el nuevo traje: de este último eran las calzas, y del otro los gregüescos.

El jubón era también amarillo, acuchillado de azul, y de este color la capa, con forro amarillo.

Nada más extraño que la flaca figura del señor Antolín con semejante ropa.

Sin embargo, él creía que era de un gusto exquisito y que le sentaba á las mil maravillas.

Púsose el sombrero, que era de terciopelo azul con larga pluma de color de naranja, ciñó la tizona y se miró al espejo, sonriendo con satisfacción.

No tardó maese Lucas en presentarle la tortilla y una botella de vino, ni el hidalgo tardó tres minutos tampoco en limpiar el plato y dejar vacía la botella.

—Esto ya es otra cosa—dijo poniéndose en pie, retorciéndose el bigote, echando el sombrero hacia la ceja derecha, embo-

zándose garbosamente y saliendo de la habitación con aire de perdonavidas.

En la época en que estamos, había ya adquirido gran reputación, verdadera celebridad, la taberna de Manuela, que estaba extramuros y en el sitio que hoy conocemos con el nombre de Campillo de Manuela.

Era aquella taberna ó bodegón reunión de la juventud madrileña, y muy particularmente de los poetas y literatos, que con frecuencia acudían á comer allí...

Bajo el ennegrecido techo de la taberna de Manuela resonaron muchas veces la voces de Miguel de Cervantes, de Lope de Vega, de Montalbán y de otros ingenios españoles, gloria de nuestro parnaso y honra del nombre español.

Recordamos esto, ó más bien lo advertimos, á los que lo ignoren, para que no se sorprendan de que un personaje de la calidad del vizconde de la Fuente comiera en una taberna.

La celebridad de ésta ha llegado á nuestros días, y su importancia fué tal, que dió nombre al sitio donde se encontraba; nombre que aún se conserva y que no se substituirá por otro, porque es un recuerdo histórico de muchísima importancia, especialmente para los amantes de las letras españolas.

El señor Antolín llegó precisamente cuando el vizconde llegaba, y ambos se encontraron á la puerta del bodegón y se estrecharon la diestra como los mejores amigos del mundo.

—¿Qué es de vuestra vida, mi querido Santoyo?—preguntó el de la Fuente mientras examinaba el vestido raro, pero costoso, del señor Antolín.

—Estoy muy ocupado.

—No se os ve por ninguna parte...

—Qué queréis, barbas mayores quitan menores... ¡Vive el cielo!... Desde hace algún tiempo me llevan y me traen sin dejarme sosegar.

—Pero ahora no diréis que estáis de prisa y podremos almorzar con sosiego.

—Eso sí.

—Pues bien, entremos, y que Manuela nos sirva como merecen nuestros paladares delicados, so pena de que la desacreditemos sin compasión.

—Entremos, mi querido vizconde.

La habitación donde se situaron nada tenía de particular.

Había allí algunas mesas y sillas, todo de poco valor y bastante feo.

Un cuarto de hora después, humeaba sobre la mesa una liebre con salsa, y los dos amigos empezaron á comer, á beber y á charlar con la alegría que los caracterizaba.

Cuando hubieron concluido con la liebre y vaciado dos botellas de añejo vino, y mientras se disponían á descarnar unos capones asados y á vaciar más botellas, el vizconde dijo:

—Creo que ya tenemos fuerzas suficientes para hablar de un asunto serio.

—Sí—respondió el hidalgo—, mi estómago empieza á calentarse, y estoy ya dispuesto á seguir la conversación de más importancia.

Vació su vaso el vizconde, fijó una mirada escudriñadora en el hidalgo, y repuso:

—Vos sois amigo del señor Jacobo de Tordesillas, que en otro tiempo era pobre y vivía con el producto de su trabajo, y ahora parece que es rico y hace la vida de un gran señor.

—Soy su amigo, no os equivocáis. ¿Por qué lo decís?

—Vais á saberlo; pero antes bebed, que si se os seca el paladar no podréis pronunciar una palabra.

Bebieron.

La conversación no dejaba de ofrecer dificultades para el vizconde; pero en último caso, éste no era hombre que se detuviese por poco ni por mucho, y decidió hablar claro y terminantemente sobre el asunto.

—Señor Antolín—dijo—, necesito exactas noticias sobre el señor Jacobo, en cuanto á su pasado y su presente, en cuanto á su esposa y su hija.

Santoyo miró maliciosamente al caballero, desplegó una sonrisa, y replicó:

—No sé qué clase de noticias puedo daros. El señor Jacobo era pobre, á pesar de que le pertenecía un grandísimo caudal que estaba perdido, ó más bien, oculto desde la muerte de su abuelo. ¿Por qué no decir la verdad? No hay ningún inconveniente en que todo el mundo lo conozca.

—¡Dueño de un caudal!...

—Ya sabéis que el señor Jacobo no es un plebeyo.

—Ya sé que es hidalgo.

—Y no un hidalguito cualquiera, puesto que es nieto del señor Gil Pérez, natural de Tordesillas; célebre en aquel tiempo, y que como otros muchos de su clase, murió en la desdichada batalla de Villalar.

tábase en la vivienda de cierta beata, que era á la vez zurcidora de voluntades y vendedora de medallas y relicarios.

—También lo sé.

—Si sabéis tanto como yo...

—No importa, proseguid.

—Cierta noche y con engaños, fingién-



—¡Viejo un hombre de cuarenta y siete años! (Pag. 62.)

—Empiezo á comprender.

—La fortuna del abuelo, para evitar la confiscación, quedó oculta y en poder de un virtuoso franciscano, y después de morir éste pasó el depósito al noble hidalgo Leandro del Castillejo, que en unión de su hijo, llamado Leandro también, consiguió encontrar al descendiente y heredero del señor Gil Pérez.

La frente del vizconde se contrajo.

—Y antes de proseguir—añadió Santoyo—, me permitiréis que os refiera una historia que ha de pareceros muy interesante.

—Como os plazca.

—La esposa del señor Jacobo andaba fugitiva, porque la perseguía la Inquisición.

—Lo sé.

—Bajo un disfraz de mujer plebeya—repuso el señor Antolín de Santoyo—ocul-

dose dependientes del Santo Oficio, penetraron en la vivienda de la beata cuatro ó cinco jóvenes, cuyo intento era el de llevarse á la esposa de Jacobo.

—Es verdad.

—La pobre mujer huyó, saltando por la tapia de un corral á la casa vecina, y encontrando allí dos valientes hidalgos á quienes pidió protección.

—Todo eso es exacto.

—Ya veis que conozco bien la historia.

—Proseguid.

—Permitidme beber, porque se me atraganta este trozo de pechuga.

—Sí, bebamos—dijo el vizconde, que parecía más preocupado cada momento.

Uno tras otro, dos vasos vació el señor Antolín, limpióse el bigote y volviendo á sonreír maliciosamente, prosiguió diciendo:

—Los atrevidos mancebos siguieron á la

fugitiva, se introdujeron en la otra casa, y se encontraron con los dos hidalgos.

—¿Y esos hidalgos?...

—Eran Castillejo padre é hijo.

—Basta.

—¿Entendéis?

—No necesito más explicaciones.

—¿Queréis saber quiénes fueron los héroes de la aventura?

—Uno era yo.

—Ciertamente: uno érais vos, el más atrevido y el que más fortuna tuvo, puesto que ni un rasguño sacasteis de la descomunal pelea con que terminó aquella intriga.

—Hablemos con claridad, señor Antolín.

—¿Acaso mis palabras son oscuras?

—No.

—Entonces...

—Yo me enamoré de aquella mujer misteriosa, la busqué y hubiera dado la mitad de mi vida por encontrarla.

—Lo supongo, porque su hermosura es un verdadero prodigio.

—Doce años han pasado...

—Y ni siquiera habéis sabido cómo se llamaba la rubia encantadora.

—No lo he sabido.

—Ahora la habréis encontrado, probablemente, en compañía de doña Inés de Guevara.

—Sí.

—Ha renacido vuestro antiguo amor...

—No.

—Pues entonces, explicáos, porque si no amáis á la esposa del señor Jacobo, no se me alcanza el interés que os mueve á pedirme noticias suyas.

—Respeto á esa mujer porque es casada.

—¿Y de cuándo acá, mi querido vizconde, os detenéis por tales miramientos? ¿De cuándo acá vuestra conciencia se ha vuelto tan escrupulosa?... Es verdad que quien os conozca bien, empezará por poner en duda lo que diciendo estáis.

—Preciso es que sepáis, señor Antolín, que si la hermosura de esa mujer no me interesa ya, es porque amo á otra.

—¡Oh!...

—¿Lo dudáis?

—No lo dudo, porque nada de extraño tiene que estéis enamorado; pero vuelvo á mi primera observación.

—Decid.

—Si no os interesa doña Isabel, ¿por

qué os ocupáis de ella con tanta atención?

—Me ocupo de ella, porque la mujer á quien amo es su hija.

Santoyo dejó escapar el trozo de capón que á la boca llevaba, brincó de su asiento, como si le hubiese picado una víbora, y mientras fijaba en el vizconde una mirada penetrante, exclamó:

—¡Por Lucifer!... Cien legiones!

—¿Qué os sorprende?

—¡Decís que amáis á la hija del señor Jacobo!...

—Eso he dicho.

—¡Vive el cielo!...

—Pero...

—¡Por las tripas de Satanás!...

—¿Qué os sucede, señor Antolín?

—Nada—respondió el hidalgo, esforzándose para dominarse.

Y con el fin de tomarse tiempo para ponerse de la sorpresa y recobrar la calma, llenó su vaso y bebió:

—¿Queréis explicaros?—preguntó el vizconde.

—Me habéis dejado con un palmo de boca abierta.

—¿Pero qué tiene de particular que me enamore de una mujer bonita?

—La verdad es que nada tiene de particular; pero me he sorprendido, porque no esperaba que os ocupaseis más que de la madre.

—La hija es su retrato...

—Sí, sí, entiendo.

—He ahí por qué os pido noticia de todos ellos.

—Pues no puedo daros más de las que ya os he dado.

—Se habla de sucesos recientes en que ha tomado parte la Inquisición.

—Es verdad.

—Y en que vos y otras personas...

—Sí, señor vizconde, no hace muchos días que tuvimos el placer de acabar con diez ó doce esbirros, de veinte ó treinta que nos acometieron, y en esta buena obra me ayudó un amigo, cuyos puños de hierro supongo que conocéis desde muy antiguo.

—No sé á quién os referís.

—Al hombre que aquella noche famosa, y mientras os batíais con los hidalgos, cayó sobre vosotros, acuchillándoos lindamente y siendo causa de la confusión y de que se os escapase la mujer á quien perseguíais.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó el caballero, cuyos ojos se iluminaron con el fuego de la ira.

—Un mozo que tiene mucho corazón y fuerzas suficientes para cogernos á los dos y meternos en su bolsillo. Se llama Simón, os diré dónde vive, y si queréis buscarlo, os aseguro que no negará haber sido él quien aquella noche os puso en tan grande aprieto.

—¿Es noble?

—Plebeyo, y tan plebeyo, que ni siquiera sabe quiénes fueron sus padres.

—Un villano...

—Sí, pero villano y todo, hizo lo que ya sabéis, ha hecho después mucho más, y vale tanto, que don Martín de Quiñones le dá la mano y el nombre de amigo.

—Acabaréis de convencerme de que don Martín...

—Tiene cosas bien extrañas, ¿no es verdad? Esto lo sabe todo el mundo y no debe sorprenderos.

—Bastardo al fin...

—Señor vizconde—replicó el hidalgo con aspereza—, supongo que deseáis que sigamos siendo buenos amigos.

—No he querido ofender á don Martín.

—Basta, me doy por satisfecho.

—Bebamos y prosigamos nuestra conversación.

—Como gustéis.

—Os he dicho que amo á la hija del señor Jacobo...

—Y yo os aconsejo que no la améis.

—¿Por qué?

—Porque recibiréis un desengaño,

—Mucho decís.

—La hija del señor Jacobo no ha de corresponderos—dijo el hidalgo.

—¿Tiene otro amor?

—Si no lo tiene, está muy cerca de tenerlo.

—Eso significa que encontraré un rival...

—Probablemente.

—No importa.

—Un rival muy temible.

Esto, en vez de hacer desistir al vizconde, produjo el efecto contrario.

Un hombre como él no podía detenerse porque le anunciaban un peligro, y lo que es más, debía desde entonces mostrar mayor empeño, porque esto era lo que cuadraba á un hombre valiente.

Otra razón había, y era que su amor

propio se interesaba más desde el momento en que encontraba un obstáculo, y el deseo de ser dueño de la belleza de Isabel hacíase más vivo por las dificultades que se presentaban para realizarlo.

Ya sabemos que es una gran verdad aquello de «sabrosa fruta de cercado ajeno.»

Otro hombre aspiraba al amor de Isabel, había probabilidades de que ella amase á otro, y esto era sobrado para que el vizconde se lanzase á la empresa con la firme resolución de triunfar ó morir.

¡Detenerse un hombre como él!

Esto era imposible y así se comprende, conociendo su carácter.

—¿Quién es?—preguntó—, ¿quién es el hombre que aspira á ser correspondido por la mujer á quien adoro?

—Averiguadlo, mi querido vizconde, porque este es un secreto que no me está permitido revelar.

—¡Un secreto!

—Perdonad.

—Lo averiguaré, y la espada decidirá la cuestión.

—Antes que lo averigüéis y que la espada decida, ya habrá decidido la hija del señor Jacobo, y por consiguiente será inútil que matéis al hombre á quien ama, porque no ha de amaros por eso.

—No será mía; pero tampoco suya.

—Vendrá otro después, será correspondido...

—También lo mataré.

—¿Os proponéis acabar con cuantos hombres se acerquen á Isabel, y que serán muchos, porque ella es encantadora? Si este es vuestro propósito, pensad que no siempre ha de estar de vuestra parte la fortuna, y que si no el primero, os matará el segundo y ella se reirá de vos y vos acabaréis de gozar en este mundo.

—No he de retroceder por esas consideraciones.

—Os doy un consejo como buen amigo.

—Gracias; pero no me conviene.

—Entonces quedamos en que vais á galantear á la bellísima Isabel Pérez de Torresillas, sin que nada os detenga.

—Y desde hoy mismo principiaré.

—Buscadla en la pradera de Manzanares á las dos, lanzadla una mirada de fuego...

—Ya sé que está ciega.

—¡Oh!...

—Nada me decíais de esta circunstancia...

—Aún no había concluido de hablar.

El vizconde sabía ya todo lo que necesitaba saber, y como se convenció de que el señor Antolín no había de ser favorable en aquel asunto, dió á la conversación nuevo giro sin ocuparse más de Isabel.

Signieron almorzando, y no hay que decir que Santoyo comió y bebió según costumbre.

Hablaron y rieron, y una hora después determinaron salir de la taberna para ocuparse cada cual de sus negocios.

¿Por qué el hidalgo había sentido tan profundo disgusto al saber que el vizconde amaba á la hija del señor Jacobo?

No tardaremos en saberlo, porque él mismo lo dirá, cometiendo tan gran torpeza como había cometido el vizconde para descubrir su amor y sus planes.

Ya ves, lector, que según anunciamos, la situación se complica, y á la desgraciada Isabel le esperan nuevos sufrimientos en que ha de tener no pequeña parte el señor Antolín.

CAPITULO XXV

LOS PLANES DEL SEÑOR ANTOLÍN

El abate Florentín, para mejor aparentar que cumplía religiosamente sus promesas de no ocuparse más de Jacobo de Tordesillas, de don Martín y sus amigos, hizo de modo que la misteriosa casa que había servido de encierro á Isabel, quedase como cosa olvidada por el Santo Oficio.

La casa no fué reclamada por nadie como legitimo dueño, y Jacobo, que se había posesionado de ella, no encontró, por consiguiente, quien se la disputase.

Lo mismo que el sombrío edificio del arrabal de San Ginés, aquel era un recuerdo demasiado precioso, aunque triste, para nuestros amigos.

Compusieron la cerradura y guardaron la llave, sin tomar otra determinación hasta que el señor Antolín, con extrañeza de todos, rogó que le permitieran habitar allí, asegurando que aquella soledad y aquel silencio, serían para él un goce después de las espantosas borrascas de su pasada vida.

La petición tenía en último caso bien poca importancia, y ni el señor Jacobo ni don Martín encontraron inconvenientes para acceder á los deseos del hidalgo.

Este trazó el plan de su nueva vida, y queriendo posesionarse de la silenciosa vivienda, encaminóse á ella en compañía de Simón, para darle á conocer sus ideas sobre este punto y hablarle de otro negocio de bastante gravedad.

Salieron de la villa y dejaron atrás los arrabales con propósito de visitar la casa y volverse luego á comer juntos en la hostería del *Invencible caballero*.

—Habéis picado mi curiosidad—decía el gigante—, y ya deseo que me deis las explicaciones que me habéis prometido.

—Vuestra curiosidad va á quedar satisfecha bien pronto—respondió el hidalgo—, aunque parece imposible que no hayas comprendido cuales son mis deseos.

—Ya sabéis que lo que me sobra de fuerzas me falta de entendimiento.

—¿Ignoráis, amigo Simón, que á pesar de los antecedentes de mi vida, soy hombre extremadamente sensible y de ideas elevadas? ¿No habéis comprendido que tengo corazón y cabeza de poeta?

El gigante se encogió de hombros y replicó:

—No había sospechado semejante cosa.

—Pues de ello tendréis bien pronto una prueba, ó más bien ya la tenéis, con sólo ver el empeño que he mostrado en solicitar que me permitan vivir en esa solitaria casa. ¿Qué goces puedo esperar con mi nueva vida, sino los goces puros del espíritu, esos goces del poeta cuando se entrega á sus dulces ensueños? Mi porvenir es obscuro; temo grandes sufrimientos y quiero prepararme para devorar silenciosamente mis amarguras en un retiro. Esto equivale á una celda, y si no me veis pensar en meterme fraile, es porque los frailes me desagradan, porque son embusteros, hipócritas y no tratan más que de engañar al mundo.

Simón dejó escapar una estrepitosa carcajada.

—¿Por Satanás!—exclamó.

—¿Os burláis?

—No me burlo, es que...

—Voy á confiaros un secreto de muchísima importancia, porque vos, á pesar de vuestra rudeza, tenéis corazón y podréis comprenderme.

—Eso sí. ¡Vive el cielo! tengo corazón, ya lo sabéis, señor Antolín.

—¿Qué me sucede? Qué temo? He ahí lo que vais á saber.

El gigante fijó una mirada de la más viva curiosidad en Santoyo.

Este prosiguió diciendo:

—Estoy enamorado.

—¡Enamorado!...

—Sí, y no como lo estuve de la señora Barbon, mi difunta esposa, á quien Dios haya dado el cielo.

—¡Rayos de Lucifer!

—Todo os sorprende hoy.

—¿No ha de sorprenderme? Decís que estáis enamorado, y enamorado de veras... Esto lo encuentro curioso... Sepamos, señor Antolín, sepamos.

—Como tengo pocas esperanzas de que sea correspondido mi amor, me preparo, como estáis viendo, á retirarme á la soledad.

—¿Y quién es el objeto de vuestro amor?

—Os lo diré luego, ahora nos ocuparemos de nuestros protectores y amigos, porque quiero comunicaros algunas observaciones que he podido hacer estos días.

Aumentóse la sorpresa de Simón.

¿Por qué el señor Antolín empezaba una conversación que no había de continuar?

Esto era incomprensible para el limitado entendimiento del gigante, y así lo manifestó.

—Ya veréis—repuso el hidalgo—, cómo hago bien en interrumpirme, y cómo después de divagar venimos al principal objeto de la cuestión.

—Os escucharé atentamente, así saldré de dudas.

—El señor Antolín se detuvo, miró á Simón de pies á cabeza, y como si fuese á decir una cosa de muchísima importancia, preguntó:

—¿No sabéis que hay moros en la costa?

El gigante volvió á encogerse de hombros.

—¿Acaso no me entendéis?

—No os entiendo.

—Pues quiero decir que tenemos en campaña un galán que hace muy peligrosa la situación de la hija del señor Jacobo.

—Cada vez estoy más á oscuras.

—¡Vive le cielo!... ¿Es acaso confuso lo que estoy diciendo?

—Según me parece significa que hay un hombre enamorado de la hija del señor Jacobo, lo cual no tiene nada de sorprendente, porque ella es tan hermosa como su madre.

—¿Lo ignorábais?

—No me ocupo de semejante cosa, porque es asunto en que no debo entender.

—Os equivocáis, porque un amor puede ser la desgracia de una familia, y la suerte de esa no os es indiferente.

—Pues bien, nada sé y es posible que vos estéis equivocado. ¿Qué amores ha de tener esa pobre niña que no puede ver á los hombres? Alguno se le acercará y le dirá que la ama; pero ella, que no piensa más que en recobrar la vista, escuchará con indiferencia, porque querrá esperar á poder hacer uso de sus ojos.

—Razón tendríais sino se tratara de un hombre de ciertas condiciones y en cuanto á lo de estar equivocado, fácilmente podéis convenceros con sólo observar lo que sucede en la calle á ciertas horas de la noche.

—¿Y qué sucede?—preguntó Simón cuyo entrecejo empezaba á arrugarse.

—Vivís muy cerca de la casa de don Martín, y es extraño que á vuestros oídos no hayan llegado los acordes de una música que la noche pasada oyó toda la vecindad, acordes que acompañaban la más tierna de las amorosas cántigas que nunca ha entonado galán alguno.

La frente de Simón se contrajo.

—Proseguid—dijo.

—¿Os parece poco?

—Lo que me parece es que en la calle y muy cerca de la casa de don Martín, viven otras damas hermosas, y bien puede ser que á una de ellas obsequiase el galán.

—Sabed, señor Simón, que el enamorado, en una de sus trovas, y entre otras cosas bellas, decía lo siguiente, que ha quedado bien grabado en mi memoria:

«No daré luz á tus ojos,
pero la daré á tu alma.»

—¡Vive Dios!—murmuró el gigante con voz sorda.

—Me parece que estos dos versos son demasiado expresivos, porque bien claro dicen que el cantar va dirigido á una mujer que está ciega, y para ser entendido, bas-

ta con esto, sin que haya necesidad de decir el nombre de la dama.

—Cuando tan bien lo sabéis, habréis visto y oído al galán.

—Claro es que sí.

—No fuísteis á casa de don Martín anoche...

—Pero puede pasar por la calle, como pasé.

—¿Os enfadaréis si os pregunto á dónde íbais?

—A averiguar lo cierto precisamente sobre el asunto de que os hablo, porque el mismo galán me había dicho por la mañana, que estaba decidido á pedir correspondencia á la hija del señor Jacobo.

—¿Y quién es ese hombre?

—Uno que no ha de casarse con la pobre niña, porque él es de muy elevada alcurnia, y porque además tiene hecho propósito de permanecer soltero toda su vida.

—Su nombre, decidme su nombre.

—¿Para qué queréis saberlo?

—¿Y vos, para qué habéis querido averiguar?

—Me interesa todo lo que se relaciona con esa familia.

—Y á mí también.

—El galán es ni más ni menos que el muy noble vizconde de la Fuente.

—¡Ira de Satanás!—exclamó Simón apretando los puños.

—Aún os falta saber lo mejor.

—Conozco demasiado bien al vizconde...

—Pero ignoráis que el vizconde fué precisamente el que con otros amigos suyos, se metió aquella noche en casa de la beata donde teníais oculta á la esposa del señor Jacobo.

—¡Rayos del infierno!...

—A mi noble amigo le ha parecido conveniente olvidarse de la madre para ocuparse de la hija, porque sobre ser ésta más joven, son el retrato la una de la otra. ¿Empezáis á entender?

—¡Mil legiones!... Entiendo demasiado, y por quien soy os juro, que si el vizconde no desiste de su empeño, ha de costarle muy cara la broma, porque le dividirá la cabeza de una cuchillada para sacarle por allí el amor. ¡Por el rabo de Satanás!... ¡Cien legiones de condenados...! No ignora el señor vizconde lo que valen mis puños... ¡Mil rayos!... Está visto: yo he nacido para acabar con ese

mozo, y lo haré sin que valgan sus títulos de nobleza.

—Sosegaos, que este asunto lo terminaremos tan bien como los otros, y mi amigo el vizconde corre de mi cuenta, porque...

Interrumpióse el señor Antolín, volvió á detenerse, se desembozó, apoyó la mano izquierda en la empuñadura de su tizona, retorcióse el bigote con la derecha, y dijo:

—Miradme.

—Ya os veo.

—¿Y qué os parece mi figura?

Quedó como aturdido Simón, y después de algunos instantes replicó:

—¿Por qué me hacéis esa pregunta?

—Porque quiero saber si opináis que aún puedo interesar el corazón de una mujer joven. No hace muchos días os dije que no me considero viejo, y añadí que pensaba en casarme, porque deseo acabar tranquilamente mi vida en medio de los dulces goces del hogar.

—¿Y á qué viene todo eso ahora?

El señor Antolín exhaló un suspiro y repuso con lánguido acento:

—Estoy enamorado, ciegamente enamorado.

—Ya me lo habéis dicho.

—Y la mujer que ha encendido en mi pecho la llama que devora mi sensible corazón, es la bellísima hija del señor Jacobo.

Un juramento horrible se escapó de los labios del gigante.

Entonces fué cuando el señor Antolín se sorprendió, porque no comprendió semejante efecto en sus palabras.

¿Qué quería significar Simón?

¿Era simplemente su extrañeza ó su disgusto?

Esto quiso ponerlo en claro Santoyo.

Lo que sentía el gigante lo saben ya nuestros lectores, puesto que les hemos dicho que él era el único que conocía el secreto del amor de David.

—¿Qué os sucede?—preguntó el hidalgo después de algunos momentos.

—Nada—dijo Simón procurando dominarse—; pero lo que menos esperaba era que amáseis á la hija del señor Jacobo.

—Pues la amo, y si he de hablar con exactitud, diré que la adoro, porque en adoración raya mi cariño. Y ahí tenéis el por qué os he dicho antes que el vizconde corre de mi cuenta. La hechicera Isabel podrá no corresponderme; pero no por

eso he de permitir que la engañen, abusando de su inocencia.

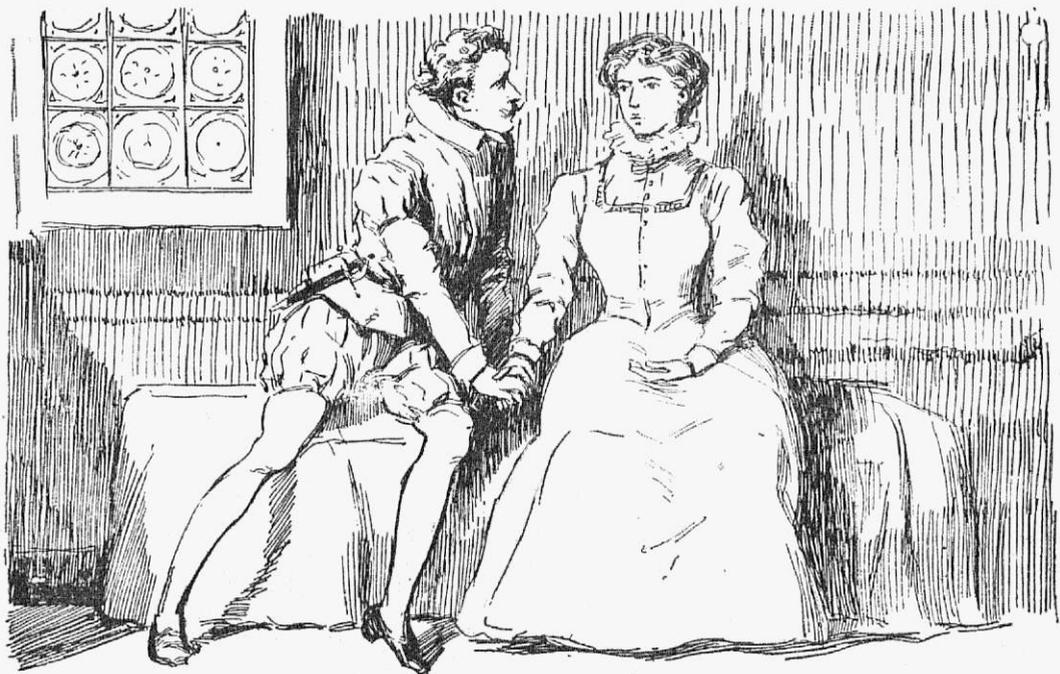
Simón guardó silencio y quedó pensativo.

Empezó el hidalgo á hacer una pintura de su pasión, pintura que hubiese honrado á un poeta.

En aquella ocasión podía decirse que

cible caballero para comer, según habían convenido.

No bebió Simón tanto como de costumbre, ni estuvo tan alegre como otros días; pero el hidalgo no extrañó esto, porque ya se había acostumbrado á semejantes alternativas de contento y de tristeza del gigante.



Dos lágrimas brotaron al fin de los ojos de la pobre niña. (Pág. 72.)

Santoyo hacía el mismo papel que algunos años antes había hecho la señora Angélica Barbon.

Escuchábalo el gigante, y no sabemos si entendía lo que oía, porque estaba muy preocupado; pero ello es que como nadie le interrumpía, el señor Antolín pudo, como vulgarmente se dice, despacharse á su gusto.

Así hablando, llegaron á la casa, que ya tenemos costumbre de llamar misteriosa.

Recorriéronla y la examinaron detenidamente, fijando el señor Antolín con particularidad su atención en el subterráneo donde había estado Isabel, y donde todo se encontraba en el mismo estado que antes.

Media hora después salían de la casa y se encaminaban á la hostería del *Inven-*

Este se dispuso á salir cuando terminó la comida.

—¿Os vais sin darme un consejo, sin decirme cuál es vuestra opinión?—preguntó el señor Antolín.

—Mi opinión no es ninguna.

—¿Pero qué os parece de mi plan?

—Si he de hablaros con franqueza, el peor del mundo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que la hija del señor Jacobo encontrará muchos hombres que soliciten su amor, y que vos no habéis de ser elegido.

—¿Quién responde de los caprichos de la mujer?

—Nadie, es verdad.

—¿Teméis que mi amigo el vizconde consiga interesar el corazón de Isabel?

—No sé si lo interesará; pero sí os ase-

guro que no ha de ser su esposo mientras yo viva, y en cuanto á vos, como tenéis una historia que se parece algo á la mía.

—¡ Señor Simón!...

—¡ Ira de Satanás!... ¿Quién sois vos para que os haga caso una mujer como esa?... ¡ Mi rayos!... Buscad otra como la señora Barbón, y no aspiréis á una joven hermosa, rica y de buena cuna.

—¡ De cuna habláis cuando de mí se trata!... Bien se conoce que sois ignorante de estas cosas... Pues qué, ¿ un Santoyo no puede aspirar á unir su ilustre nombre aunque sea al no menos ilustre de Girón? Sabed, amigo mío, que el señor Jacobo, á pesar de su calidad de hidalgo, se daría por muy satisfecho, se consideraría honrado con que sus nietos llevaran mi apellido.

Simón se encogió de hombros y replicó:

—Haced lo que mejor os parezca.

—Lo que tengo pensado: esperaré á que el objeto de mi amor recobre la vista, y una vez que esto suceda, no perderé un solo instante. Si encuentro la acogida que deseo, seré feliz, y si rechazan mi amor, me retiraré á la solitaria vivienda, y allí acabaré mis días triste, pero tranquilamente. Lo que por ahora deseo es que á

nadie habléis de mi amor ni de mis planes, porque esto lo confío solamente á vuestra amistad.

—No me ocuparé de semejante cosa.

—¿ Nos veremos esta noche?

—Si David no quiere que le haga compañía, vendré á buscaros.

No hablaron más.

El gigante salió, y mientras se dirigía á la calle de Puerta Cerrada, decía para sí:

—¡ Cien mil legiones de condenados!... El asunto se complica... ¿ Qué va á resultar de todo este enredo?... Me parece que no habrá más remedio que acabar á cuchilladas sin consideración á los unos ni á los otros... Veamos lo que opina David... ¡ Contento se pondrá! ¡ Oh!... ¡ Rayos del Infierno!

Y haciendo estas y otras reflexiones por el estilo, y jurando y maldiciendo sin cesar, Simón llegó en pocos minutos a la vivienda de David, que ya sabemos era la misma de Leandro del Castillejo.

¿ Cómo recibiría el huérfano la noticia de los amores del vizconde y de Santoyo?

A esta pregunta, que nosotros hacemos lo mismo que el gigante, nos responderá el mismo David á quien vamos á ver.

FIN

